DEL CARIBE SOMOS

ROLANDO ÁLVAREZ ESTÉVEZ Marta Guzmán Pascual





Del Caribe somos

Democracia

Del Caribe somos

Rolando Álvarez Estévez Marta Guzmán Pascual



© Editorial Funglode, Fundación Global Democracia y Desarrollo Pedro Henríquez Ureña #58, La Esperilla, Santo Domingo República Dominicana, www.editorialfunglode.com Octubre 2012

Todos los derechos de la obra están reservados. Queda prohibida su reproducción total o parcial, sea por medios mecánicos o electrónicos, sin la debida autorización.

Título: Del Caribe somos

Autores: Rolando Álvarez Estévez y Marta Guzmán Pascual

Editor: Reinier Pérez-Hernández

Coordinación editorial: Elaine Hernández

Diseño y diagramación: Laura Longa M.

Editado en la República Dominicana

ÍNDICE

Presentación
Agradecimientos11
Del Caribe, de Cuba. Una aproximación13
Nexos culturales entre Cuba y el resto del Caribe 39
Interacción histórica y demográfica de Cuba
con distintas islas caribeñas 69
Las Antillas anglohablantes
Antillas Holandesas94
República Dominicana107
Puerto Rico
Haití
Inmigrantes antillanos en Cuba, justicia social
y estadísticas recientes143

Anexos

Inmigrantes en Cuba (1904-1934)
Composición por sexo de los inmigrantes
del Caribe insular durante el siglo xx
(por censos y en por ciento)
Distribución de la población del Caribe
insular por macrorregiones (en por ciento)155
Presencia caribeña en el central Preston156
Premios Casa de las Américas de literatura
caribeña en inglés, francés y creole158
Literatura caribeña en inglés y creole158
Literatura caribeña en francés y creole159
Países independientes del Caribe
Países del Caribe bajo dominación colonial163
Agrupaciones músico-danzarias de antecedentes
caribeños existentes en la actualidad en Cuba
(jamaicanos, haitianos y franco-haitianos)164
De los autores167

Presentación

Este es un libro que se interesa por los enlaces culturales entre Cuba y otras islas del mar Caribe a través de los movimientos poblacionales enmarcados en los procesos migratorios. Este es un libro que interesará a muchos porque define y estudia huellas culturales e historias cruzadas que son parte de las trayectorias interinsulares. En él se habla de nosotros mismos, desde una visión de confluencias y cruzamientos que, entre otros factores, han contribuido a la formación de la diversidad cultural cubana a partir de una antillanidad presente en su propia geografía, histórica y actual. Es un libro también revelador de las vicisitudes y los conflictos para la inserción de los inmigrantes en el contexto cubano. Se refiere —en general— a personas de origen humilde, desprotegidas en lo legal, excluidas por razones económicas y religiosas, de género y lingüísticas, raciales. Si fue con la abolición de la esclavitud que esa corriente migratoria, de poblaciones marginadas, adquirió sus mayores dimensiones e intensidad, este libro evidencia en sus páginas que fue un proceso marcado por la discriminación social.

Marta Guzmán y Rolando Álvarez destacan el vínculo sociocultural de esta región a través de esos procesos migratorios y focalizan a Cuba como país receptor, con los múltiples efectos de interacción que ha significado para la sociedad cubana. En ese sentido se expone un sistema de relaciones intercaribeñas en el interior y desde nuestro país, que amplifica las conexiones territoriales de la isla mayor con las vecinas del archipiélago caribeño y las comprende en una dimensión histórica de gran significación cultural. Se trata de un flujo migratorio portador de tradiciones, prácticas cotidianas y saberes que construyen el universo simbólico de esa migración a través del tiempo. Se trata también de figuras insignes que marcaron momentos significativos para la historia, las artes y las letras en Cuba.

Con frecuencia se escucha una pregunta: ¿Cuba es una isla caribeña?... Los autores de este libro aportan elementos a las posibles respuestas, pues brindan múltiples datos y argumentos que

demuestran cómo la presencia entre nosotros de esa población inmigrante no sólo dota a la isla de una gran diversidad social y cultural —y es este un factor que cuenta en la identidad del cubano actual, respecto a sí mismo y a los demás—, sino que es una contribución sicosocial y cultural por la que Cuba es, también, una isla caribeña.

Obra oportuna y útil, se inscribe en la trayectoria investigativa de los autores y en una continuidad de intereses científicos avalados por publicaciones precedentes. Escrito de manera especializada y a la vez amena, servirá a un público motivado por temas sociocaribeños y a todos los que deseen comprender, cada vez con mayor profundidad, esa dinámica poblacional que colocó a Cuba en los itinerarios esperanzadores de muchos y que hizo de nuestro país un crisol de culturas antillanas. La estructura del libro ayudará a la lectura selectiva, pues en su capitulario no se desconocen ciertas especificidades del proceso, contextualizando la migración según el país de origen y destino, de las islas del Caribe hacia Cuba y viceversa.

Ensartar islas y tejer redes entre ellas es un intento fraternal contra el aislamiento. Aquí se habla de los que llegaron y de los que partieron, de inmigrantes, emigrantes y descendientes, de pasado y presente y de la vigencia patrimonial de un legado que estuvo marcado por la movilidad y la búsqueda de nuevas expectativas. Hilvanar historias comunes es un modo de trazar caminos para la transversalidad necesaria en el estudio de este espacio común del arco antillano.

Yolanda Wood La Habana, enero de 2007.

AGRADECIMIENTOS

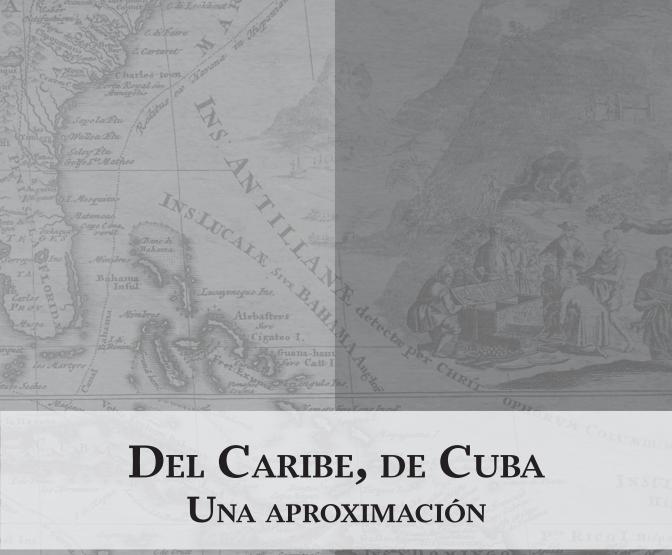
Especial mención al doctor Miguel Barnet, presidente de la Fundación Fernando Ortiz, por su valioso y fraternal estímulo para la realización de esta investigación.

Asimismo, deseamos reconocer la ayuda brindada en Cuba por la Casa de las Américas, la Biblioteca Nacional José Martí, la Casa del Caribe de Santiago de Cuba, el Centro de Estudios Martianos, la Asociación Caribeña de Cuba y la revista *Excelencias Turísticas del Caribe*, así como a las doctoras Yolanda Wood, Zoila Lapique y Aleida Bert, y a los doctores Jorge Ibarra Cuesta, Jesús Guanche, Sergio Valdés, Pedro Pablo Rodríguez y Jorge Fornet.

En el exterior, al doctor Candelario Wever, Ministro de Salud Pública de Aruba, al Archivo Nacional de Aruba, a la doctora Rose Marie Allen, de Curazao, así como a los doctores Rubén Silié y Roberto Cassá, prestigiosos historiadores de República Dominicana.

Por último, ha sido muy importante el haber contado con los testimonios de numerosos originarios y descendientes caribeños asentados en Cuba.

les Choumans Tar Mastonis Chaletas Sive CON CHAPQUE Ayochen CADO DAQIO Wite RA APACHORUM) Camoatinno Lac die S Men St Hernardi ad Sin St. Spiritus En hoo Freto sciri peto fe e ipfo loco que sis quanto fratio difet terra à meri isque aquae profundicatem metendo. Tot milliorio enim difas a terra, quetulnas profunditas aquae complectivar. REG LEONIS SINUS MEXICANUS ACATECAS mone PANOCO CANCRI. Negrilla I. Alseranos Ins. 650 la Bormja Ins . 53 I.de Aronas P. di Lagartas Capo Des conaridas SIN. ArcasI. CAMPECHI U Perto dages SinPapaSattia





DEL CARIBE, DE CUBA UNA APROXIMACIÓN

El mar de las Antillas¹ debe su otro nombre, Caribe, a uno de los grupos que habitaron en el área, los caribes. Ellos tuvieron asiento fijo en islas como Haití, Puerto Rico, Guadalupe y San Vicente. Tanto en esta última como en Dominica una población ínfima pudo sobrevivir a la dominación española.

El mar Caribe² y sus islas —motivo central de esta investigación—, o sea, el Caribe insular, que conforma un microcosmos de gran belleza y por lo general cubiertas de verdor, que nos muestra sus aguas bravías y profundas, con sus inigualables playas y ardiente sol, y que cubre un área aproximada de unos 2,640,000 km², está comprendido entre el arco formado por las islas antillanas, las costas continentales de la América del Sur, la América Central y la península de Yucatán,³ y significó para Europa no solo la puerta de entrada a América, sino también la región donde se realizaron descubrimientos, conquistas y colonización.

En una lograda simbiosis, el historiador Rafael Duharte precisa que allí donde el indio impone en el proceso de mestizaje su silencio

En su libro inédito «Historia de la cartografía en Cuba», Antonio Núñez Jiménez menciona numerosos autores de mapas de distintos siglos, así como diferentes explicaciones sobre el origen del nombre. Fue comúnmente llamado así a partir de que el italiano Pedro Mártir de Anglería, compañero de Cristóbal Colón, lo bautizara con el nombre de Mar de las Antillas. Para tan destacado científico cubano, «el hecho geográfico más importante del mar Caribe es su enorme guirnalda o rosario de islas llamadas indistintamente del Caribe o de las Antillas. Cf. «El Archipiélago», en *Cuba, la naturaleza y el hombre*, Editorial Letras Cubas, La Habana, 1982, p. 155.

A juicio del prestigioso historiador dominicano Juan Bosch, «el mar Caribe debe su nombre a una nación de indios aguerridos que desde las márgenes del Orinoco se extendieron por gran parte de lo que hoy es el litoral de Venezuela y por el mayor número de las islas antillanas; y también, debido a que esas islas lo delimitaban, es conocido como el mar de las Antillas». Bosch refiere que fue en la isla de Guadalupe, a donde llegó Cristóbal Colón en noviembre de 1493, donde él y sus acompañantes conocieron a los caribes. Cf. Juan Bosch: De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial, Cuarta Edición Dominicana, Santo Domingo, 1983, pp. 36 y 43.

Antonio Núñez Jiménez: Ob. cit. (en n. 1), pp. 154-155.

asiático y se apaga la ruidosa alegría del africano, termina el Caribe y comienza la América Latina.⁴

La historia del Caribe —rasgo común entre las afinidades de la región— y, dentro de este, de Cuba, a la que se llamó indistintamente «Antemural de las Indias Occidentales» y «la llave del Nuevo Mundo», cual un saurio de esmeralda tendido en un mar azul turquesa y sobresaliendo entre las olas del Caribe, como expusiera Antonio Núñez Jiménez en su obra «El Archipiélago», constituyó un fiel reflejo de la hegemonía mundial que durante siglos se disputaron las potencias colonialistas de Europa, en medio de una gran agresividad militar y comercial que hacía cambiar con frecuencia las banderas en los distintos territorios. Sin lugar a dudas, «pocas regiones en el mundo han experimentado choque de tanta envergadura y por tan largo período histórico, como el provocado en el Caribe por la colonización europea».

La dominación colonial de las potencias europeas ha causado, históricamente, el mayor de los aislamientos o separación entre los países que conforman el Caribe insular, como una forma de mantener la mayor dependencia hacia las metrópolis. Con el transcurso de los siglos y hasta el presente, la inmensa mayoría de las islas antillanas ha sido testigo de una indiscutible transformación demográfica.

⁴ Rafael Duharte Jiménez: «África en el Caribe. Una reflexión sobre la influencia africana en la historia y cultura de la región caribeña». Cf. AA.VV.: *Pensar el Caribe, cinco ensayos de interpretación de la región caribeña*. Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2004, p. 126.

Rafael Duharte Jiménez: «Conversación con Manuel Moreno Fraginals», en *Revista Historia y Sociedad*, Departamento de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, Año III, 1990, p. 201. Desde finales del siglo XVI, Cuba —formada por 4 195 islas, cayos y cayuelos, y con una extensión de 1 109 200 km²— contaba con La Habana y Santiago (de Cuba) como sus dos plazas fundamentales en su vida económica. Hacia 1580 La Habana tenía una población que fluctuaba entre los mil y mil quinientos habitantes. Por su posición geográfica se fue convirtiendo en el paso obligado hacia Europa de flotas de distintas nacionalidades, en un gran astillero donde se construían o se reparaban barcos de distintas dimensiones y calado. Hacia 1590 La Habana se había convertido en el primer centro de construcciones navales de las Antillas. En esta última industria trabajaban ciento sesenta personas, lo que representaba la quinta o sexta parte de la población masculina. Si a esto se le agrega la importancia que alcanzó la construcción de fuertes militares, como sectores priorizados, tenemos que el astillero y estos últimos representaban el 80% de la economía de La Habana.

^{6.} Antonio Núñez Jiménez: Ob. cit. (en n. 1), p. 47.

⁷ Gérard Pierre-Charles: *El Caribe a la hora de Cuba*, Casa de las Américas, La Habana, 1981, p.11.

Acerca de la visión y la mentalidad simplista o superficial que imperan en sociedades de los países desarrollados con respecto al Caribe, a cuyas islas llegaron los españoles entre los años 1492 y 1518, Gérard Pierre-Charles comenta: «De hecho, fuera de unos pocos especialistas, el panorama que se tiene del Caribe apenas rebasa lo que se ha propagado de sus encantos turísticos, su geografía atormentada, su rica cultura, la belleza de su gente, los insondables misterios del Triángulo de las Bermudas». A lo que se pudiera agregar la atractiva costa mexicana de Cancún y los restos de las edificaciones de la cultura maya.

En realidad, el Caribe se nos presenta como una unidad incuestionable, en lo que respecta a la geografía, la cultura y la etnografía, aunque con características propias en función de su historia, dominación colonial e idioma. Fue «plataforma militar de los conquistadores primero y coto de bucaneros y piratas después, su progresiva internacionalización fue convirtiéndolo en uno de los escenarios preferentes donde las potencias europeas dirimían sus conflictos por la hegemonía política y económica mundial».º Es por esto que el Caribe se mantuvo por espacio de tres siglos en guerras sucesivas.

Con el arribo de Colón al Caribe —después de aventurarse por las tinieblas del Atlántico, como ha sentenciado el patriota y educador puertorriqueño, Eugenio María de Hostos—, se producen dos hechos históricos trascendentales. Por una parte acontece el inicio de lo que se llamaría el Nuevo Mundo; por la otra, se empiezan a gestar los vínculos indohispánicos. A partir de entonces ocurre, también, lo que pudiéramos llamar la primera inmigración extranjera en el Caribe y, de manera particular, en Cuba, seguida con los que arribaron posteriormente de los imperios coloniales para «dominar a las poblaciones aborígenes y consolidar la empresa colonizadora».¹º Con el transcurrir de los años se va a demostrar cómo España llegó a América con una decisión estratégica: colonizar sus territorios, pero también imponer los valores europeos como los universales, al igual que hicieron otras potencias del Viejo Continente en el Caribe insular. Es innegable que cuando España arribó al Caribe, lo hacía no solamente con sus

_

^{8.} Ibídem, p. 9.

Antonio Lot Helgueras y Manuel Lucena Salmoral: *El Caribe*, Ediciones Anaya, S.A., Madrid, 1988, p.14.

¹⁰ Adela Pellegrino: Migrantes latinoamericanos y caribeños, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)-Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), Programa de Población, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República Oriental del Uruguay, Montevideo, 2001, p. 13.

hombres sino con su organización social, sus ideas, sus hábitos, pero también sus conflictos propios y los del Occidente de manera general.

En medio de ese proceso colonizador se produjeron tantas uniones de españoles con indias que el rey de España, Carlos V, decidió firmar una cédula, en 1514, autorizando esas uniones. Desde un año antes la economía de la colonia tenía como centro el régimen de encomiendas. Cuatro años después el propio rey expediría la primera Real Cédula autorizando traer a las Antillas la cantidad de cuatro mil esclavos de África. En la realidad de la región caribeña se pudo comprobar que los esclavos podían ser lo mismo indios, blancos que negros.

En muchos sentidos, los territorios del Caribe y América Latina ayudaron a las potencias colonizadoras, no solo como fuente de metales preciosos, materias primas y mercado para sus producciones. También ayudaron a un mejor equilibrio demográfico europeo, al ser fuente de trabajo de millares de personas que se hallaban sin empleo en distintas naciones.

La conquista española sería acompañada de la destrucción, en gran parte, de la civilización original del Caribe, léanse los arauacos, que poblaban las Antillas Mayores y también las Bahamas, así como los caribes, y por ende, los fundamentos culturales y la misma base geográfica antillana.¹¹

De la comunicación que existió entre los aborígenes de distintas Antillas con los de Cuba, antes y en las primeras etapas de la colonización, se puede constatar en lo escrito por el gobernador Diego Velásquez: «de otras islas mar debajo de éstas [...] cinco o seis días de navegación vienen aquí indios en canoas y dan noticias de algunas distantes».¹²

Un proceso interesante que se produce en el Caribe por la presencia indígena y el cruzamiento con africanos subsaharianos tiene lugar a finales del siglo XVII en las islas de San Vicente y Dominica, donde hacia 1660 existían seis mil caribes.¹³ En la década de los años sesenta del siglo xx se reportaba la presencia de caribes negros en las islas de Martinica, Dominica y San Vicente, los que habían perdido su lengua original.¹⁴

^{11.} Gérard Pierre-Charles: Ob. cit. (en n. 7), p. 12.

Estrella E. Rey Betancourt: «Algunos aspectos socioeconómicos de Cuba colonial temprana (1512-1555)», en *Catauro*, Año V, No. 8, julio-diciembre de 2003, p. 87.

¹³ A. Ballesteros: *Historia de América*, tomo I, Salvat, Barcelona, 1961, pp. 788 y 789.

^{14.} Ibídem, pp. 825-826.

Julio Le Riverend concluye así: «El choque de la economía y los instrumentos bélicos europeos con la economía y el ajuar indígenas produjo la destrucción, la pulverización de estos».¹⁵

En fin, a partir de la presencia europea los pueblos caribeños debían empezar a hacer o escribir su historia. Bajo una concepción basada en la fuerza y la discriminación, predominarían por encima de todo los valores de la Vieja Europa. Por otra parte, los europeos que colonizaron las Antillas no fueron laboriosos labriegos o perseguidos religiosos, sino en su mayoría ambiciosos aventureros a quienes movía el afán de lucro. Hombres violentos que en el Caribe devinieron rapaces encomenderos, audaces contrabandistas, inescrupulosos hateros y plantadores, o fieros corsarios y piratas; hombres que siempre evadieron el trabajo y esclavizaron a otros para que lo hicieran en su lugar. 16

Distintos autores han dividido la historia del Caribe en diferentes etapas. A nuestro entender, una de las que quizás se acerca más a la realidad es la que formulan los investigadores Simmons y Guengant y que se recoge en la obra *Migrantes latinoamericanos y caribeños*, de la autora Adela Pellegrino.

Según ellos, a cada una de las cuatro etapas de la historia del Caribe corresponde un patrón migratorio específico. Para ellos, la etapa de la esclavitud se caracteriza por la importación forzada de población africana; la etapa de la emancipación, que implicó la huída de las plantaciones hacia otros territorios fuera o dentro de la región; la etapa del desarrollo de nuevas fronteras y de emigración hacia zonas de expansión de las plantaciones de caña de azúcar y de construcción de obras de infraestructura; finalmente, la que sigue a la Segunda Guerra Mundial, que ha sido denominada la etapa del éxodo y se caracteriza por el incremento importante de la emigración hacia los países desarrollados, en primer lugar hacia los Estados Unidos, como respuesta a la demanda de trabajadores en dichos países y al estancamiento de la oferta de trabajo en la región.

En el caso concreto de Cuba, cuya población original fue desapareciendo violentamente, como parte de la colonización, será una isla que se repoblará con gente de otras tierras españolas y africanas.¹⁸ En esa

_

^{15.} Julio Le Riverend: *Historia económica de Cuba*, Editora Universitaria, La Habana, 1965, p. 45.

^{16.} Rafael Duharte Jiménez: Ob. cit. (en n. 4), p. 125.

Adela Pellegrino: Ob. cit. (en n. 10), p. 55.

María Teresa Linares *et al.*: «Presencia del africano en América y particularmente en Cuba». Ponencia presentada por varios investigadores del Instituto de Etnología y Folklore en el Seminario

dinámica migratoria hay que precisar que tanto en las Antillas Mayores — Cuba, Jamaica, La Española (República Dominicana y Haití) y Puerto Rico—como en las Menores, lo que nos unifica es la herencia africana, más que una lengua u otra en atención a la metrópoli europea de que se trate.

Con el proceso traumático que va a sufrir el Caribe debido a la presencia colonial de distintas potencias coloniales —España, Inglaterra, Francia, Holanda, Suecia y Dinamarca— surgiría una subdivisión de la región con los apelativos de Caribe español, inglés, francés y holandés.¹⁹ Por esto, no es extraño lo que lamentablemente aconteciera por largos años en las escuelas de las Antillas colonizadas, en las que la enseñanza de la historia de Europa era la prioridad, mientras que la historia propia era recibida por los niños de forma escueta, mutilada o tergiversada.

Además, ha sido tal el destino histórico del Caribe como espacio de conquista y colonización, que lo mejor de la producción material y espiritual se encuentra esparcido, explotado, acumulado o celosamente atesorado en las metrópolis.²⁰ A ello se agrega que en sus inicios el Caribe fue escenario de una colonización convertida en una incalculable empresa comercial. Cada una de sus islas se vería inserta en un proceso socioeconómico global que variaría, de acuerdo con el tipo de producción dominante, en una metrópoli u otra.

El Caribe insular (no el Gran Caribe, que comprende las islas y todos los países con costas en el mar Caribe, como México, Colombia, Venezuela, Guyana y los de Centroamérica) presenta un factor determinante en cuanto a su historia, o lo que es igual, en cuanto al ciclo de desarrollo y crisis de la industria azucarera y su principal corolario: las formas de provisión de mano de obra.²¹ Por otra parte, comienza a ganar actualidad el concepto de Gran Caribe, un término asociado más bien a elementos de índole cultural vinculados al clima, al mestizaje, a cierta vocación por la negritud, a la música de una región identificada por valores de identidad compartidos y naturalmente asumidos.²²

de Estudios Afroamericanos, realizado en La Habana, entre el 21 y 27 de octubre de 1968. En *Revista Etnología y Folklore*, No. 7, enero-junio de 1969, p. 15.

Hebert Pérez Concepción: «Introducción al Caribe». Cf. AA.VV.: Pensar el Caribe, cinco ensayos de interpretación de la región caribeña, ed. cit., p. 20.

^{20.} Gérard Pierre-Charles: «Abarcar el Caribe en su unicidad y su diversidad», en *Revista del Caribe*, No. 23, 1994, p. 4.

^{21.} Antonio Lluberes Navarro: «Caribe, azúcar y migración, 1789-1944», *EME EME, Estudios Dominicanos*, Volumen VII, No. 39, noviembre-diciembre de 1978, p. 5.

La unidad racial y agrícola que se fue conformando en la región caribeña estará matizada por factores raciales económicos y culturales a lo largo de su historia,²³ con una inmigración que funcionó en correspondencia con la evolución de la industria azucarera.

Momentos significativos identificarían a la migración caribeña —en la que prevaleció la población masculina sobre la femenina, regla general de los movimientos migratorios internacionales—²⁴ como una de las más activas a partir de que el imperio británico otorgara la libertad a sus esclavos en sus colonias. Por su parte, Francia —que había perdido a Haití, su colonia más preciada— se comprometió a suprimir la trata en sus restantes colonias durante el Congreso de Viena en 1815. Sobre esto apunta Eric Williams que ello no se concretaría hasta 1848, época del triunfo de la producción remolachera, y año de la Revolución de Febrero de 1848 y proclamación de la República en Francia. Dicha supresión liberaría a los esclavos de las plantaciones cañeras francesas en Guadalupe, Martinica y Guayana a partir del decreto del 27 de abril del citado año que abolía la esclavitud en sus colonias.²⁵

En cuanto a la decisión del gobierno inglés, no estuvo revestida de ningún elemento humanista y sí de la conveniencia económica, ya que «el cuestionamiento de la esclavitud fue el fruto de la conjunción, por una parte, del triunfo de la ideología liberal en Inglaterra y de los intereses del pujante desarrollo capitalista, y por otra, del debilitamiento progresivo de las plantadores antillanos».²⁶

Con la abolición de la esclavitud²⁷ se fue palpando una realidad objetiva: no hacía falta la descomunal fuerza de trabajo que en un momento

Jorge Gómez Barata: «Cruceros en el Caribe: sin romance incluido», Por Esto (Versión digital), México, 20 de abril del 2006.

^{23.} Cf. Eric Williams: *Capitalismo y esclavitud*, La Habana, 1975, p. 4.

^{24.} Cervera Catasús, Pedro Cano y Rosa Tarraza: «La inmigración a Cuba entre 1900-1950», Centro de Estudios Demográficos-Instituto de Economía-Universidad de La Habana, Serie 1, Estudios Demográficos, No. 6, agosto de 1975, p. 4.

^{25.} Eric Williams: Ob. cit. (en n. 23), p. 135.

Adela Pellegrino: Ob. cit. (en n. 10), p. 15.

La fecha de abolición de la esclavitud en distintos territorios del Caribe es: Haití, 1 de enero de 1804, con su independencia; las colonias británicas, entre 1833 y 1838; las Islas Vírgenes danesas (Santa Cruz, San Juan y Santo Tomás), entre 1846 y 1848; la colonia sueca de San Bartolomé, en 1847; las colonias francesas, en 1848; las Antillas Holandesas, en 1863; Puerto Rico, en 1873; Cuba, entre 1880 y 1886; y Brasil, en 1888. En los Estados Unidos se produjo a partir de 1865.

pobló a numerosas islas productoras de azúcar de caña, sobre todo en las Antillas Menores, con el predominio de bajos salarios. Por tanto, ello había dejado de ser un panorama atractivo para las inversiones de capital o de competencia frente al reto que representaban los avances de la Revolución Industrial y el surgimiento del azúcar de remolacha en Europa.

En el caso de Cuba —donde se produce la abolición de la esclavitud en 1886—, el demógrafo cubano Juan Pérez de la Riva estima que no menos de 1,310,000 africanos fueron introducidos contra su voluntad, para hacer posible el desarrollo de la plantación.²⁸

La nueva correlación de fuerzas que se establece en el Caribe con la pérdida de importantes colonias de España al culminar la guerra cubanohispano-norteamericana en 1898, es decir, con el traspaso de Cuba y Puerto Rico al dominio de los Estados Unidos, propició un cambio conceptual en el tipo de inmigración que se va a practicar a partir del siglo XX: la migración intracaribeña. En esto tendrán un peso específico los cientos de miles de braceros cortadores de caña procedentes de Haití, Jamaica, Puerto Rico, República Dominicana, así como de las Antillas Menores. Prácticamente, de la mayoría de las islas del Caribe llegaron braceros a Cuba. Se consideraba una inmigración moldeable proveniente de economías depauperadas o débiles con un gran ejército de parados.

En este sentido, se va a corroborar, en la realidad caribeña, cómo la emigración laboral, según Suzy Castor, autora haitiana de gran prestigio y autoridad científica por sus valiosas investigaciones, parece a primera vista como el resultado de la decisión de un individuo o de un grupo de personas; sin embargo, está íntimamente ligada al desarrollo del capitalismo.²⁹

El gran mosaico de inmigrantes, de innumerables procedencias y que ayudaron a conformar la nacionalidad cubana, vino a corroborar el criterio de que la migración internacional es un proceso de profundas raíces históricas, que forma parte consustancial de la evolución de la humanidad.³⁰

En el caso concreto de Cuba, la demanda de fuerza de trabajo fue un dispositivo que quizás alivió la presión en determinados mercados

Juan Pérez de la Riva: *El monto de la inmigración forzada en el siglo XIX*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979, p. 40.

^{29.} Suzy Castor: «Prólogo» a Ramón Antonio Veras: *Migración caribeña. Un capítulo haitiano*, Santo Domingo, 1985, p. 1.

Antonio Aja Díaz: «Las migraciones internacionales: temas en torno a un debate», *Contracorriente*, Nueva Época, No. 21, segundo semestre, 2004, p. 47.

laborales del Caribe y, por ende, actuó de manera similar con respecto al desempleo y la pobreza de algunos territorios caribeños. Solo que esto fue por escasos años.

El auge de la industria azucarera que acontece en Cuba y República Dominicana como consecuencia de una gran inyección de capitales estadounidenses, así como en las obras del canal de Panamá y en el imperio de la United Fruit Company, en Centroamérica, abrieron las puertas a un gran movimiento migratorio procedente del Caribe. Es por esto que Ramón Antonio Veras ha precisado que «durante la época del *big stick* (Gran Garrote), el capital de Wall Street se propuso convertir la Cuenca del Caribe en una gran plantación de caña». Fue un fenómeno difícil de detener y que se originó en las últimas décadas del siglo XIX. A partir del siglo XX, «el Caribe, tradicionalmente receptor de inmigrantes, se vuelve un área de emigración».³¹

De los territorios de Cuba sería Oriente el que mayor cantidad de caribeños recibió desde los años heroicos, inciertos y complejos de la Revolución Haitiana, encabezada por el otrora esclavo de amplia cultura y gran estratega militar Toussaint Louverture, y de quien escribió Alejo Carpentier: «con el decursar del tiempo, va a ser ese paria, ese hombre situado en el escalón más bajo de la condición humana quien nos va a dotar nada menos que del concepto de independencia».³² Ese proceso revolucionario tuvo un verdadero carácter antiesclavista y anticolonialista, y tuvo como objetivo cimero la lucha por la independencia del dominio francés. Quizás la añoranza y el pensamiento puesto en un rápido regreso a su lugar de origen, tan caribeño como el archipiélago cubano, hizo que buscaran la cercanía y sin despegarse del mar Caribe. De allí llegaron, primero, propietarios, acompañados de las más modernas técnicas cafetaleras, pero también de esclavos, calculándose ese movimiento migratorio hacia Cuba en una cifra que oscila entre quince mil y treinta mil personas. Poco más de un siglo después arribarían a Cuba, de la tierra haitiana, decenas de miles de braceros.

Se debe tener presente que entre la Punta de Maisí, en el extremo oriental de Cuba, y el Cabo Mole de San Nicolás, en Haití, solo existen

Antonio Veras Ramón: *Migración caribeña. Un capítulo haitiano*, Santo Domingo, 1985, pp. 3 y 23.

^{32.} Alejo Carpentier: «La cultura de los pueblos que habitan en las tierras del Mar Caribe», en *Casa de*

87 km. Su cercanía hace posible que en días claros se puedan divisar las montañas de dicho punto geográfico.

Aquellas ideas o sueños de un pronto regreso a Haití influyeron a través de largos años. Era algo parecido a no abandonar su habitat. Como fuentes de trabajo tendrían las zafras azucareras y cafetaleras, en lo fundamental. En la cosecha cafetalera participaban grandes contingentes de haitianos que como nómadas se dirigían a las montañas de Santiago de Cuba, Guantánamo, Holguín y Granma, en el llamado tiempo muerto al cesar la zafra azucarera.

De igual forma, fue una realidad histórica concreta la fundación y desarrollo de numerosos pueblos en Cuba al calor de la cuantía de la inmigración caribeña, que se produce a partir de la Revolución en Haití.

El despoblamiento de numerosos territorios cubanos como una de las consecuencias de la guerra iniciada el 24 de febrero de 1895 contra el colonialismo español para obtener la independencia —muertes directas del conflicto armado, por enfermedades y hambre se calculan en unas 200,000 personas— y los proyectos inmediatos para la construcción de poderosos centrales azucareros que exigían a su vez nuevas líneas de ferrocarril, y por tanto, mano de obra suficiente, demandó la migración intranacional hacia distintos lugares, pero muy pronto, también, la introducción de fuerza de trabajo barata y productiva procedente de las antillas vecinas. Importante sería esta inmigración para propiciar «el repoblamiento de Cuba en relación con la fuerza de trabajo económicamente activa, con el objetivo de rebasar la crisis laboral generada por la guerra de 1895-1898».³³ Como se pudo comprobar en el curso de los acontecimientos, las condiciones de vida y trabajo de esa inmigración era la más parecida a una nueva trata negrera intercaribeña, en un contexto de prejuicios raciales y étnicos, rasgos comunes que acompañaban a los emigrantes de ayer y de hoy.

No sería exagerado decir que en las Antillas se fraguó el sistema colonial del capitalismo. Ellas fueron fuente fundamental de la acumulación originaria de capital de Europa y de los Estados Unidos.³⁴ En ese contexto, la actividad

Jesús Guanche: «Conflicto bélico e inmigración», en *Debates Americanos*, No. 7-8, enero-diciembre de 1999, p. 34.

las Américas, Año XX. No. 118, enero-febrero de 1980, p. 5.

José Antonio Benítez: Las Antillas: colonización, azúcar e imperialismo, Casas de las Américas, La Habana, 1977, p. 11.

agrícola continuó siendo fundamental para las Antillas Menores, sobre todo para las anglohablantes, lo cual demandó una gran fuerza de trabajo esclava, germen principal para el surgimiento del capitalismo en la región.

Las raíces o legado de esta situación provienen de una larga dominación colonial, que cristalizó la tríada negros-esclavitud-plantación, patrón que dejó profundas marcas en todas las entidades antillanas. A pesar de los impulsos modernizadores por la independencia, las Antillas angloparlantes continuaron siendo «sugar island»,³⁵ y en las Antillas Mayores: Cuba, República Dominicana y Puerto Rico, igualmente y con mayor fuerza.

No cabe duda de que el volumen de la inmigración de antillanos y españoles en Cuba durante los primeros veinticinco años de República fue lo que transformó cualitativamente el paisaje humano de la Isla, proporcionándole un impulso decisivo a la economía capitalista de plantaciones. Y es que la plantación caribeña como solución o medio de explotación económica se originó por la necesidad de búsqueda de nuevas fuentes de riqueza por parte de la metrópoli y la imposibilidad de que desde Europa llegara a América la mano de obra necesaria.

Si bien el trabajo asalariado iría ganando espacio en distintas regiones del Caribe, desplazando formas de servidumbre diversas, «en cambio, en las Antillas y en Brasil, la complementariedad de la economía de plantación-trabajo esclavo actuó como obstáculo para la formación de sectores que pudieran satisfacer la demanda de mano de obra libre, una vez eliminado el sistema esclavista».³⁷

Como es conocido, la esclavitud se prolongó en Cuba por más de trescientos años, habiendo sido esa fuerza de trabajo la única segura para el desarrollo de la agricultura colonial antillana.³⁸ De igual manera, «El tipo esclavista de plantación cristalizó de esa manera como el hegemónico, hacia fines del siglo xvII para las Antillas Menores, extendiéndose durante el xvIII a las mayores, donde se mantuvo al igual que en Brasil

^{35.} Gérard Pierre-Charles: Ob. cit. (en n. 7), p. 375.

Cf. Jorge Ibarra: «La inmigración antillana. ¿Desproletarización y desnacionalización del proletariado cubano o aceleración de las contradicciones sociales? ¿Disgregación y marginalización del antillano o progresista integración de éste en las luchas de la clase obrera?» Ponencia presentada en el IV Encuentro de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, Bayamo, 1983, p. 25.

Adela Pellegrino: Ob. cit. (en n. 10), p. 15.

Alfonso Iglesias García y Alberto Pedro Díaz: «Definición y evolución de la plantación de las Antillas. Elaboración conceptual desde una perspectiva sistémica». S.f.

hasta comenzado el ultimo cuarto del siglo XIX».³⁹ En este país, la esclavitud fue abolida legalmente el 13 de mayo de 1888. Cuba lo había hecho dos años antes.

A partir del decenio 1910-1920 se introduciría masivamente, en Cuba, una fuerza de trabajo llegada de las cercanías. Una incontenible inmigración económica antillana, fundamentalmente haitiana y jamaicana, anárquica y fuera de control absoluto por parte del Estado. Junto a esto, vendría uno de los problemas más complicados para cualquier grupo migratorio: el riesgo de poder insertarse o no en el país receptor. El inmigrante se halló, en su inmensa mayoría, por primera vez, frente a un paisaje cultural desconocido hasta entonces: el conjunto formado por el ingenio o central azucarero, el batey y su territorio cultivado, pero también las diferencias idiomáticas.

La contradicción que se planteaba en Cuba entre la violenta expansión agroindustrial azucarera y la necesidad de mano de obra barata, demandaba la urgente solución de un problema vital. De ello se encargaría el resto de las islas caribeñas, con una notable pérdida de población inmediata. En mayor medida Haití y Jamaica. El escaso poblamiento de algunas islas de las Antillas Menores, por lógica, se resentiría más en ese sentido.

En 1912, al iniciar la producción los centrales Morón, Delicias y Chaparra, se conocía que otros colosos azucareros necesitaban, aproximadamente, unos diez mil hombres para los cortes de la caña. Las dos últimas industrias citadas llegaron a controlar miles de braceros de habla inglesa, pero también francohablantes y antillanos holandeses. De ello se encargarían de manera particular la Cuban American Sugar Mill Company y la Manatí Sugar Company, con enormes plantaciones azucareras, con una gran infraestructura ferrocarrilera y fábricas de azúcar con la más avanzada tecnología.

A partir del Decreto Ley 23 del 10 de enero de 1913 se legalizaban también las múltiples entradas al país de decenas de miles de braceros antillanos que antes de 1913 se permitieron hacer a las compañías estadounidenses a través de sus propios barcos y puertos. La Nipe Bay Co. sería la primera, por concesión gubernamental, en introducir mil trabajadores antillanos, los cuales se ubicaron en el central Preston, en la zona norte oriental.

Desde un principio existieron asentamientos de antillanos en la provincia de Oriente: en Banes, Puerto Padre, Antilla, Nicaro, Campechuela y

^{39.} Ídem.

Guantánamo. Los haitianos se localizaban, fundamentalmente, en Ciego de Ávila, Jatibonico, Morón, Esmeralda, Florida, Nuevitas y Santa Cruz del Sur, todos en la provincia de Camagüey.

En el valle de Cubitas, junto a estadounidenses, alemanes, ingleses, suecos, polacos, daneses y de otros orígenes, se localizaron haitianos, jamaicanos y cubanos, los que realizaron distintas labores, fundamentalmente agrícolas.

Entre 1917 y 1923 sumaron 22,058 los braceros caribeños que se incorporaron a las labores azucareras en los centrales Chaparra y Delicias, en la antigua provincia de Oriente. Cierta cantidad de la cifra citada trabajó en distintos oficios. Tanto el central Delicias como el Manatí y el Preston, de propiedad estadounidense, demandaban unos 10,500 obreros cada uno. Ellos fueron desembarcados en los puertos de La Habana, Santiago de Cuba y Puerto Padre. Múltiples eran los países caribeños de procedencia.

En cuanto al año más representativo de los inmigrantes, por nacionalidades —entiéndase por vía legal—, corresponde al año 1920, en que arribaron a Cuba 35,971 haitianos, 27,088 jamaicanos y 153 dominicanos, respectivamente. Mientras tanto, en 1912 se reportó la entrada de 7,878 ciudadanos de las Antillas Menores y en 1916 la suma de 1 277 puertorriqueños.

La base naval de Guantánamo, territorio cubano ocupado ilegalmente por el gobierno de los Estados Unidos, fue una fuente permanente de suministro de mano de obra, por lo general anglohablante, aunque también, en menor cantidad, puertorriqueños, dominicanos y francohablantes. Todos con disciplina y oficio para satisfacer las necesidades de los monopolios estadounidenses que controlaban grandes extensiones de tierras e industrias azucareras en las provincias de Camagüey y Oriente.

Terminadas las obras del Canal de Panamá⁴⁰ en 1914, miles de obreros antillanos que allí laboraban se dirigieron a la citada base donde se llevaba a cabo un vasto plan de construcciones de instalaciones militares. Al

soberanía del Canal el 31 de diciembre de 1999, que tuvo su fundamento en el Tratado Torrijos-

Carter, de junio de 1978.

Para iniciar estos trabajos, en 1878 se constituyo la Compañía Universal del Canal Interoceánico, con la presidencia del conde Fernando de Lesseps, lo cual fracasó. El 18 de noviembre de 1903 se firmó un tratado entre los Estados Unidos y Panamá para culminar dicho proyecto. El 15 de agosto de 1914 comenzaron las operaciones comerciales en el Canal. Oficialmente sería abierto, por decreto del presidente de los Estados Unidos, el 12 de julio de 1920. Panamá tendría la plena

parecer, buena parte de ellos se iría a otros trabajos. Para esto, abundaron los contratistas de mano de obra calificada, tanto cubana como extranjera, pero barata.

Por ejemplo, los primeros grupos de dominicanos que llegaron a trabajar en la zona del central Preston, ubicado en el norte del oriente cubano, procedían de Santiago de Cuba, habiendo laborado antes en la base naval de Guantánamo, a donde llegaron, directamente, del Canal de Panamá.

Al culminar la Primera Guerra Mundial, países como Cuba, Haití, Puerto Rico y República Dominicana estaban bajo el dominio de los Estados Unidos, que incluía las finanzas, el comercio y la política. El 31 de marzo de 1917 dicho país compró a Dinamarca las islas caribeñas Santo Tomás, Santa Cruz y San Juan, en veinticinco millones de dólares.⁴¹

De esa manera, esa nación europea abandonaba el Caribe sin penas ni glorias en la competencia colonialista. Ya en 1877, también Suecia había salido de la región por la misma vía, al vender a Francia la isla de San Bartolomé, colonia suya, al precio de trescientos veinte mil francos.⁴²

De acuerdo con las estadísticas oficiales, entre 1906 y 1931 entraron a Cuba 337,875 braceros antillanos. Esta cantidad se descompone en: 190,255 haitianos, 121,520 jamaicanos, 12,733 puertorriqueños, 10,601 antillanos no mencionados y 2,766 dominicanos.⁴³

Ningún análisis que trate de explicar cómo la gran fuerza de trabajo, o la gran diáspora caribeña que se movió hacia Cuba durante las últimas décadas del siglo XIX y las tres primeras del XX, puede separarse del impetuoso desarrollo agroindustrial azucarero que se produce en la mayor de las Antillas y en el que el capital estadounidense resultó determinante. Fueron años —primera mitad del siglo XX— en que la inmigración caribeña en Cuba llegó a representar el 25% del gran total, ocupando el segundo lugar detrás de la proveniente de España. Il a cantidad mencionada de 337,875 de inmigrantes caribeños, cifra oficial y legal, se le suman los cientos de miles llegados a Cuba por la vía clandestina, no sería extremo decir, debido a las investigaciones realizadas, que el monto total pasó, mucho más allá, del medio millón de personas.

⁴¹ Juan Bosch: Ob. cit. (en n. 2), p. 659.

^{42.} Ibídem, p. 607.

República de Cuba, Secretaría de Hacienda de Cuba: *Clasificación por nacionalidades y ocupaciones, Sección de Estadísticas, Inmigración y Movimiento de Pasajeros*, La Habana, 1906-1931.

^{44.} Jesús Guanche: Ob. cit. (en n. 33), p. 35.

Posteriormente, al anunciarse que todo aquel bracero desocupado sería repatriado o reembarcado a tenor de los Decretos 1404 del 20 de julio de 1921, y 1500, de agosto, y 1728 del mismo año, no se eliminó, sino complicó, la situación que se presentaba en diferentes pueblos y ciudades de las provincias de Camagüey y Oriente. El bracero antillano siguió trabajando cuando encontraba dónde, por lo general entre doce y dieciséis horas diarias, extorsionado por la Guardia Rural, explotado por los contratistas y por los dueños de los comercios en los ingenios azucareros. El haitiano no cambiaría su alimentación cotidiana para esos tiempos, el plato de harina con boniato y el agua con azúcar. Era, como se decía entonces, matar el hambre.

Pulularon los mendigos y las enfermedades entre una gran masa de braceros que deambulaban por las calles o buscaban refugio en portales y alimentación, si eso pudiera ser, en los latones con desperdicios. Las manos de muchos braceros trataban de localizar aunque fuera un mendrugo de pan en medio de la suciedad.

Para algunos sectores de la burguesía dependiente capitalista, los cientos de civiles de inmigrantes antillanos que se hallaban en Cuba eran considerados una amenaza a la estabilidad del país y de la población laboral nativa.

Miles de braceros antillanos quedaron sin trabajo, pero vaya contradicción, ya que los hacendados y las empresas estadounidenses propietarios de ingenios azucareros o de plantaciones de caña de azúcar y de café no dejaban de importar fuerza de trabajo de la propia región. Los salarios fueron deprimidos al máximo. Así en 1928 la United Fruit Sugar Company importó, para su central Preston en la provincia de Oriente, 1,937 braceros para la zafra azucarera de ese año, los que entraron por la Bahía de Nipe, amparados en el Decreto 1539 del 11 de septiembre de 1928.

La fuerza de la ilegalidad fue tanta que hizo necesario legalizar, otra vez, cuanto se venía haciendo fuera de la ley. Entre 1922 y 1929 se aprobaron cincuenta y tres decretos que autorizaban la entrada de nuevos braceros. Mientras tanto, existían en el país miles que por distintas razones reclamaban ser repatriados sin que ello presionara a las autoridades cubanas, que debían correr con los gastos de transportación, según los acuerdos previos firmados entre los contratistas y los receptores de inmigrantes.

Si entre 1906 y 1931 entraron a la isla, legalmente, 337,875, a los que habría que agregar decenas de otros miles que lo hicieron de manera ilegal, comprendemos como influyó esa inmigración en la proporción de piel

negra en el total de la población cubana. De igual forma, otra información nos puede ofrecer una explicación más detallada y es la referida a que «La población antillana, entre 1913 y 1931, aumentó a 120,309 personas. Es decir, por cada cuatro españoles que se radicaron en el país, solamente un antillano hizo de Cuba su lugar de residencia».⁴⁵

El país, monoproductor — azucarero —, con una economía dependiente y enajenante, se desajustó, quedó en las ruinas. Las burguesías cubana y española, respectivamente, serían definitivamente aplastadas por la penetración de los Estados Unidos al recibir tan terrible impacto.

Para los inmigrantes, Cuba se convirtió en una gran trampa, sobre todo para quienes deseaban repatriarse. Los jamaicanos con cuentas bancarias perdieron sus ahorros. Los haitianos se sumergirían en la más profunda miseria. Tanto los anglohablantes como francohablantes caribeños, en un alto porciento, carecían del importe económico para el regreso a sus patrias.

Fue notorio entonces que miles de braceros antillanos deambularan, principalmente, de las provincias de Camagüey a Oriente o viceversa, buscando un sustento diario de manera individual o familiar.

No se debe ser absoluto al deseo de repatriarse por parte de los braceros antillanos, ya que si bien una cuantía pudo haber estado interesada en regresar a sus hogares de origen, otra parte, a nuestro juicio, la mayor, era partidaria de permanecer en Cuba y lograr su sueños o aspiraciones de éxito o de ahorros y entonces sí volver con los suyos. Los que así pensaban, quizás coincidían en el criterio de que después de tantos sacrificios y dificultades sufridas, ya no quedaban pruebas que pasar.

En medio de la persecución que hicieran de conjunto la Guardia Rural y otros cuerpos represivos cubanos, fundamentalmente contra los haitianos, muchos de estos llegaron a tener dos pensamientos bien definidos: permanecer en Cuba e integrarse a su sociedad o alcanzar la repatriación.

Con el transcurrir del tiempo, apareció otro decreto para ejecutar la repatriación obligatoria de los braceros antillanos, fundamentalmente haitianos, de fecha 19 de octubre de 1933, año final de la crisis económica y cuando más se acentuó la situación por la que atravesaban aquellos que se hallaban en Cuba. Al año siguiente, en el mes de junio, se conocía que unos 8,000 haitianos habían abandonado la mayor de las Antillas.

^{45.} Juan Bosch: Ob. cit. (en n. 2), p. 17.

El método de expulsión se hizo de la manera más cruenta en el caso de los haitianos, además de haberse convertido en un proceso largo y lleno de incertidumbres. Todavía en el año 1937 se expulsaron de Cuba 10,000 braceros haitianos, durante el gobierno de Fulgencio Batista. ⁴⁶ Siete años antes, en 1933, se había producido la repatriación de 40,000 jamaicanos por decisión del gobierno de Jamaica, que facilitó los navíos necesarios para ello. ⁴⁷

En el orden cuantitativo la inmigración antillana que se produce en Cuba entre 1902 y 1930 va a estar dominada por haitianos y jamaicanos. Si nos atenemos a las estadísticas oficiales de la República de Cuba, donde no se contemplan, por supuesto, las llegadas clandestinas, tenemos que la haitiana acentuó a 190,255 y la jamaicana a 121,520. De las Antillas Menores se contaron 20,609; mientras que de Puerto Rico y República Dominicana, 15,715 y 2,807, respectivamente.

Un dato interesante es que el 90% de la inmigración haitiana y jamaicana, entre 1912 y 1929, fluctuaba entre los catorce y cuarenta y cinco años de edad, es decir, en edad laboral.⁴⁸

De las estadísticas consultadas se colige que la migración que llegó a Cuba durante los treinta primeros años del siglo XX, en lo que respecta a su impactante cuantía, no se volvió a repetir.

Al redactarse y aprobarse la Constitución de la República de Cuba de 1940, surgía un elemento nuevo en la temática migratoria y su tratamiento o evaluación. A partir de entonces, toda persona nacida en Cuba, aunque fuera de padres extranjeros, se consideraba un cubano más.

La inmigración, explotación, opresión, desalojo y repatriación de los braceros antillanos fue, en la práctica, una variante caribeño-latinoamericana de los rasgos característicos de una «acumulación originaria» para el desarrollo del latifundismo y de la naciente industria capitalista de un país como Cuba, atrasado, monoproductor y subdesarrollado.

_

^{46.} En el período censal de 1931 a 1943, la tasa de crecimiento demográfico desciende a 1,58 de promedio anual, debido, entre otros factores, al valor negativo que por vez primera asume el saldo migratorio externo, como consecuencia de la repatriación forzada de antillanos que promovió el gobierno de Gerardo Machado. Cf. Antonio Aja Díaz: «La emigración cubana entre dos siglos», en *Temas*, No. 26, julio-septiembre de 2001, p. 61.

José Sánchez Guerra: *Los anglo-caribeños en Guantánamo* (1902-1950), Editorial El Mar y la Montana, Guantánamo, 2004, p. 20.

^{48.} Jesús Guanche: Ob. cit. (en n. 33), p. 35.

Vendrían tiempos en que la Elders y la United Fruit Company (hoy United Brand) controlarían la producción y explotación de plátanos en Jamaica.

La Tate and Lyle controlaría la mayor parte de las tierras cañeras de Trinidad. En otras islas del Caribe se haría sentir el poder de la Caroni Ltd., mientras que las garras de la Geest Industries —empresa inglesa—llegarían a poseer la mayor cantidad de tierras de Barbados, Dominica, Santa Lucía, San Vicente y Granada. Las ventas bananeras en Inglaterra procedentes de estas islas subieron de cuatro millones de libras esterlinas en 1950, y a 451,000 millones en 1986. De esos territorios, Santa Lucía, ubicada en el Caribe oriental, es la segunda de las llamadas islas de Barlovento, en las Antillas Menores. Situada a 40 km al sur de Martinica y a 32 km al nordeste de San Vicente y las Granadinas, tiene un territorio de 616 km. En el año 2006, su población era de 164,791 habitantes.

Con el transcurrir de los años, en el Caribe se van a producir graves fenómenos sociales y económicos que dejaron profundas huellas y que tendrán como protagonistas a Inglaterra, Francia y Holanda —debilitadas a causa de la Segunda Guerra Mundial— y de manera particular a los Estados Unidos, que saldrán de ese conflicto bélico como primera potencia, con su economía intacta y cada vez más fortalecida, desarrollada, expansionista y dominante. Sin lugar a dudas,

a partir de la Segunda Guerra Mundial las deformaciones estructurales de las sociedades caribeñas, las modalidades de la explotación imperialista y las transformaciones globales del medio capitalista introducen nuevos elementos en la conformación histórica de la región. El fenómeno migratorio adquiere características diferentes. El Caribe se vuelve una de las regiones de mayor emigración hacia los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Holanda y Canadá. La emigración se transforma en un componente en la estructura de las naciones y se convierte en un factor importante en el esquema de dominación neocolonial, que conlleva consecuencias económicas, políticas, sociales e ideológicas de gran alcance.⁵⁰

El hecho de que tanto Francia como Inglaterra decidieran otorgar en la década de 1950 la ciudadanía a sus súbditos que habitaban las posesiones del Caribe, abrió un debate, tan intenso como problemático desde el punto de vista social. Por esa vía decenas de miles de obreros caribeños y

^{49.} Gérard Pierre-Charles: Ob. cit. (en n. 7), pp. 375-376.

^{50.} Suzy Castor: Ob. cit. (en n. 29), p. 3.

de otros territorios coloniales, sobre todo de piel negra, llegaron en grandes oleadas hacia las citadas metrópolis europeas, con inmensa población de piel blanca.

Como es natural, una decisión de este tipo, y de carácter migratorio, tuvo un gran impacto social y político, más que demográfico, por haber estado acompañada de una reacción de los europeos que fluctuaba entre el racismo y la hostilidad, o ambos a la vez, o sea, la xenofobia.

Años después, los destinos de los caribeños cambiaron ante el desarrollo económico de Canadá, convirtiéndose este en un centro de inmigración importante y a la vez cercano para los antillanos, sobre todo anglohablantes y francohablantes, a cuya preferencia antillana se sumaron después los Estados Unidos durante la década de 1960-1970, lo cual se mantiene hasta nuestros días.

En cuanto a Canadá, los inmigrantes de América Latina y el Caribe llegaron a 525,000 en 1996, cuando en 1986 solo sumaron 320,000. De la primera cantidad la mitad correspondió a jamaicanos, guyaneses, trinitarios y haitianos.⁵¹

De acuerdo con el Censo de Población de Canadá del año 2001, la mayoría de los inmigrantes procedentes del Caribe eran de la parte anglohablante. En una investigación de 2004, el número de residentes canadienses que se identificó con un origen caribeño fue el siguiente: 211,000 jamaicanos; 82,000 haitianos; 60,000 antillanos (otros), 52,000 guyaneses y 50,000 trinitarios. En el mismo año, el Ministerio de Ciudadanía e Inmigración de Canadá reportaba que entre 1980 y 2001 los inmigrantes caribeños sumaban 253,002.⁵²

Otro tipo de migración caribeña del área es la intracaribeña, que se produce, hasta hoy día, entre una isla y otra de la región, atraída por las oportunidades que se ofrecen en las que mayor desarrollo presentan. Así sucede con las industrias del petróleo, el turismo y la exportación de servicios en Trinidad y Tobago, Aruba, Curazao y Bahamas, entre otras. A estos elementos se suman, en cuanto a la selección de destinos caribeños,

_

Miguel Villa y Jorge Martínez: «La migración internacional en América Latina y el Caribe: rasgos sociodemográficos y económicos», en CELADE. División de Población de la CEPAL, Secretaría Permanente del SELA, mayo-agosto de 2002.

Keith Nurse: «Diáspora, migración y desarrollo en el Caribe», FOCAL, Documento de Política, Fundación Canadiense para las Américas, 2004. Cf. www.focal.ca.

la proximidad geográfica, el idioma común y las características o tradiciones culturales parecidas o similares.

El movimiento intracaribeño resulta de indudable beneficio para las islas receptoras desde el punto de vista cualitativo, motivado por los positivos niveles de educación de los migrantes. Según apuntan Miguel Villa y Jorge Martínez —acudiendo a Thomas Hope—, el nivel de educación de los migrantes intracaribeños de habla inglesa superaba al de las poblaciones de origen y destino; por ejemplo, en Antigua, Bahamas y las Islas Vírgenes Británicas la proporción de inmigrantes que cuentan con estudios universitarios se calcula en más de dos veces a la población nacional, y en Barbados esa relación es más de siete veces.⁵³

Sobre todo en las Antillas Mayores, y entre estas, con mayor fuerza, Haití, República Dominicana y Puerto Rico, ha sido una constante el incremento de la migración de las zonas rurales a las ciudades con la consiguiente posible continuación del ciclo migratorio con la migración al exterior de los territorios nacionales.⁵⁴ Cuba sería considerada por los emigrantes europeos como un país próximo y apropiado para poder llegar a los Estados Unidos. Esto también era del pensamiento de muchos braceros antillanos.

Es de significar que la circulación o migración entre las islas del Caribe cada vez se hace con mayor intensidad, aumentando en ese contexto el papel de la mujer, en fuentes de trabajo como el turismo. Sin embargo, hacia los Estados Unidos predomina la migración masculina, determinada por la demanda de ciertos tipos de trabajo.

Es precisamente en ese país donde reporta la CEPAL que en el año 2005 existían 25,000,000 de latinoamericanos y caribeños, 4,000,000 más que en 2000, estimándose que casi la mitad de ellos tienen la condición de indocumentados.⁵⁵

El Caribe — excepto el llamado español — se nos presenta preferentemente también como zona de inmigrantes provenientes de sus otroras o todavía metrópolis, como Francia, Inglaterra, Países Bajos, pero también de la India.

Miguel Villa y Jorge Martínez: Ob. cit. (en n. 51).

^{54.} Antonio Aja Díaz: Ob. cit. (en n. 30), p. 60.

[«]Reporta CEPAL aumento de cuatro millones de emigrantes entre 2000-2005», Agencia de Prensa NOTIMEX, México, 21 de marzo de 2006.

Las extremas medidas que se instrumentaron en los Estados Unidos en materia migratoria a partir del año 2001 con motivo de los atentados terroristas que produjeron la destrucción de las Torres Gemelas, provocaron que el flujo de emigrantes caribeños y latinoamericanos se dirigiera a Europa. Así, reporta la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) que entre 1995 y 2003 los migrantes de América Latina y el Caribe en España pasaron de 92,642 a 51,4485, mientras que se acota que en el Reino Unido también han aumentado los ciudadanos caribeños. De todas maneras, los Estados Unidos siguen siendo el principal destino de los emigrantes de América Latina y el Caribe. Se calcula que en dicha nación se halla el 75% de caribeños de nacimiento y de descendientes de primera generación. A mediados de la década de 1990 la emigración caribeña hacia distintos continentes ascendía a 6,000,000 de ciudadanos. Solamente en los Estados Unidos se asientan 2,4 millones de aquellos, arribados durante las últimas tres décadas. 70

Los movimientos migratorios que se producen desde distintas regiones hacia los países desarrollados no dejan de ofrecer sorpresa en cuanto a sus consecuencias. De simple vacío a llenar en materia de fuerza de trabajo, la inmigración se convirtió en un dispositivo que, además, suple a una población que debió haber nacido y no fue así, en distintos países de Europa. Por eso en el Viejo Continente no disminuyó su población a partir del año 1995. En resumen fue gracias a las inmigraciones recibidas.

En abril del año 2006 las Naciones Unidas dieron a conocer que el flujo de emigrantes procedentes de países en desarrollo ha evitado la virtual despoblación de las regiones más desarrolladas del mundo, afectadas por bajos o negativos niveles de fecundidad. En el mencionado reporte de las Naciones Unidas se precisa que la emigración representó la mitad del crecimiento poblacional en las referidas regiones entre 1990 y 1995, dos tercios de 1995 a 2000 y tres cuartas partes de 2000 a 2005.⁵⁸

Es precisamente la emigración la que viene a salvar a muchos países desarrollados de tener cierto crecimiento poblacional, y reportarlo, además, como algo suyo, como parte de su identidad o demografía interna.

-

[«]Migración desde Latinoamérica hacia Europa: tendencias y desafíos» (OIM), cable de la agencia de información Frai Tito para América Latina, fechado en Suiza, 17 de junio de 2004.

^{57.} Keith Nurse: Ob. cit. (en n. 52).

⁵⁸ «Migración evita despoblación de países desarrollados», Agencia Prensa Latina, cable fechado en Naciones Unidas, 6 de abril de 2006.

A pesar de numerosas regulaciones, pero aplicando siempre la selectividad en lo que al robo de cerebros se refiere, los gobiernos europeos vieron crecer, por conveniencia propia, una cuantiosa emigración de seres humanos del llamado Tercer Mundo. Esta emigración busca fuentes de trabajo que, en cambio, no son ocupadas por los propios europeos.

Nada de esto habría cambiado hasta que el 18 de junio de 2008 el Parlamento Europeo aprobó la Directiva Retorno de Inmigrantes, dirigida demagógicamente a detener el flujo de los indocumentados, que la Comisión Europea calcula en unos 8,000,000.

Esa directiva lleva en su seno una violación flagrante de los más elementales derechos humanos de los inmigrantes que se consideren o tengan el estatus de ilegal, y pueden ser condenados hasta dieciocho meses de prisión. Para ser más inhumana y criminal, permite a las autoridades de inmigración detener y encarcelar a menores de edad sin acompañantes, y con peligro de ser deportados a terceros países.

El siglo xx fue testigo, con una fuerza incontenible, de la emigración de profesionales altamente calificados procedentres de América Latina y el Caribe hacia Europa. Pero también de decenas de miles que conformaron una gran fuerza de mano de obra barata. Sin embargo, antes podía hablarse de un proceso inverso: entre 1800 y 1950 partieron del Viejo Continente unos 80,000,000 de ciudadanos europeos. Su destino era, en buena medida, los Estados Unidos y nuestra región, debido al desempleo, el hambre y las guerras en sus países de origen, pero también por razones políticas y religiosas.

Según estudios dados a conocer en el año 2006, crece la cantidad de mujeres que toman el camino de la emigración y se calcula que, de los 180,000,000 de inmigrantes que existen en el mundo, un aproximado al 50% son femeninas que laboran en los oficios más disímiles.⁵⁹ En este sentido, la población masculina que emigra se ve superada por las mujeres en los casos de Jamaica, Trinidad y Tobago y la República Dominicana.

Las remesas que realizan los emigrados a sus familiares residentes en los lugares de origen, resultan de suma importancia a la hora de analizar la relación de aquellos con los países donde laboran o residen, con el beneficio que puede representar para la economía de los diferentes países que se benefician de ese tipo de ayuda económica a los núcleos de distintos parentescos.

-

[«]Se feminiza migración en busca de mejores condiciones de vida: CEPAL», Agencia de Prensa NOTIMEX, cable fechado en México, 22 de febrero de 2006.

Según la CEPAL, los emigrados caribeños y latinoamericanos enviaron a la región 18,000 millones de dólares en el año 2000, dirigiéndose a México una tercera parte de esa cantidad. En el año 2002, la remesas de la región del Caribe alcanzaron unos 5,7 mil millones de dólares.

El impacto macroeconómico de las remesas para los países caribeños en el año 2003 fue significativo. Para Haití representó el 24,2% y para Jamaica, el 12,2% del PIB. Se considera que los países caribeños que más remesas reciben son República Dominicana, Cuba, Haití y Jamaica.

Desde Europa fluyen las remesas en divisas hacia sus naciones de origen, tanto caribeñas como latinoamericanas. Hacia finales del año 2004 se reportaba que solo desde España se remitieron 5 mil millones de dólares, así como otros mil millones del resto del Viejo Continente. Se añade que los dominicanos, colombianos y ecuatorianos eran entonces las comunidades más populosas provenientes del Caribe y de América Latina.

La Organización Internacional para las Migraciones ofrece un dato llamativo: el perfil demográfico de los migrantes de América Latina y el Caribe corresponde a una población joven y con niveles relativamente altos de educación.

En un reporte del Banco Mundial dado a conocer en abril de 2006, se dice que las remesas a países de origen ascendieron en el año 2004 a 224,000 millones de dólares, y de esa suma, 145,000 millones tuvieron como destino a los países del sur.⁶⁰

Sin lugar a duda, los pueblos del Caribe encuentran su raíz más profunda en las migraciones que desde época remota han dejado huellas visibles en sus territorios, sobre todo en el mestizaje étnico-cultural.⁶¹

Ese gran proceso migratorio que tiene lugar en Cuba y en el resto de las islas antillanas sería el causante de la gestación de sociedades multi-rraciales y multinacionales. En esta línea se debe tener muy presente lo expresado por el historiador puertorriqueño Ricardo Alegría sobre cómo en algunos casos, como en las Antillas Menores, en Guyana y en Belice, no es la lengua española la que los unifica sino la herencia cultural africana. 62

-

^{60.} Ver nota 58.

^{61.} Carlos Véjar Pérez Rubio: «Las danzas del Huracán. Aproximaciones a la identidad cultural e integración del gran Caribe», en Casa de las Américas, Año XLII, No. 225, octubre-diciembre de 2001, pp. 131-132.

^{62.} Ricardo E. Alegría: «Propuesta de Puerto Rico. La aportación del negro a la cultura caribeña», en La Revista del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y El Caribe, No. 17, julio-diciembre de 1993, p. 23.

La migración caribeña, como parte de los movimientos de población que se han producido en el mundo, deja improntas que se hacen presentes en el orden económico en países receptores o emisores, pero también conducen a una mayor diversidad étnica y cultural, transformando identidades y desdibujan las fronteras tradicionales.⁶³

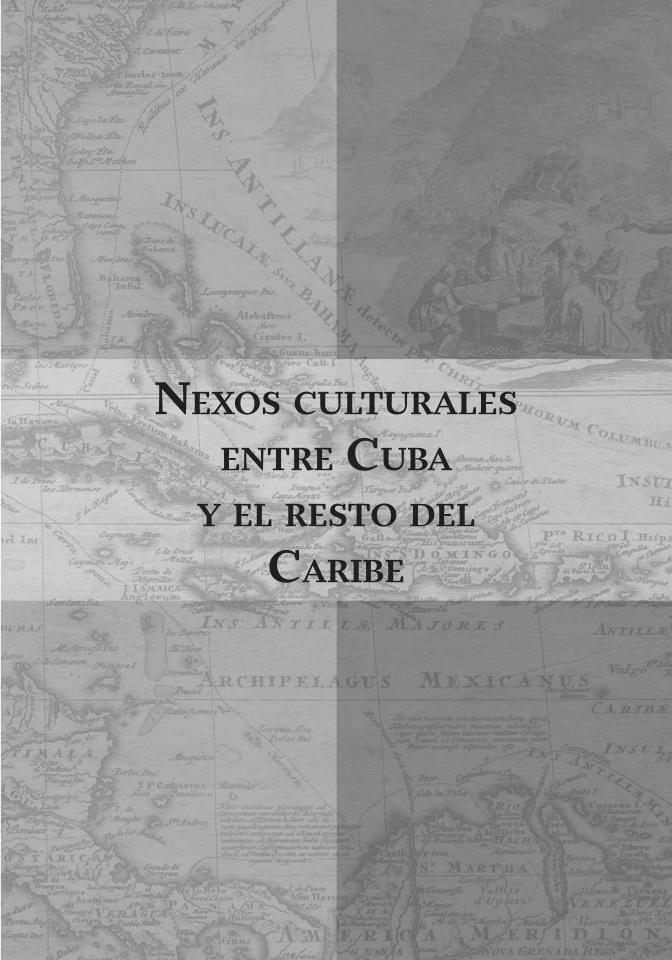
A lo anterior es justo hacerle una debida acotación. La experiencia caribeña nos enseña, cada vez con más crudeza, que la mayor cantidad de los emigrados hacia los países en desarrollo no es precisamente la mano de obra excedente y los subempleados, sino la que comporta el capital humano, los profesionales, los más calificados.

A lo largo del siglo XX, como en lo que avanza del XXI, se toma conciencia de otros inmigrantes europeos que llegaron al Caribe durante el proceso de colonización y representaban a estratos sociales, económicos y políticos. Aquellos eran de los grupos dominantes. Ahora, los emigrados caribeños cuyos territorios fueron o son parte del colonialismo, salvo excepciones, no llegan a ocupar lugares importantes en el contexto social de distintas naciones de Europa.

Como es conocido, el Caribe encierra una gran diversidad lingüística, social, política, cultural y económica, y sus islas se caracterizan por tener distintos niveles de desarrollo económico. Sus complejidades internas motivaron, además de intereses externos, una fuerte migración en la que Cuba resultó ser uno de los países del área más beneficiados durante las tres primeras décadas del siglo XX.

38

^{63.} Antonio Aja Díaz: Ob. cit. (en n. 30), p. 46.



NEXOS CULTURALES ENTRE CUBA Y EL RESTO DEL CARIBE

Como es conocido, en las distintas etapas de la historia los movimientos de población han ido a la par del desarrollo de contactos y flujos entre diferentes sociedades y culturas. Ese fenómeno se presenta con gran dinamismo en Cuba —a juicio de Alejo Carpentier, la primera en ser descubierta y por donde se introdujo el paisaje de América en la literatura universal— a partir del encuentro de las dos culturas, el 12 de octubre de 1492, y hasta el siglo XX, convirtiendo a la mayor de las Antillas, con el transcurrir de los años, en un gran mosaico de inmigrantes procedentes de numerosas naciones.

Por supuesto, ese proceso de siglos, representado por cientos de miles de personas con costumbres, idiomas y culturas diferentes, influyó en la conformación de la nacionalidad cubana. Ya con el siglo xx y cuando analizamos las inmigraciones del resto del Caribe que arriban a Cuba entre los siglos xviii y XX, se observa cómo se desarrolló, junto a los asentamientos de las mismas, primero de forma cautelosa o esporádica, y después de manera frecuente, la práctica de las diversas manifestaciones culturales procedentes de las islas que representaban. Ellas, de por sí, producirán intercambios de culturas y procesos importantes de transculturación en el seno de la sociedad cubana.

Desde principios del siglo xvI se van a manifestar en Cuba cambios económicos, sociales, políticos y culturales como resultado de las simbiosis de las poblaciones y culturas indocubana, española y africana. Su gran significación histórica estriba en que, en esta primera etapa, comienzan a aparecer cambios que tendrán una repercusión decisiva en el desarrollo posterior de la Cuba colonial, así como en la integración de la nacionalidad cubana.¹

La historia de la nación cubana está indisolublemente vinculada a la fusión que durante siglos produjo la innegable presencia

Estrella E. Rey Betancourt: «Algunos aspectos socioeconómicos de Cuba colonial temprana», en *Catauro*, Año V, No. 8, julio-diciembre de 2003, p. 90.

de indios, españoles, africanos y migraciones diversas que propiciaron, en el curso de diferentes etapas, la cultura cubana, siendo determinante en todo ese contexto el azúcar. Ese fruto cultural, y también racial, contribu-yó, decisivamente, al nacimiento del apelativo de cubano. Al sintetizar ese proceso, el etnólogo Miguel Barnet entiende que el sistema de plantación en el cultivo de la caña de azúcar propició la unión cultural de lo que sería más tarde el cuerpo social que nos identificaría como pueblo, sobre todo en la primera mitad del siglo XIX.

Pese a la gran diversidad existente entre las islas caribeñas, las mismas presentan varios denominadores comunes que las unen. Uno es de carácter histórico, como la desaparición de sus civilizaciones indígenas por las potencias colonialistas europeas: el otro, la cultura. De igual forma, el régimen económico unificador del Caribe como región cultural sería el de la plantación.

Los países del Caribe tuvieron desarrollos históricos distintos a partir de la introducción de la economía de plantación. Tardíamente esta se instauró en las colonias españolas, lo cual se efectuó terminando el siglo XVIII, mientras que en los territorios bajo control de Inglaterra, Francia, Holanda, Suecia y Dinamarca, se hace presente la plantación en el siglo XVII.

Desde el punto de vista etnocultural, la región del Caribe se «extiende desde las costas sudamericanas de Guyana, Venezuela y Colombia, pasa por las de Centroamérica y la saliente de Yucatán, continúa con la costa bañada por el golfo de las Antillas hasta la península de la Florida, Bahamas, Antillas Mayores y sigue por el gran arco de las islas, islotes y cayos del conjunto antillano caribeño del Este».²

Roberto Fernández Retamar, presidente de la Casa de las Américas, califica de aberración llamar «descubrimiento a la llegada de un grupo de europeos a un Continente donde había millones de habitantes»,³ momento de coincidir unos con otros.

Sergio Valdés Bernal: «Visión lingüística del Caribe insular precolombino», en *Catauro*, Año V, No. 8, julio-diciembre de 2003, pp.159-160.

Roberto Fernández Retamar, versión de la conferencia magistral pronunciada en la Sala Che Guevara de la Casa de las Américas, el 26 de septiembre de 2003, al constituirse en Cuba, en acto oficial, la Comisión Nacional encargada de organizar el Bicentenario de la independencia de Haití. En La Revolución de Haití en su bicentenario, Oficina del Programa Martiano, La Habana, 2004, p. 12.

Fue un proceso enriquecido por disímiles elementos culturales llegados de numerosos puntos del planeta, lo que acontece en Cuba a lo largo de siglos. Para los traídos forzosamente de África, «la palabra, y lo que la música tiene de esta, de canto, conjuro, fórmula mágica, sortilegio verbal, fueron elementos que lo acompañaron como armas de defensa e instrumentos de expresión y como vehículos para insertar las culturas africanas en el proceso de integración americana».⁴

Por ello, ante cualquier análisis retrospectivo o actual, se debe tener en cuenta la lucha y resistencia del negro africano esclavo para hacer sobrevivir lo poco que le quedó después de haber sido arrancado de sus raíces culturales, de su real madre patria, de África. Además, Cuba debe mucho a los cientos de miles de negros esclavos: la construcción de caminos, villas, fortalezas, ingenios azucareros y obras de infraestructura.

En el ámbito cultural, Cuba fue un escenario donde se produjo una innegable confrontación entre las dos más grandes inmigraciones que llegaron a sus costas, o sea, la española y la africana. Desde entonces, y como aconteció en otras regiones en el mundo, el Caribe fue otro de los escenarios en que la migración complementó la expansión del comercio y la economía, contribuyó a crear naciones y territorios, nutrió la urbanización, abrió nuevos escenarios a la producción y aportó sustancialmente a los procesos de cambios sociales y culturales.⁵

Si bien el negro africano debió enfrentarse a un modo cultural totalmente diferente al que él conocía, con el tiempo esa contradicción se ampliaría, debiendo ceder, más, ante un proceso cultural americano que se gestaba con gran fuerza, aunque con raíces españolas. En la medida en que el negro africano se unió a ese proceso cultural americano, sus propios intereses fueron transformándose o adaptándose en ese campo.

Sin lugar a dudas, la influencia de las culturas africanas se comienza a sentir tempranamente para constituirse en una de las principales fuentes de aportes a la integración de la nacionalidad cubana.⁶ Es incuestionable

María Teresa Linares et al.: «Presencia del africano en América y particularmente en Cuba», ponencia presentada por investigadores del Instituto de Etnología y Folklore en el Seminario de Estudios Afroamericanos, realizado en La Habana entre el 21 y el 27 de octubre de 1968. En Revista de Etnología y Foklore, No. 7, enero-junio de 1969, p. 33.

Antonio Aja Díaz: «Las migraciones internacionales: temas en torno a un debate», *Contracorriente, Nueva Época*, No. 21, segundo semestre, 2004, p. 47.

^{6.} Estrella E. Rey Betancourt: Ob. cit. (en n. 1), p. 90.

que un inventario de la huella de África en las culturas caribeñas contemporáneas podría aproximarnos a la deuda cultural del Caribe con el Continente negro.⁷

Por ello, es correcto aceptar las tesis de que en ese contexto socioeconómico,

el africano y sus descendientes negros y mulatos, echaron unas raíces profundas como para intervenir muy temprano y activamente en la integración de formas culturales cada vez más definidas como americanas. Música, rezos, fórmulas mágicas, mitos, remedios, alimentación, fueron en muchos casos instrumentos de defensa que facilitaban el refugio del negro, desde la ciudad al campo, desde el cuartucho en las afueras de las ciudades hasta los palenques.⁸

En el caso concreto de la cultura cubana, habrá que esperar por Fernando Ortiz, en el campo etnográfico, y por Nicolás Guillén, en el de la poética, para que hiciese su entrada triunfal de manera ostensible uno de los dos elementos fundamentales de la transculturación cubana: el negro.

Del enriquecedor proceso etnológico-cultural en Cuba, y hasta muy avanzado el siglo XX, escribió Alejo Carpentier —primer escritor de América Latina y el Caribe, y segundo en el mundo de habla hispana en obtener el Premio Cervantes—: «en el mundo de las Antillas de habla española, y también en las anglófonas y francófonas, se producen actualmente una literatura y una pintura de marcadas características criollas, sin que nos pongan a medir aquí la proporción de los ingredientes raciales malaxados en el conjunto». Precisamente, en dos de sus novelas: *El reino de este mundo* y *El Siglo de las Luces*, Carpentier integra a sus argumentos la eclosión de intensa actividad revolucionaria y el movimiento migratorio por todo el Caribe. 10

_

Rafael Duharte Jiménez: «África en el Caribe. Una reflexión sobre la influencia africana en la historia y cultura de la región caribeña». Cf. AA. VV.: Pensar el Caribe, cinco ensayos de interpretación de la región caribeña, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2004, p. 167.

^{8.} María Teresa Linares *et al.*: Ob. cit. (en n. 4), p. 32.

Alejo Carpentier: «Cómo el negro se volvió criollo» [1977], en *Antología de El Correo*, UNESCO, París, 1986, p. 28.

Olga Portuondo Zúñiga: «Política imperial por el Caribe: 1492-1898», Cf. AA. VV.: Pensar el Caribe, cinco ensayos de interpretación de la región caribeña, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2004, p.102.

En otro tipo de inmigración, la haitiana, se hizo común la práctica del Bande Rará, lo que acontecía en el transcurso de los días de la semana santa. Como parte de las costumbres de su país, el rará es oriundo del sur de Haití, y se practican dos variantes: la de Jérémies, que se llama rará pingué o litte; y el rará machet, de arraigo y popularidad en Jacmel, a la que llaman ciudad rará.¹¹

Estas y otras tradiciones culturales haitianas han vencido el paso de los años y mantienen su vigencia en territorios cubanos como Florida, Nuevitas, Santa Cruz del Sur, Jatibonico, Morón, Baraguá, Esmeralda, Guantánamo, Santiago de Cuba, Granma, Holguín y las Tunas, donde se desarrollan armónicamente, cuidándose de que no se pierdan sus valores autóctonos.

Uno de los científicos que más ha estudiado el proceso histórico haitiano es el polaco Tadeusz Lepkowski, para quien África, Europa y, en menor grado, América, fueron los continentes que dieron su aportación al desarrollo de la cultura de Haití. Al analizar la esencia de la complejidad cultural de Haití, Lepkowski precisa que el fundamento de la cultura de la élite es la civilización francesa y en la base de las culturas negras del África occidental y central, transformados en el país, dándose el caso de que la cultura urbana es francesa y la cultura rural, africana.¹² Apreciación correcta, y que toma en consideración los más significativos elementos de interés y espectro cultural, de procedencias distintas, que a la vez conviven en un mismo escenario pero en lucha por primar o extinguir una a otra.

Ese fenómeno expuesto por Lepkowski se extendió también a las Antillas Menores y a Cuba con fuerza demoledora, en función de los intereses de las metrópolis de cada uno de los territorios controlados por España, Francia, Inglaterra, Holanda y Portugal. Sin lugar a dudas, esa colonización se encargó de tratar de sumergir o desaparecer las expresiones materiales e ideales de la cultura africana.

En ese camino, la técnica africana, el arte de la estatuaria, la escultura en madera y en marfil, el tejido, etc., no pudieron resistir la tecnología

Miguel Nevet Resma y Gnaima S. de la Rosa: Kote ou bouke ma pote. Cultura haitiana en Esmeralda, Editorial Ácana, Camaguey, 2002, p. 24. El rará es el carnaval campesino que forma parte del folclor de Haití. Viene a ser, además, el símbolo del aporte de los braceros haitianos a la nacionalidad cubana. Se practica en Haití desde hace más de dos siglos. En sus comienzos fue una forma de manifestar su oposición al amo y su resistencia a la injusticia. Es considerada la fiesta de los haitianos.

^{12.} Tadeusz Lepkowski: *Haití*, t. 2, Casa de las Américas, La Habana, 1969, p. 151.

europea. La colonización sumergió, en gran parte, las expresiones materiales de la cultura africana.¹³ De toda esa avalancha han sobrevivido hasta nuestros días la religión y el folclor, sobre todo la música y la danza, que dejaron su fresca e indestructible huella africana en la región, al haber sido asimilado por los pueblos como parte de sus culturas nacionales. De ahí que las distintas expresiones de las culturas africanas resistieran no solo el paso del tiempo sino también, y es lo más importante, todo tipo de genocidio cultural del colonialismo europeo.

Sin embargo, los haitianos que llegarían a Cuba durante el primer tercio del siglo XX, a diferencia de las generaciones que arribaron a finales del siglo XVIII, ni habían nacido en el Haití dominado por Francia, ni sus costumbres eran las mismas. Sus referencias procedían de sus antepasados. Por ello, cuanto de cultura y costumbres trajeron a Cuba prácticamente poco tenía que ver con ese pasado colonial. Por tanto, obedecían más a raíces afroamericanas que franceses.

Esto último lo podemos observar en la religión y su papel activo en la historia del pueblo haitiano. Su influencia ha estado presente en los momentos más importantes de la vida social y cultural de país. Así, por ejemplo, en la bandera de Haití encontramos que sus mitades azules y rojas representan a Ogou, el espíritu vodú del fuego, la guerra y el cosmos.¹⁴

Hasta que se inicia la Revolución en Haití, a varias de sus provincias llegaba lo mejor de la cultura francesa. Existían compañías de teatro francesas que presentaban obras como Le Légartaire Universelle, Cartouche, L'École y des Pères. Mientras esto sucedía en Port-au-Prince, a Cap Français se le llamaba el París de las Antillas, y se le reconocía por su intensa vida cultural y prosperidad. Durante los primeros tiempos, Cap Français era la capital de Saint Domingue antes que lo fuera Port-au-Prince, fundada en 1749.

Debido a las consecuencias de la Revolución en Haití, Cuba se convirtió en la azucarera del mundo al sustituir la hasta entonces colonia francesa. Como consecuencia de la consolidación de una industria de monocultivo en la mayor de las Antillas basada en la caña de azúcar, se unen

^{13.} María Teresa Linares *et al.*: Ob. cit. (en n. 4), p. 45.

^{14.} Patrick Bellegarde-Smith: *Haití, la ciudadela vulnerada,* Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2004, p. 26.

Germán Arciniegas: Biografía del Caribe, Editorial Sudamericana, S.A, Barcelona, España, 1966, p. 288.

diversas corrientes culturales cuyo resultado sociológico y político se define en un solo vocablo de profunda significación: Cuba.¹⁶

Indudablemente, los aportes culturales realizados por estos inmigrantes caribeños pasan a integrarse, en mayor o menor medida, con las manifestaciones locales que existían en sus respectivas áreas de asentamiento, hasta formar nuevas expresiones cubanas.

Esta importante valoración realizada por el investigador Jesús Guanche, en su obra *Componentes étnicos de la nación cubana*, se complementa aún más al decir que «la música —tanto religiosa como laica— ha ocupado un importante papel aglutinador en el conjunto de sus relaciones sociales, que conforman la cultura popular tradicional, en constante proceso de enriquecimiento y cambio».¹⁷

Al analizar los treinta primeros años del siglo XX, resalta un hecho abrupto y traumatizador que vendría a cortar, en gran medida, el proceso social y cultural de la inmigración antillana. Nos referimos a las crisis del sistema mundial capitalista que acontece entre 1929 y 1933.

Los caribeños que lograron permanecer en Cuba tratarían, en las más difíciles condiciones de vida y trabajo, de mantener sus costumbres y tradiciones, surgiendo con mayor cuantía y fuerza las raíces nacidas de ese árbol que se identifica con la asimilación «étnica natural que se acelera paulatinamente a partir del cese de la inmigración y del nacimiento de la primera generación de descendientes mixturados de caribeños (franco y anglohablantes) con cubanas y las propias antillanas».¹⁸

Pocos años antes, a partir de 1921, se había presentado otra prueba difícil para los braceros caribeños. Cuando una buena parte de ellos se vio obligado a ser expulsado de Cuba al producirse la drástica baja del precio del azúcar, y la crisis capitalista citada, en que «como un castillo de naipes, todo se derrumbó estrepitosamente. El Caribe vibró como si un diabólico arquero hubiese disparado una gigantesca flecha. El pánico cundió en la élite azucarera de las Antillas». ¹⁹ Empezó entonces una diáspora

Miguel Barnet: «La cultura que generó el mundo del azúcar», en *Catauro*, Año VI, No.1, enero de 2005, p. 7.

Jesús Guanche: *Componentes étnicos de la nación cubana*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 1996, p. 101.

^{18.} Ídem.

José Antonio Benítez: Las Antillas: colonización, azúcar e imperialismo, Casas de las Américas, La Habana, 1977, p. 270.

increíble de braceros en medio de una gran depauperación personal. La razón del emigrante sería, por lo general, la subsistencia a toda costa, o cuando más, su repatriación.

En los vínculos culturales haitianos-cubanos cabe mencionar varios hechos de importancia.

En esa problemática está inserto Alejo Carpentier, quien «desde los años 40, logró dar a su obra literaria una gigantesca dimensión regional, al abarcar parte de su inspiración novelesca en la riquísima historia de la independencia de Haití».²⁰ Nos recuerda Araceli García Carranza que el primer escrito de Carpentier «fue una pequeña prosa sobre la importancia del ciclón en la vida del Caribe».²¹

Sobresalen, también, los estrechos lazos intelectuales y fraternales entre el Poeta Nacional de Cuba, Nicolás Guillén (1902-1989), y el poeta, novelista, etnólogo e intelectual haitiano Jacques Roumain (1907-1944), de quien después de su muerte se diera a conocer su obra maestra Gobernadores del rocío, para lo cual escogió como personaje central a un bracero haitiano llegado de Cuba, con el nombre de Manuel. Tanto Guillén como Roumain fueron dos exponentes cimeros de la cultura de sus respectivos países.

Roumain, como significara Guillén, «tomó partido por el pueblo haitiano, por el negro explotado, y rompió con la mulatería burguesa para ponerse junto al campesinado que se encorva de sol a sol sobre los combites». Ambos hicieron amistad desde 1937, en París, después coincidieron en Haití en 1942, y en 1944 en La Habana. Tras la muerte de Roumain y como quien quisiera sellar una amistad para siempre, Guillén —quien siempre recordaba sus «días haitianos, tan claros y amorosos»— escribió su trascendente y sentida «Elegía a Jacques Roumain».²²

A pesar de la influencia de la religión católica en la Cuba de entonces, la mayoría de los haitianos defendían también, como parte de sus costumbres, la práctica del vodú, su propia religión, que le servía como un factor aglutinante y que fuera reconocida como la religión oficial de Haití el 14 de agosto de 1791. Otros practicaban el espiritismo y el catolicismo. Los que más tiempo habían permanecido en Cuba, también festejaban

Gérard Pierre-Charles: «Abarcar el Caribe en su unicidad y su diversidad», en *Revista del Caribe*, No. 23, 1994, p. 5.

²¹ Cronología Carpentier 4. Un hombre de su tiempo, Premio Miguel de Cervantes Saavedra, 1977, Ediciones CREART, La Habana, 1994, p. 14.

Leonardo Depestre Catony: «En la maravillosa isla antillana», en *Bouyon*, Año I, No. 3, 2004, pp. 44-49.

fechas religiosas cubanas, como las de Santa Bárbara (4 de diciembre), San Lázaro (17 de diciembre) y la Virgen del Cobre (8 de septiembre).

Si bien los esclavistas les impusieron rendir culto a los santos católicos, los haitianos no se cruzaron de brazos y les buscaron similitud con los suyos. Así, por ejemplo, quedó como patrón que la Virgen de Regla sea Lavaren y que Asunción sea La Siréne.²³ Era parte de una resistencia para defender sus propios valores culturales.

Interesante es señalar cómo en el territorio oriental cubano van a coincidir dos migraciones haitianas que obedecían a raíces, tradiciones y culturas diferentes. Los descendientes de los llegados durante el proceso revolucionario en Haití (1791-1804) y los que arribaron a inicios del siglo XX.

La práctica de la tumba francesa, de impacto en lo que a la música y la danza se refiere, se consolidó en los perímetros urbanos de Santiago de Cuba y Guantánamo, en calidad de sociedades culturales y de socorro mutuo, así como en la comunidad rural de Bejuco, Sagua de Tánamo, Holguín. De ello se encargarían los inmigrantes haitianos y sus descendientes.

Es de destacar que en el caso de los haitianos, como los jamaicanos, no formaron grupos absorbentes que se plantearan imponer los valores de sus culturas originales al país, ni formaron grupos marginales renuentes a adoptar las costumbres nacionales. Persistió toda una serie de rasgos específicos de sus culturas originales, pero en el curso de una generación se integraron finalmente a la nacionalidad cubana.²⁴

Entre esos rasgos se hallaba el uso de la lengua materna, el creole, conocida por los cubanos como patuá, «síntesis de los dialectos aportados por los negros fundidos por el amo francés a base del normando usado por bucaneros, filibusteros y tratantes de esclavos en las Antillas Menores». ²⁵ Pudiera entenderse que debido al alto porciento de analfabetismo entre los braceros haitianos existió la tendencia a hablar creole cuando se hallaban entre los cubanos, quizás como una actitud de defender o conservar su lengua, o como una muestra de limitación cultural en una sociedad

_

^{23.} Miguel Nevet Resma y Gnaima S. de la Rosa: Ob. cit. (en n. 11), pp. 30-31.

^{24.} Jorge Ibarra: «La inmigración antillana. ¿Desproletarización y desnacionalización del proletariado cubano o aceleración de las contradicciones sociales? ¿Disgregación y marginali-zación del antillano o progresista integración de éste en las luchas de la clase obrera?» Ponencia presentada en el IV Encuentro de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, Bayamo, 1983, p. 26.

La Revolución de Haití en su bicentenario, Oficina del Programa Martiano, La Habana, 2004, p. 87. (Contiene un trabajo tomado de José Luciano Franco: Historia de la Revolución de Haití, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 1966. Se han introducido algunas correcciones al trabajo).

tan distinta para ellos. Además de ser una lengua de resistencia frente al medio ajeno al que habían sido trasplantados, el creole fue una lengua de subsistencia y una forma de mantener la comunicación entre miles de seres humanos que corrían, salvo algunas excepciones, la misma suerte o destino alejados de su patria.

En las estribaciones de la Sierra Maestra, en el Oriente del país, se fomentó un asentamiento de inmigrantes haitianos, y posteriormente de descendientes, que con el transcurrir de los años se han dedicado a preservar sus cantos, danzas, creencias y lengua materna.

En lo anterior, tratado por el investigador Julio Corbea en su trabajo La comunidad cubano-haitiana de la Caridad se explica el interesante fenómeno de bilingüismo que allí se produce, lo que contrae, además, un dinámico intercambio lingüístico, al hablarse, al mismo tiempo, español y creole.²⁶ Precisamente la haitianidad en Cuba se patentiza con el uso extendido del creole entre los descendientes de los inmigrantes haitianos, tal como fue observado en la comunidad haitiano-cubana de Caidije, en Camagüey.

Resulta importante lo reflejado por Corbea de cómo en el momento de su investigación se lograba alcanzar un alto grado de «pureza» por parte de las ricas manifestaciones de la cultura popular haitiana, sometida a un fuerte contacto con la comunidad rural cubana.²⁷ Incuestionablemente, esa interacción sería un elemento más en el interesante camino por el cual transita la identidad cultural cubana.

El referido autor cubano, al concluir su valioso trabajo, comenta:

Es de una poesía sorprendente, casi indescriptible, el hallazgo de estas tradiciones folclóricas, tan frescas y vivas, en la memoria colectiva; cosa perfectamente explicable en este caso por el relativo aislamiento de la comunidad y el papel que desempeñan dichas manifestaciones como vehículo de expresión y reafirmación del grupo frente al trasplante cultural que presupone el traslado geográfico.²⁸

También, dentro del tema de las comunidades franco-haitianas y sus descendientes en Cuba, se pueden relacionar las existentes en la actual provincia de Las Tunas en las que se celebran sus fiestas rituales y

Julio Corbea Calzado: La comunidad cubano-haitiana de La Caridad, Grupo de La Caridad, Santiago de Cuba, p. 62.

^{27.}

Ibídem, pp. 62 y 63.

otras actividades culturales. Ello se localiza en Brazito y 6 de la Macagua, del municipio Jobabo; Meriño, Ávila, La Victoria, Fleitas, en Manatí y en otros lugares de la citada provincia.

El baile o danza de las cintas, comúnmente practicado también — quizás con algunas diferencias— por braceros anglohablantes, se hacía por haitianos. Ello ocurrió con los que habitaban los valles de Preston, en la antigua provincia de Oriente, y que todavía hacen sus descendientes en dicha zona.

Para realizar dicho baile, los haitianos se reunían en horas de la noche, y a toque de tambor, guitarra, bajo de moño, clave, campana y la osamenta de la quijada de un caballo, lo que da un toque característico de un gran vibrador sonoro, se agrupaban varios grupos de hombres y mujeres, y en el centro de un grandioso círculo, reposaba un palo con las cintas. Cuando comenzaba la música, aquellos se iban entrelazando con las cintas y realizaban tejidos que admiraban a todos los que llegaban a los barracones, luego se separaban y comenzaban a danzar con grandes movimientos eróticos entre las parejas.²⁹

Cabe perfectamente señalar aquí lo expresado por el etnólogo Rogelio Martínez Furé, uno de los más prestigiosos africanistas cubanos. Para él, el movimiento y la gestualidad fueron y siguen siendo utilizados por los afrodescendientes para oponerse a los modelos impuestos a la fuerza. Precisa Martínez Furé que el cuerpo y su libre y gozosa celebración a través del baile, funcionó porque la música generada en nuestras tierras a partir de la herencia africana y su mestizaje con las europeas no sujetó al oyente y al danzante a la rigidez de un esquema dominante. El propio cuerpo alcanzó una sensación de realidad, belleza, libertad y rebeldía en el movimiento.³⁰

En distintas zonas de la actual provincia de Las Tunas, resulta sumamente interesante la huella haitiana heredada. Así, como expone la investigadora Aleida Best Rivero:

^{29.} Julio Cesar Urbina Hernán: «Desde los confines del mundo desde 1898 hasta Preston, hoy Guatemala». V Encuentro Nacional de Patrimonio Nacional Azucarero. Trabajo Etnológico, octubre de 2004, Patrimonio Guatemala (Preston), MINAZ, Holguín, pp. 76-81.

Palabras de Rogelio Martínez Furé, fundador del Conjunto Folklórico Nacional y uno de los más prominentes africanistas cubanos, en el Primer Festival de la Cultura de los Pueblos de África, celebrado en Venezuela, noviembre de 2005. Información publicada en el periódico *Juventud Rebelde*, La Habana, 22 de noviembre de 2005.

La semana santa, el fin de año, las fiestas a sus loas (espíritus) y los llamados bembés haitianos permitieron que los descendientes aprendieran a tocar, cantar y bailar por lo que veían hacer a sus padres o a los más viejos, de ahí que se hayan conservado los aspectos relacionados con la celebración de la semana santa en la que se realiza el Bandé rará.³¹

Indiscutiblemente, con la llegada de los inmigrantes haitianos durante los primeros treinta años del siglo XX, se inició el más reciente intercambio con profundidad que haya sostenido la cultura cubana con otra cultura.³²

Haciendo una valiosa síntesis de la inmigración haitiana en Cuba desde los primeros momentos, el doctor Armando Hart ha manifestado que

Desde el principio del siglo XIX, el aporte extraordinario de la cultura haitiana influyó notablemente en la nuestra, y de manera muy especial en la región oriental de Cuba. A lo largo del siglo XX, llegaron a la isla trabajadores haitianos que se fundieron con el pueblo cubano y se integraron como parte esencial de nuestra nacionalidad. Primero como población sometida durante décadas a la explotación esclavista, semiesclava después, y más tarde como obreros asalariados del campo, contribuyeron, de modo decisivo, a la riqueza del país y formaron parte sustantiva de la identidad cubana y de su cultura.³³

Con sumo acierto, el investigador Orlando Vergés Martínez expresa que «Se puede hablar de un sentimiento de haitianidad ampliamente difundido en el contexto de la cultura popular tradicional cubana; no así de un sentimiento similar vinculado con otras nacionalidades inmigrantes».³⁴

Y es que las huellas palpables de las manifestaciones culturales haitianas no solo conforman, integran y enriquecen el panorama cultural cubano, sino que por su fuerza no han perdido vigencia en los lugares donde

_

Aleida Best Rivero: «El aporte sociocultural de la inmigración haitiana al contexto de Las Tunas», Instituto Superior Pedagógico Pepito Tey, Las Tunas, s. f.

Orlando Verges Martínez: «La haitianidad en el contexto de la cultural popular tradicional cubana», en *Del Caribe*, No. 39, 2002, p. 43.

Armando Hart Dávalos, palabras pronunciadas en la Sala Che Guevara de la Casa de las Américas, el 26 de septiembre de 2003, al constituirse la Comisión Nacional encargada de organizar el Bicentenario de la independencia de Haití. En *La Revolución de Haití en su bicentenario*, Oficina del Programa Martiano, La Habana, 2004, p. 8.

Orlando Verges Martínez: Ob. cit. (en n. 32), p. 43.

existieron asentamientos de esa nacionalidad y se practican de manera armoniosa en la actualidad, con un sólido apoyo de las instituciones cubanas.

La original singularidad de cada isla caribeña emisora de braceros a Cuba se constató en sus lugares de asentamientos, manifestando con vivacidad la riqueza y diversidad de la cultura y el arte de que fueron portadores. En el caso de los inmigrantes anglohablantes, sobre todo los jamaicanos, existió la tendencia, muy similar a lo sucedido con los franceses, de constituir instituciones similares a las que conocieron en sus países. Fue notoria su acción fundacional en escuelas de idiomas, logias, centros de distracción y recreo, y sociedades de socorro mutuo. En estas últimas figuraron, entre otras, la Sociedad Feminista La Cruz Negra, fundada en 1930, y posteriormente el West Indies Walfare and Recreation Center (CENTER),35 ambas en Guantánamo y cuya membresía estaba compuesta por inmigrantes anglohablantes y sus descendientes

También, en dicho territorio existieron varias escuelas fundadas por jamaicanos y dedicadas a enseñar la lengua inglesa. Así fueron la Academia de Mr. Jones, dirigida por el doctor R. E. Jones, natural de Southfeld, St. Elizabeth, Jamaica, y la Academia Goodwill, perteneciente a la misión evangélica de Santo Tomás.³⁶

En cuanto a los antillanos anglohablantes, su ámbito sociocultural y religioso en Santiago de Cuba muestra interesantes señales para colegir que fue tan activa como de cierta manera cerrada a la penetración de inmigrantes de otras nacionalidades.

En este sentido, Eiranova Cuza menciona la iglesia episcopal anglicana Saint Mary's, donde existía una escuela, se ofrecían servicios religiosos en inglés, y también se realizaban bodas, bautizos y otras actividades socioculturales.³⁷

La mayoría de los inmigrantes anglohablantes practicaba la religión protestante. No podía ser de otra forma debido a la colonización de Inglaterra, de por sí, con dominio de la iglesia protestante, en sus posesiones del Caribe. Como era natural, esa migración arrastraba sus religiones

José Sánchez Guerra: «Los anglo-caribeños en Guantánamo (1902-1950)», Editorial El Mar y la Montaña, Guantánamo, 2004, p. 34. El autor expone que esta ultima institución asume el liderazgo de la comunidad, integrada por los emigrados y sus descendientes, la cual organiza las actividades culturales y mantiene los vínculos con el Caribe anglófono.

^{36.} Ibídem, p. 33.

René Eiranova Cuza: «El destino de los inmigrantes caribeños de habla inglesa», en *Del Caribe*, No. 23, 1994, p. 110.

desde su tierra natal. Por ejemplo, todavía, hoy día, en Jamaica coexisten protestantes, anglicanos y católicos con religiones de procedencia africana; en Barbados la presencia de católicos y protestantes, al igual que en Martinica y Antigua, se considera equilibrada; Santa Lucía tiene más católicos que protestantes, mientras en Guadalupe se calcula que la población llega al 85%.

Es indudable que el uso del idioma inglés en cuanta actividad social y cultural participaban, incluyendo bailes, puede interpretarse como una defensa de los valores que la colonia anglohablante practicaba y preservaba. Crearon instituciones como la logia Rising Star. En Guantánamo, los jamaicanos fundaron otras logias que tuvieron los nombres de Santa Catalina, los Maceo, Moisés y la Gran Orden Odd Fellows.

Los braceros anglohablante trataron de desarrollar con la mayor cohesión sus costumbres y tradiciones culturales en los lugares de asentamiento. El caso del central Baraguá quizás es único entre los descendientes de los inmigrantes anglohablante en Cuba, que conservan sus hábitos culturales desde el tiempo de sus primeros inmigrantes.³⁸

En la comparecencia de Alejo Carpentier publicada bajo el título «La cultura de los pueblos que habitan en las tierras del mar Caribe», utiliza, como un gran artista, su visión acerca de algunas e importantes islas caribeñas.³⁹ De esa manera, se refiere a la isla de Trinidad, a la cual atribuye su originalidad en la música con la población hindú que allí vivía. Sobre Barbados dice haberse encontrado allí con una suerte de civilización completamente original, con una cultura extraordinaria, de prosistas notables y donde leyó uno de los mejores ensayos sobre la Revolución Inglesa de Oliverio Cromwell.

En esa defensa de lo suyo los anglohablantes radicados en Santiago de Cuba se reunían para practicar deportes y, muy puntualmente, el críquet, lo cual hacían próximo al malecón santiaguero.

Comoquiera que el deporte es parte integral de la cultura, se aprecia en este contexto cómo algunos de los anglófonos radicados en Cuba se

Testimonio de Teófilo Gay Watkins, nacido en Baraguá el 13 de octubre de 1933 e hijo del inmigrante Fitzgerald Gay, natural de Granada y que llegara a Cuba en 1918. Febrero de 2004.

Alejo Carpentier: «La cultura de los pueblos que habitan en las tierras del mar Caribe», en *Ensayos*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1984, p. 218.

^{40.} Julio Cesar Urbina Hernán: Ob. cit. (en n. 29), pp. 37-38.

inclinaban por el fútbol y el baloncesto (caso de los de Antigua y Barbuda).⁴⁰ Más fuerte aún era la cantidad de jamaicanos que practicaban el béisbol y sobre todo el críquet, juego de origen británico.⁴¹ Además de cuanto acontecía sobre este deporte en Santiago de Cuba, en su vecina Guantánamo algo parecido sucedía, quizás con mayor intensidad.

Se cita a Leslie Celestine, jamaicano trabajador de la base naval de Guantánamo, como el introductor del críquet en el territorio de Guantánamo, deporte que adquirió tal interés que llegaron a realizarse campeonatos en Banes y otros puntos en el norte de la geografía oriental. En este sentido, un hecho de importancia se produce en 1947, cuando se recibe en Guantánamo un equipo de Kingston, Jamaica, para una serie de encuentros en los que además participaron los representantes de los territorios cubanos de Antillas, Banes y Santiago de Cuba. Por entonces, dos jugadores jamaicanos centraban la atención de los aficionados: Bill Angill y Joseph Skelton.⁴²

Descendientes de caribeños anglohablantes existen en otros territorios del Oriente cubano, como Manatí, Bayamo y Guantánamo. Se considera a la comunidad anglohablante caribeña de Baraguá la más fuerte de Cuba. Es la única que ha mantenido vivas las tradiciones de aquellos tiempos en que llegaron a la mayor de las Antillas sus padres y abuelos. Constancia de ello es el mantenimiento y enriquecimiento, cada año, de la fiesta del primero de agosto, «Día de la Emancipación», en conmemoración al día en que la reina de Inglaterra decretó la abolición de la esclavitud en sus colonias del Caribe. Es una fiesta de todos los caribeños de habla inglesa.⁴³

Ese día se realizan numerosas actividades culturales en dos sesiones del día. Durante la primera, desde cerca de las 10 a.m. hasta las 4 p.m., se baila y se canta en inglés música del Caribe anglohablante y no se permite la ingestión de bebidas alcohólicas.

El críquet es un juego en el que se enfrentan dos equipos de once jugadores en un campo con dos puertas separadas por veinte metros. Se trata de que un equipo obtenga *runs* o vueltas pegándole con un mazo a una pelota mientras el otro intenta interceptarla o desviarla.

^{42.} José Sánchez Guerra: Ob. cit. (en n. 35), pp. 33 y 34.

^{43.} Amplia información sobre el particular se puede hallar en el documental *Los hijos de Baraguá* (1995), de la realizadora cubana Gloria Rolando. El tema es sobre la emigración del Caribe anglohablante a Cuba a principios del siglo XX y tiene como centro a las abuelas Ruby Hunt y Mis Jones, quienes cuentan sus vidas en Cuba. Este documental es una producción del Grupo de Video Imágenes del Caribe y su edición se hizo en Mundo Latino.

En esa fiesta tradicional se trata de mantener la costumbre, se brinda a los niños, anglohablantes o no, el pan de gloria y limonada, que según se dice fue lo que la Reina de Inglaterra brindó a los esclavos al proclamar la abolición de la esclavitud.

El baile principal que se ejecuta es el de «la cinta», que en las Antillas anglohablantes se conoce como *maypoll*. Este baile, muy parecido al realizado por los haitianos, se caracteriza por que cada bailador toma una cinta, de varias atadas a un palo central y ejecuta sus movimientos en círculo.

Hay un momento muy interesante de la fiesta conmemorativa y es cuando los descendientes angloha-blantes hacen un recorrido por el pueblo de Baraguá acompañados de músicos que interpretan piezas de sus países originarios. En ese instante se efectúa una locución. A los niños se les ofrecen, gratuitamente, dulces y cake jamaicanos, lo que también se hace con los mayores. En horas de la tarde del propio día, sobre las 4 p.m. se inicia una fiesta popular

Mayoritariamente, la música y el baile fueron manifestaciones de la cultura que más gustaron practicar los braceros antillanos anglohablantes. Sus fiestas bailables recibían el nombre de tómbolas y cuadril.

Para los jamaicanos fueron muy propios, como hasta ahora, el reggae —ritmo que sobrepasó las fronteras del ámbito cultural de Jamaica, y está hoy presente en toda la región caribeña—, el gospel, el soca (calipso) y la música dance hall. Ellos eran admirados como bailadores de ritmos cubanos, caribeños y norteamericanos. Música como el género calipso, el estilo country sanga y el ritmo Gitter-Bulg, dejaron su huella en los territorios orientales de Cuba. Igualmente, aunque fueron pocas, se debe acotar la creación de entidades musicales formadas por caribeños de habla inglesa, como fue la orquesta Warto's Swing Boys, con repertorio norteamericano. Sus integrantes, trabajadores de la Base Naval de Guantánamo, actuaban dentro y fuera de la misma. También los jamaicanos formaron parte de la orquesta cubana Típica Armonía, destacándose su pianista, de igual nacionalidad, Teodoro Hopte.⁴⁴

Las principales fiestas realizadas por los anglohablantes en Cuba eran motivadas por los días de fiestas nacionales de la metrópoli inglesa, como el Día de la Independencia o el Día de la abolición de la esclavitud en los

^{44.} Ibídem, p. 33.

dominios ingleses, así como las Pascuas, Semana Santa y el 1 de mayo, día en que se constituyó el Reino de la Gran Bretaña.

De manera particular, los barbadenses gustaban de la música *country*, el calipso y otros bailes. Los de Santa Lucía disfrutaban del *reggae*, el calipso, el soca, el *country* norteamericano y la *cadance*, una alegre música para bailar procedente de las Antillas francesas. En cuanto a los de Trinidad y Tobago, y al igual que los del resto del Caribe anglófono, tenían y tienen el calipso, la soca, pero también las *steelbands* y *chutney*.

Dentro de la diversidad extraordinaria caribeña a la cual se refiere Alejo Carpentier, explica que existe un denominador común: la música:

A las islas de las Antillas hubiese podido aplicárseles aquel nombre que dio el gran clásico del Renacimiento francés, Rabelais, a unas islas que llamó las islas sonantes. Todo suena en las Antillas, todo es sonido, las Antillas tienen, vuelvo a decirlo, el denominador común de la música. Puede ser la extraordinaria música cubana en su larga evolución, de la que no tengo que hablarles, y que ha invadido el mundo entero; puede ser la plena dominicana, tan parecida y tan distinta, sin embargo, a la música cubana; puede ser el extraordinario, el endiablado calipso de Barbados y de Trinidad, pueden ser las orquestas de steel band, esas que podríamos llamar no bandas de instrumentos de cobre, sino de instrumentos de acero, en el sentido de que, como ustedes saben, los músicos de las islas de Trinidad y de Barbados, con las tapas de los tambores de gasolina y de petróleo, achichonadas de cierta manera a martillazos, han creado un instrumento de una riqueza de notas, de posibilidades y de expresión tal que están ejecutando en esos instrumentos genuinamente antillanos hasta música de Bach.⁴⁵

El panorama que se presentaba con las Antillas francesas en el siglo xx —con Guadalupe, Martinica y Guayana fueron convertidas por el gobierno central de Francia en departamentos de ultramar, en 1946—, excepto con el uso del creole, nada tenía que ver con el esplendor de Haití, la colonia más rica de Francia hasta el estallido de la Revolución en 1791. Por supuesto, ni en desarrollo sociocultural ni económico son posibles comparaciones con Guadalupe o Martinica, islas también emisoras de fuerza de trabajo a Cuba durante los treinta primeros años del siglo XX. La inmigración de esos territorios a Cuba fue muy exigua. A veces los

57

^{45.} Alejo Carpentier, comparecencia por la televisión cubana, el 19 de julio de 1979, con motivo de la celebración de Carifesta 79. Fue publicada en el resumen semanal del periódico *Granma* del 26 de agosto de 1979.

martiniqueños se identificaban, en uno que otro conglomerado de braceros, a través del toque de tambor, preferentemente en las festividades de San Lázaro y Santa Bárbara.

Después de aquella experiencia cubana, en que cierta cantidad de braceros de Guadalupe y Martinica —donde los colonos franceses allí existentes, después del Tratado de Ryswick (1697), veían a Jean-Baptiste Labat, uno de los más connotados viajeros del Caribe, como el más grande de los ingenieros, el más hábil de los arquitectos, el curador de todas las enfermedades⁴⁶—, participaron en las zafras de centrales azucareros ubicados en Oriente y Camagüey, la vida de dichas islas transcurrió en medio de falta de fuentes de trabajo y constantes emigraciones. Una parte de aquellos, aunque en pequeña escala, decidieron radicarse en Cuba, constituyendo familias y fomentando descendencias.

Al decir de Frantz Fanon —quien a juicio de Roberto Fernández Retamar tuvo como maestro a Aimé Césaire—,

antes de 1939 el antillano se decía feliz o al menos creía serlo. Votaba, iba a la escuela cuando podía, asistía a las peregrinaciones, le gustaba el ron y bailaba el biguine. Aquellos que habían tenido el privilegio de ir a Francia hablaban de París, de París, en fin, de Francia. Y los que no tenían el privilegio de conocer París se dejaban arrullar.⁴⁷

Esta expresión de Fanon estaba referida a la vida en las posesiones coloniales de Francia en el Caribe. Al perder a Haití, el país galo mantuvo bajo su poder a Guadalupe, Martinica, San Bartolomé, la parte francesa de San Martín, María Galante y Deseada, como parte de las Antillas Menores.

No es un secreto de cómo, todavía hoy, algunos defensores de los intereses colonialistas o neocolonialistas quieren presentar a cada isla del Caribe como un mundo separado del resto de las mismas

_

^{46.} En nota de los Editores al libro de R. P. Labat, Viajes a las islas de la América, selección y traducción de Francisco de Oraá, Casa de las Américas, La Habana, 1979, se establece que Pére Labat, conocido así universalmente, llegó al Caribe en 1694 con el objetivo de reforzar las misiones religiosas debilitadas por las muertes a causa de la fiebre amarilla. Durante once años recorrió el Caribe y sus notas están contenidas en seis tomos bajo el título de Voyages aux Isles de l'Amérique, que por primera vez se publicó en París, en 1722.

^{47.} El Caribe Contemporáneo, No. 8, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-Centro de Estudios Latinoamericanos-UNAM, México, junio de 1984, p. 95.

y no como una región con integraciones específicas. Es más, subyace el deseo de que la identidad de aquellas, incluyendo su cultura, sus manifestaciones artísticas, se pretendan focalizar en su otrora metrópoli.

La conciencia de nacionalismo en la región del Caribe fue un proceso que se desarrolló a partir del movimiento independentista que se extendió por la América Latina y dicha región, en que no se puede omitir, como gran experiencia, la Revolución Haitiana y su declaración de independencia del 1 de enero de 1804. En ese contexto en que se va a producir el gran desgajamiento de numerosos e importantes territorios coloniales españoles, surge con gran fuerza el tránsito del criollo, como ente social, a un sentido de pertenencia territorial, dando por resultado los gentilicios por los cuales hoy nos conocemos en la vasta zona caribeña.⁴⁸

Fue un largo y lastimoso proceso histórico, político, social y cultural para alcanzar la verdadera personalidad antillana y caribeña, lo que va a tener lugar, de manera paulatina, durante el siglo XX.

Como parte intrínseca de un largo proceso, la migración internacional siempre contribuyó a los intercambios culturales. Independientemente de los retos que supone la convivencia de individuos, grupos y comunidades de diferentes culturas, etnias y religiones, es de esperar que continúe creando espacios multiculturales y difundiendo ideas y valores.⁴⁹

Desde la vecina isla antillana de Martinica —también con presencia física en Cuba, reportada desde muy temprano, en 1879, en Guantánamo, con el albañil Leopoldo Nelson—, René Ménil expone cómo los franceses que llegaron como colonizadores a esa isla se dedicaron a exterminar a todos los caribes negados a convertirse en esclavos.

El poblamiento de Martinica, destruida prácticamente por el terremoto de 1838, tenía hacia la década de 1880 unos diez mil habitantes. De estos, setecientos eran europeos, y dependían de una economía agrícola, en lo fundamental, sustentada en esclavos traídos de África. Una de las

^{48.} Cf. La Revolución de Haití en su bicentenario, Oficina del Programa Martiano, La Habana, 2004, p. 103. «Grosso modo», dice Carpentier, «el criollo era el hombre nacido en América, en el continente nuevo, bien mestizo de español e indígena, bien mestizo de español y de negro, bien incluso sencillamente indios nacidos pero conviviendo con los colonizadores, o negros nacidos en América, es decir, no negros de nación. Esos eran los criollos, entre los cuales, desde luego, el mestizo habría de ocupar una posición privilegiada. Sin embargo, el criollo se sentía postergado». Alejo Carpentier: «La cultura de los pueblos que habitan en las tierras del mar Caribe», en Ensayos, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1984.

^{49.} Cf. Antonio Aja Díaz: Ob. cit. (en n. 5), p. 63.

principales consecuencias sociales y políticas de la revolución que se produce en la isla en 1848 —en que la Revolución Francesa de ese año decretó la abolición de la esclavitud y el 22 de mayo en sus territorios coloniales del Caribe—, de importantes consecuencias sociales y políticas, fue que aquellos no solo obtuvieron su independencia, sino también la igualdad de derechos con los ciudadanos franceses.

Con el transcurrir de los siglos XIX y XX la metrópoli francesa no pudo reemplazar o sustituir en Martinica el folclor por los modos de esa nacionalidad en cuanto a relatar los cuentos, bailar o cantar. El creole continúa siendo la lengua de comunicación popular.

En cuanto a Guadalupe, con sus dependencias insulares María Galante, Deseada, San Bartolomé, Los Santos y la parte francesa de San Martín, y sus manifestaciones culturales que constituyen actos de especificidad en su realidad concreta, al reflexionar sobre las obras literarias en lengua creole —como lengua materna y el francés—, Henri Bangou precisa que «a pesar del ostracismo oficial que golpea a esta lengua aún en nuestros días, y cuyas primeras publicaciones se remontan a mediados del siglo XIX, eran, o bien traducciones de autores franceses del siglo xVII (fabulistas o dramaturgos), o poesías inspiradas en la vida cotidiana de Guadalupe».⁵⁰

Este prestigioso intelectual guadalupeño llegó a establecer varios elementos cardinales para la formación de la cultura de su tierra natal. Ellos son la historia de su pueblo, que como primer elemento funda la especificidad de su cultura; la lengua —el creole como lengua materna y no la francesa—, aspecto de diferenciación consecuente de dos culturas; el género de vida que engloba, dice, todos los modos de adaptación del individuo a las condiciones de vida natural, social, a las que es confrontado; el sincretismo cultural propio de nuestras culturas caribeñas y las luchas sostenidas contra la nación dominante para obtener la libertad y la dignidad.⁵¹

Un antecedente interesante y poco conocido de los vínculos entre Martinica y Cuba lo hallamos en Alejandro Moreau de Jonnés, nacido en Martinica y definido como hábil pintor y paisajista, a quien se refiere Cirilo Villaverde, autor de *Cecilia Valdés*, una de las obras cimeras de la

Henri Bangou: «Ensayo de definición de las culturas caribeñas», en *Anales del Caribe*, Casa de las Américas, La Habana, 1981, p. 236.

^{51.} Ibídem, pp. 243-245.

literatura cubana, y con quien el martiqueño emprendió un largo recorrido por Vuelta Abajo, la parte más occidental de la mayor de las Antillas.

Moreau salió de Francia hacia La Habana en octubre de 1838 y junto a su coterráneo Francisco Miguel Cosnier establece una imprenta litográfica, en la calle Teniente Rey No. 13, en La Habana. Moreau, según Cosnier, venía acompañado de los «mejores dibujantes, escritores e impresores».⁵²

Varios de los dibujos realizados por Moreau en su visita a Vuelta Abajo fueron litografiados por Federico Mialhe y publicados por este, como litografías, en la colección de la *Isla de Cuba pintoresca*, una de las obras más bellas e importantes del siglo XIX cubano.

Según escribe Adelaida de Juan, la figura novelesca de Moreau, digna de un Carpentier, incita a averiguar más sobre él, sobre todo como pintor, paisajista y litógrafo. Por tanto, es menester tener presente la aseveración antes dicha para tratar de esclarecer, aún más, la presencia en Cuba de quien en su recorrido por Vuelta Abajo se dedicó a «recoger objetos de historia natural que remitir a Francia».⁵³

Merece consideraciones aparte el papel desempeñado por no pocos escritores antillanos que han abordado la historia de distintos pueblos del Caribe bajo dominio francés.

En la mayoría de las obras literarias de autores antillanos se evoca primeramente la historia de los pueblos caribeños, con la intención de cuestionar la historia oficial realizada por el colonizador y como una forma de encontrar en el «pasado la imagen del presente».

Al hacer la interesante reflexión, Iván Grullón cita a distintos autores antillanos de Martinica y Guadalupe que en lengua francesa han escrito textos, tanto en novela como en poesía, teatro y otros géneros, y han abordado realidades insoslayables. De autores que han emprendido este camino esclarecedor en la cultura y las letras antillanas, se citan las novelas de Édouard Glissant, *Le Quatrième Siècle*; de Daniel Maximin, *L'isolé soleil*; y de Patrick Chamoiseau, Texaco. También poemarios de Guy Tirolisen contenidos en el libro *Balles d'Or*, o de Aimé Césaire, en el *Memorial de Luis Delgrés*. 54

-

^{52.} Adelaida de Juan: «Un curioso dibujante martiniqueño en la Cuba del siglo XIX», en *Anales del Caribe*, Casa de las Américas, La Habana, 1981, pp. 192-193.

^{53.} Ibídem, p. 196.

^{54.} Iván Grullón Fernández: «Presencia de la historia en la literatura antillana de expresión francesa», *Ecos*, Ano IV, No. 5, p. 217. De los citados y en la relación con Cuba, sobresale Aimé Césaire,

Sin lugar a dudas, desde el punto de vista cultural las expresiones de las artes en Guadalupe y Martinica son caribeñas.

También otros antillanos dejaron su huella cultural en Cuba. Así es el caso de los procedentes de los territorios holandeses en el Caribe. A nuestro juicio, consultar el trabajo «A Cuba quiero ir», de la investigadora Rose Mary Allen, posibilita tener una visión esclarecedora sobre esto-55

El título a que hacemos referencia responde a una canción que se dio a conocer en las primeras décadas del siglo XX. No en demasía, la autora mencionada apunta que el efecto más significativo de la emigración de Curazao que arribó a Cuba como fuerza de trabajo para laborar en los centrales azucareros, fundamentalmente de Oriente, tuvo lugar en la vida musical.

Quizás donde más emigración de las Antillas Holandesas se asentó en Cuba fue en los territorios actuales de la provincia de Las Tunas: en los centrales azucareros Delicias y Chaparra, así como en Manatí: La Victoria, Meriño y San Eduardo, entre otros. En Vázquez, Puerto Padre, existen descendientes de curazoleños.

Si bien dicha emigración supo traer a Cuba sus tradiciones musicales, utilizando sus propios instrumentos, como tambor, o construyéndolos, se permeó o asimiló de cuanto acontecía en esa manifestación cultural en Cuba. Escucharon y bailaron por primera vez diferentes géneros, conocieron las vitrolas, como difusoras de música, se les hizo familiar tocar instrumentos musicales utilizados por los cubanos, como el tres y el bongó, entre otros. Aunque no de manera constante, los inmigrantes de esas antillas que vivían en los barracones de los ingenios y centrales azucareros ejercitaban danzas, como la polka, la mazurca, bailes de cuadrillas y otras.

La emigración de Curazao —donde existen grandes y majestuosas casas que datan de los siglos xvIII y XIX situadas en las alturas de sus montañas—, que desde 1919 viajó a Cuba, tuvo un notable impacto en la vida cultural de esa isla, al regreso de sus emigrados.

Lo anterior, reflejado de manera particular en la vida musical de Curazao, fue progresivo. Si en la década del treinta se organizaron allí unos treinta grupos que interpretaban música cubana, con instrumentos

calificado por Virgilio López Lemus como «una cima entre los poetas de lengua francesa del siglo XX». De estrechas relaciones con Alejo Carpentier, Wifredo Lam y Nicolás Guillén.

Rose Mary Allen: «A Cuba quiero ir: la emigración laboral de Curazao a Cuba a principios del siglo XX», Del Caribe, No. 39, 2002, pp. 30-38.

cubanos, ello se fue incrementando con el decursar de los años, hasta la actualidad. Como es natural, son elementos aislados o no de una migración cuyas experiencias han causado una determinada influencia en el contexto cultural de Curazao. Por supuesto, mayor ha sido la relación de las Antillas Holandesas con su metrópoli, Holanda, a través de siglos.

En las fiestas denominadas *come back* estaba presente la música cubana tocada por curazoleños, conocida como «música *come back*», presente también en los programas radiales de Curazao, con influencia de emisoras cubanas que se escuchaban perfectamente en su territorio, como Radio Progreso.⁵⁶

Entre aquellos curazoleños que emigraron a Cuba, en 1919, estuvo Mathias Bernard Olario, conocido por Enrique, quien de albañil, en el central Chaparra, llegó a ser en su patria un pintor reconocido entre los suyos. Hombre que echó profundas raíces en Cuba al punto de haber decidido vivir en la mayor de las Antillas por espacio de cincuenta años—treinta de ellos en La Habana—, regresó a Curazao a la edad de setenta y ocho años. Allí sería respetado como un emigrante que regresaba a su tierra, pero también por haber sido un gran pintor primitivista.

Con relación a distintos elementos culturales y educacionales de interés en la población de las Antillas Holandesas, es de significar cómo, a diferencia de existir un idioma oficial —el holandés en la enseñanza—, obligatorio desde 1876, sus habitantes hacen que coexistan dicha lengua con el papiamento, mezcla de español, portugués y lenguas africanas. En las relaciones familiares se habla el papiamento.

En sentido general, la masa popular conserva los elementos culturales africanos: en el folclor y la música perviven muchos elementos de origen africano.

Surinam, uno de los territorios holandeses en la Cuenca del Caribe, hasta su independencia en 1975, es un sinónimo de país de inmigraciones. Por ello y hasta el día de hoy, nunca fue europea la cultura dominante en esa nación. Mientras en Panamaribo, su capital, se escucha por doquier música *reggae*, bandas sonoras de películas en lengua hindi y afro-pop surinamés,

existen o existieron asentamientos de inmigrantes de Curazao y de otras Antillas Holandesas.

_

^{56.} Precisamente, entre la emisora Radio Progreso y la popular emisora Radio Barrio, de Curazao, se establecieron importantes vínculos, a partir del año 2000. Hasta la fecha se han realizado, en ambas direcciones, revistas musicales, contactos en vivo con radioyentes, que ayudan a la relación pueblo a pueblo. Algunos de los programas hechos en Cuba se han realizado en lugares donde

en las playas, la mayoría de las mañanas convergen en un solo espacio el bazar indio, el mercado africano y el carnaval caribeño. Los mercaderes criollos y javaneses ofrecen a voz en cuello sus mercancías frescas en una calle tapizada de basura que serpentea entre las estructuras de concreto; los tenderos chinos venden de todo, desde detergente hasta vasos con ron, los taxistas indostanos se recargan en las capotas de autos japoneses que de tan viejos parecen resucitados y conversan en sarnami, una variante del hindi.⁵⁷

De la huella caribeño-holandesa dejada en Cuba, se recuerda el arte culinario, el uso de la medicina verde, los deportes de defensa personal, la crianza de gallos de pelea, pero sobre todo su amor por el trabajo, su sentido de la honradez y el concepto de familia.

En ese contexto cultural caribeño y la relación de Cuba con el resto de las naciones de esa región y viceversa, sobresalen figuras que perduran por su obra, pero sobre todo por su identificación con los valores más apreciables de sus pueblos.

En materia cultural, también fueron notables los aportes de muchos dominicanos que se radicaron en Cuba. Entre otros, los poetas. Francisco Muñoz del Monte y Manuel Garay Heredia, matemáticos; Manuel Fernández de Castro, dramaturgo; Francisco Javier Foxá, geógrafo; Esteban Pichardo, cuyo diccionario provincial publicado en 1836 es el más antiguo de los vocabularios de regionalismos americanos; Manuel de Monteverde, naturalista, autor de varias cartas sobre el cultivo de las flores y Rector de la Universidad de La Habana, fue uno de los propagadores de la vacuna contra la viruela junto al sabio cubano Tomás Romay.⁵⁸

De los nexos históricos, culturales y educacionales que se han conformado en el transcurso de los años, y con los cuales Cuba se ha beneficiado, durante los primeros treinta años del siglo xx resaltan los de los puertorriqueños Sotero Figueroa (1851-1923), la poetisa Dolores Rodríguez de Tió (1863-1924), el literato Manuel Zeno Gandía (1855-1930), el historiador de arte Luis de Soto y Segarra (1893-1955), el sociólogo y catedrático universitario Sergio Cuevas Zequeira (1863-1926) y el pedagogo Alfredo M. Aguayo.⁵⁹

John McCarry: «Surinam», *National Geographic*, No. 6, junio de 2000, p. 46.

Carlos Esteban Deive: *Las emigraciones dominicanas a Cuba* (1795-1808), Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo, 1989, p. 136.

Patricio Bosch Quidiello: Vínculos culturales-antillanos, Editora Alfa y Omega, Santo Domingo, 1989, p. 56.

Sumamente activos en el orden intelectual fueron los años que transcurren a partir de la década 1920–1930 para los puertorriqueños que vivían en Cuba. Un simple ejemplo fue la fundación de la revista *Las Antillas*, 60 donde aparecieron colaboraciones de prestigiosos hombres de la cultura cubana: Elías Entralgo, Enrique José Varona, Regino Boti y otros.

Siete años después tuvo lugar la fundación en La Habana de la Junta Nacional Cubana Pro la Independencia de Puerto Rico, institución antillana que surgía y que mucho tuvo que ver con la estancia en Cuba del patriota Pedro Albizu Campos (1893-1965), en el año 1927. Fue una acción solidaria de intelectuales cubanos como Enrique José Varona, Emilio Roig de Leuchsenring y Enrique Gay Galbó. Como tesorero de la junta se hallaba Juan Marinello Vidaurreta. 61

La información anterior puede leerse en el valioso trabajo del investigador cubano-dominicano Patricio Bosch Quidiello, quien a través de la revisión de treinta y una revistas cubanas publicadas entre 1902 y 1938, arroja un dato de sumo interés en cuanto a cómo y por quiénes se trató el tema del Caribe. Los que más abordaron esa temática fueron los dominicanos, los puertorriqueños y los cubanos.⁶²

Posterior al período que trata Bosch Quidiello, fue sumamente activa la presencia de destacados intelectuales caribeños en las instituciones y medios de difusión masiva en Cuba.

Una de esas personalidades fue, sin lugar a dudas, el dominicano Max Henríquez Ureña, quien vivió en Cuba en dos períodos: de 1904 a 1930 y de 1953 a 1961, cual de los dos más productivos. Fueron treinta y cuatro años en que su prestigio llegó a identificarse plenamente con el pueblo y las instituciones culturales cubanas de entonces, para lo cual resultó determinante su vasta experiencia como crítico, literato y periodista.

Sin lugar a dudas, el dinámico proceso migratorio que tiene lugar en Cuba a lo largo de varios siglos, trajo a la identidad y nacionalidad cubanas un enriquecimiento cultural incalculable mediante el conocimiento de los valores culturales de otras sociedades.

^{60.} La intensa vida de la revista *Las Antillas* transcurrió entre enero de 1920 y 1922. Fue fundada por su director Sergio Cuevas Zequeira, periodista, catedrático universitario e historiador, nacido en San Juan de Puerto Rico, en 1883, y fallecido en La Habana en 1926. En dicho órgano de prensa colaboraron figuras cubanas de mucho prestigio literario.

^{61.} John McCarry: Ob. cit. (en n. 57), p. 51.

^{62.} Ibídem, p. 78.

De manera particular y durante las tres primeras décadas del siglo XX, el aporte de este tipo de inmigración en el proceso de transculturación que se produce en Cuba, sobre todo en las regiones donde se asentaron, fue notable. Tradiciones culturales, idiomas, costumbres y hábitos alimentarios perviven hoy, en mayor o menor medida, en varias zonas del país.

En los lugares en que se asentaban, los obreros puertorriqueños en Cuba demostraron tener muy bien definidos sus intereses culturales. Así gustaban de las fiestas y de bailes cubanos como el danzón, boleros, valses, y otros géneros danzarios como el tap. A lo anterior, recogido mediante testimonios de los que fueron contratados por la United Fruit Sugar Company, en el central Preston, se puede agregar que en materia de deportes practicaban el béisbol, el golf y la pesca a cordel. En cuanto a las prácticas religiosas, la mayoría era católica.

En sentido general, resulta alentador observar cómo las manifestaciones culturales heredadas por hijos y nietos de inmigrantes caribeños llegados a Cuba, en distintos momentos, han seguido siendo desarrolladas, en algunos puntos de su geografía. Por supuesto, la tendencia es a que dichas manifestaciones sufran transformaciones con el transcurrir de los años, pero lo más importante es el intento por mantenerlas vivas. Sus prácticas conducen a pensar, también, que son vías innegables para que los descendientes mantengan, cada día más, la identificación o los vínculos con las tierras antillanas de sus progenitores.

De toda esa herencia cultural que todavía practican algunos inmigrantes que quedan con vida en Cuba, o cientos de sus descendientes, tenemos que existen en el territorio nacional diecisiete agrupaciones musicales o danzarias distribuidas en las provincias de Camagüey, Ciego de Ávila, Las Tunas, Holguín, Santiago de Cuba y Guantánamo.⁶³

Esas agrupaciones —que se muestran en los anexos de esta obra— se consideran portadoras genuinas de valores culturales de los pueblos del Caribe y se transmiten de una generación a otra. Fueron fundadas por los propios inmigrantes o sus descendientes más cercanos. De hecho, y por la vigencia de las mismas, se puede considerar que ha existido una

_

Existen muchas otras agrupaciones que se consideran de carácter aficionado y recrean en su repertorio las tradiciones de una manera formal. Información ofrecida por Analeese Brizuela, del Consejo Nacional de Casas de Cultura, mayo de 2005.

continuidad que ha permitido que esas agrupaciones conserven las mejores características culturales de sus antepasados.

Otro aspecto presente en las entidades citadas es que la fundación de una parte de las mismas las encontramos en los treinta primeros años del siglo xx —lo que coincide con la gran avalancha de braceros antillanos y las prácticas de sus culturas—, con la excepción de la Tumba Francesa La Caridad, ubicada en Santiago de Cuba, cuyo surgimiento data de 1862. O sea, es la más antigua de las agrupaciones existentes.

En la revitalización de esas y otras instituciones culturales han sido importantes los estudios y las investigaciones llevadas a cabo para confeccionar el *Atlas Etnográfico de Cuba*, del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana y del Centro de Antropología Juan Marinello. Esta obra, que tiene un verdadero alcance científico, técnico y metodológico, trasciende los ámbitos de la cultura cubana, para alcanzar el mundo iberoamericano y caribeño, considerándose como uno de los Atlas etnográficos más completos de los realizados hasta el momento a escala internacional.⁶⁴

No cabe duda de que el profundo proceso transcultural que tuvo lugar en Cuba a lo largo de siglos se debe calificar de rico y trascendente. En realidad, ello fue un privilegio que permitió conocer o asimilar las culturas de otros pueblos y, sobre todo, la de nuestra región caribeña. De esa manera, y en nuestra propia tierra, se demostró, con relación a otras Antillas, que es imposible comprender a un país si antes no se estudian sus raíces, sus culturas y sus tradiciones.

El Caribe se nos seguirá presentando como una enorme diversidad cultural expresada, entre otras cosas, en el pluralismo lingüístico, etnológico y religioso derivado del complejo proceso de colonización sufrido por distintas naciones europeas.⁶⁵ De hecho, el Caribe siempre ha sido

^{64.} Síntesis del Atlas Etnográfico de Cuba elaborado por el Centro de Antropología, el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello y el Instituto de Geografía Tropical, La Habana, 1997. El Atlas Etnográfico de Cuba presenta un estadio general y sistemático de la historia étnica y la cultura material y espiritual del pueblo cubano. Consta de trece secciones, contentivas de doscientos treinta y ocho mapas. Fue realizado por las siguientes instituciones: Centro de Investigación y Desarrollo de la Música Cubana y los ya mencionados Centro de Antropología, del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente, y Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, del Ministerio de Cultura. La labor cartográfica estuvo a cargo del Instituto de Geografía Tropical.

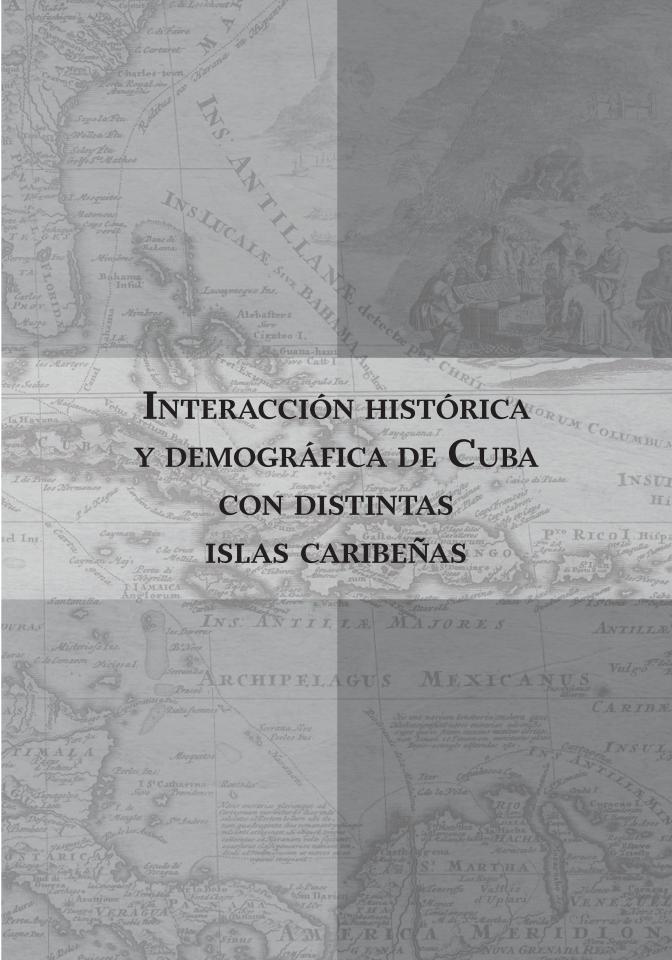
^{65.} Carlos Véjar Pérez Rubio: «Las danzas del huracán. Aproximaciones a la identidad cultural e integración del Gran Caribe», en *Casa de las Américas*, Año XLII, No. 225, octubre-diciembre de 2001, p. 132.

un área de intenso y constante movimiento de personas que se han visto en la necesidad de desplazarse en busca de una mejor vida. Las consecuencias de estos movimientos no tienen únicamente connotaciones de orden económica, sino que también implican profundas transformaciones culturales. 66

Cuba, por su parte, continuará siendo reconocida, regional y geográficamente, con su doble identificación de latinoamericana y caribeña.

-

^{66.} Rose Mary Allen: Ob. cit. (en n. 55), p. 40.



Interacción histórica y demográfica de Cuba con distintas islas caribeñas

Las Antillas anglohablantes

Las Indias Occidentales, Sugar Islands o West Indies —definición más eurocéntrica y por lo demás «oficial» asumida definitivamente por Europa—, como se han denominado comúnmente los territorios del Caribe que formaban o forman parte del dominio inglés, estuvieron sometidas, también, a las consecuencias de las guerras colonialistas en las que participó Inglaterra. Jamaica sería la primera posesión española en el Caribe que Inglaterra arrebatara a España, lo cual ocurrió en 1650.

Por tanto, no debe ser extraño que las primeras obras sobre la historia de las islas anglohablantes caribeñas correspondan a autores españoles, por haber sido España la potencia europea que colonizó el Caribe insular.

Los conflictos que Inglaterra sostuvo con Francia y España, entre 1756-1763, y que se conoce como la Guerra de los Siete Años, período en que se produce la toma de La Habana por los ingleses en 1762, culminarían con la firma del Tratado de París de 1763. En esencia, Inglaterra cambiaba la Florida Occidental por La Habana, y España recibió en compensación la Louisiana, de Francia. Esta última nación perdía las islas de Dominica y San Vicente¹

Vendrían otras guerras y a finales del siglo xVIII y principios del XIX, como ha referido José Luciano Franco, los ingleses pasaron a ser dueños del Caribe. A sus posesiones agregaron Curazao, las Antillas Danesas, Martinica y la Guayana. En sus planes

Olga Portuondo Zúñiga: «Política imperial por el Caribe: 1492-1898», Cf. AA. VV.: Pensar el Caribe, cinco ensayos de interpretación de la región caribeña, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2004, pp. 97-98.

José Luciano Franco: «La batalla por el dominio del Caribe», en Anales del Caribe, Casa de las Américas, La Habana, 1981, p. 28.

estuvo conquistar Cuba, no solamente La Habana, proyecto que no llegó a concretarse.

Los antecedentes posteriores de cuanto ocurrió en nuestra región con el comportamiento activo de la emigración desde las Antillas anglohablantes, los encontramos con certeza en lo expresado por Thomas Hope al decir que

la movilidad de la población y la emigración desde las Islas del Caribe británico adquirieron relevancia en el período posterior a la ley de 1833, que disponía la emancipación de los esclavos. Para la población liberada del régimen de esclavitud, la movilidad y la emigración se constituyeron en los medios de efectivizar su libertad con respecto a las plantaciones y de enfrentar las limitaciones que estas imponían a la movilidad social.³

Hacia mediados del siglo XIX, las Antillas angloha-blantes estaban formadas por Jamaica, la única mayor inglesa, Bahamas, Trinidad, Tobago, varias islas de Barlovento: Dominica, Granada, Santa Lucía, San Vicente; y otras de Sotavento: San Cristóbal, Nieves, Antigua y Montserrat.⁴ En su inmensa mayoría la arquitectura de sus edificaciones era similar o parecida. Las casas se construían de dos pisos, los dormitorios y otras áreas familiares se encontraban en el piso superior.

De esa migración en Cuba existen algunos casos aislados en la zona de Guantánamo, el territorio cubano más oriental. Así fueron la parda libre Genoveva Presseau, de Kingston, nacida en 1798; Mateo Oliva, pardo libre, de igual origen, propietario en la década de 1860 de tierras y de tres esclavos; Alejandrina Gantier Delinre, también de Kingston y quien llegó a Baracoa en 1838. Casada con un norteamericano, tuvo seis hijos. De Nueva Providencia (Bahamas), se asentó en Guantánamo, en 1875, el comerciante Lawrence B. Morris, propietario de siete esclavos.⁵

-

³ Adela Pellegrino: *Migrantes latinoamericanos y caribeños*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)-Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), Programa de Población, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la Republica Oriental del Uruguay, Montevideo, 2001, p. 56.

^{4.} En la actualidad, la población de Montserrat se calcula en cuatro mil quinientas personas. La mayoría de los habitantes, más de dos tercios, abandonaron la isla después de la erupción del volcán Soufriere Hills, el 18 de julio de 1995.

José Sánchez Guerra: Los anglo-caribeños en Guantánamo (1902-1950), Editorial El Mar y la Montaña, Guantánamo, 2004, pp. 11-12.

En cuanto a la inmigración de braceros anglo-hablantes en Cuba, la misma fue significativa en el panorama laboral cubano, desde principios del siglo XX, particularmente en las distintas zonas de la antigua provincia de Oriente, de manera particular Santiago de Cuba y Guantánamo, pero también en la actual provincia de Ciego de Ávila. No debemos olvidar que los principales centros de suministro de mano de obra barata para la industria azucarera cubana fueron Jamaica y Haití, pues Cuba se beneficiaba de la depauperación que sufría el campesinado de dichas naciones, y la cercanía de esos territorios.

Fue común que a todos los que llegaron a Cuba de las posesiones coloniales de Gran Bretaña en el Caribe se les llamara ingleses, aunque a los jamaicanos, por lo general, se les identificaba como tales quizás por ser los más numerosos. A la hora de una más plena identificación con su metrópoli, gustaban definirse como «negro inglés», quizás, también, para no ser confundidos con los haitianos. Esa falta de precisión estadística ha ocasionado que los cálculos de los inmigrantes anglohablantes de una isla o de otra, se deben hacer por estimados en períodos tan importantes como las dos primeras décadas del siglo XX.

A diferencia de quienes realmente desembarcaban en los puertos cubanos de Camagüey y Oriente —como fuerza de trabajo procedente de las Antillas anglohablantes—, en Cuba ya existía entonces una colonia inglesa, cuyos integrantes, venidos de la metrópoli europea, estaban dedicados, en su mayoría, a invertir sus capitales en ferrocarriles, bancos, seguros, comunicaciones y en la fabricación de tabacos.⁶ Las diferencias socioeconómicas entre estos y las primeros eran abismales.

La inmensa mayoría de los braceros anglohablantes soñaban con hacerse de alguna solvencia económica y regresar a sus países, de ser posible, con ahorros monetarios a fin de ayudar a resolver las apremiantes necesidades de sus familias. Esa fue la tendencia general de una migración económica, atraída por el auge de la industria azucarera, por los buenos salarios, pero sin pensar en hacer base definitiva en Cuba. Esa era la intención de la mayoría.

Esos antillanos anglohablantes laboraron en la industria azucarera y en los cortes de caña. Llegaron directamente de sus islas respectivas, y otra

73

^{6.} Jesús Guanche: «Conflicto bélico e inmigración», en *Debates Americanos*, No. 7-8, enero-diciembre de 1999, p. 42.

parte de las obras culminadas en el Canal de Panamá. No fueron pocos los matrimonios contraídos en este lugar y al tiempo de estar asentados en Cuba, los hombres traían a sus esposas de otros destinos, las que por lo general se dedicaban a las labores hogareñas. Como se debe inferir, la cuantía mayor de los anglohablantes era soltera, pero no inclinados a casarse con cubanas, por la sencilla razón de que no pensaban radicarse en Cuba, o por dificultades en la comunicación, al hablar otro idioma. Sin embargo, debido a la difícil situación económica a la que tuvieron que hacer frente, la decisión de no pocos llegó a cambiarse. Cierta cantidad decidió constituir familias, con descendencia, a la vez que se fusionaron con la sociedad e identidad cubanas, de manera paulatina.

Además de ser súbditos ingleses, importante era su idioma, lo que le permitía la comunicación directa con las administraciones estadounidenses propietarias de ingenios azucareros, y de otros intereses económicos. En fin, venían por lo general con disciplina, calificación laboral y con cierta cultura.

Por lo general, los orígenes responden a grupos ocupacionales medios o altos. Varios elementos fueron determinantes para que los propietarios y administradores de los ingenios y centrales azucareros depositaran en ellos determinada confianza, lo cual equivalía a que en un tiempo prudencial algunos podían acceder a ocupar distintos empleos, que iban desde traductores o intérpretes, hasta manejar la contabilidad o ser capataces, trabajar como ingenieros, como profesores de distintas materias, o en distintos puestos de trabajo en la industria azucarera. Otros, la mayoría, trabajaban en las labores del corte de la caña. Vivían en barracones igual que los haitianos, salvo excepciones. Eran años en que los jamaicanos que laboraban en la agricultura devengaban 80 centavos diarios por desyerbar, limpiar y recoger el cogollo de la caña para los animales.

Inserto en el período mencionado están las obras del Canal de Panamá, culminadas en 1914, lo cual produjo que grandes oleadas de braceros, sobre todo de las Antillas anglohablantes, se dirigieran a Cuba atraídos por el gran desarrollo azucarero y la posibilidad de obtener altos salarios. De esa manera, Cuba sucedió en orden de importancia y de migración a aquella obra. Este destino migratorio sirvió para que, solo como ejemplo, el 40% de la población masculina adulta de la isla de Barbados —por donde primero comenzó el cultivo de la caña de azúcar en el Caribe, en 1640— laborara allí. De por sí, esa gigantesca obra contribuyó a reanimar la economía de numerosas islas del Caribe, con las remesas que los obreros antillanos remitían a sus familiares.

Se calcula que entre las varias decenas de miles de hombres que laboraron en las obras del referido Canal, había antillanos anglohablantes, cubanos y europeos, chinos, negros de los Estados Unidos, suramericanos y otros, de los cuales una parte murió a consecuencia de enfermedades como la fiebre amarilla, el tifus, la fiebre bubónica y la tuberculosis, pero también por accidentes de trabajo y otros motivos. Para la construcción de la monumental obra que fue el Canal de Panamá, los empresarios reclutaron a 40,000 obreros en Barbados y 80,000 en Jamaica. No olvidemos que además de la fuerza de trabajo necesaria el idioma inglés resultaba vital en la comunicación entre capataces y obreros.

En la realidad cubana de entonces nos encontramos con que donde podían llegar los antillanos anglohablantes para alcanzar un puesto de trabajo, no lo podían hacer los haitianos por el analfabetismo reinante entre ellos. Para los primeros no era muy difícil, podían optar por plazas en la Cuban Electric Company y la Cuban Telephone Company.

Muchos de los aspectos mencionados, y otros, los encontramos en el trabajo de René Eiranova Cuza, titulado «El destino de los inmigrantes caribeños de habla inglesa». Dicho autor, al comentar acerca de los maestros de inglés a domicilio y citar a algunos anglófonos que en Santiago de Cuba se dedicaban a ello, como Wentworth Kelly, Cecil Carhill, Phillip Adams, John Jonson, Erasmus Smith y otros, precisa que la colonia de caribeños anglohablantes existente en la referida ciudad se concentraba en los repartos Tivolí y Mariana de la Torre, en los alrededores de Trocha y Carretera del Morro.⁷

Uno de los aspectos a reflejar y que muestra cómo la inmigración antillana anglohablante se fue fusionando con la sociedad cubana, se refiere a su participación en las luchas sociales de la clase obrera cubana. Dicha inmigración creó la Unión de Obreros Antillanos, cuyos representantes dejaron escuchar su voz en los Congresos Obreros realizados en Santiago de Cuba y Camagüey, en el año 1925. Muchos pertenecieron a la Fraternidad de Nipe, o sea, la Asociación de Estibadores Braceros y similares del subpuerto de Preston. Algunos de sus miembros pagaron con la vida sus luchas sindicales entre los años 1922 y 1924. Así fueron los casos de Charles Sadler, en Nuevitas, Camagüey; en la provincia de Oriente,

René Eiranova Cuza: «El destino de los inmigrantes caribeños de habla inglesa», en Del Caribe, No. 23, 1994, p. 110.

Oscar Taylor, en el central Miranda; Locksley Roye, en Santiago de Cuba; y Moses Buchanan, en el central Tacajó. En el territorio de Guantánamo se destacaron dentro del movimiento obrero Charles Grant Sherwood y Carlos Jones, como dirigentes del Sindicato de Empleados de la Base Naval; Hilario F. Brown (Panchito) —nacido en Martinica e hijo de jamaicano—, dirigente obrero, y otros casos más.⁸

Si bien los inmigrantes de las islas anglohablan-tes eran súbditos ingleses, lo que les permitía recibir cierto respaldo de la representación diplomática de Inglaterra, ello no impidió maltratos o intentos de ello. Por lo general, los cónsules ingleses, como los haitianos, no se preocupaban de las pésimas condiciones en que laboraban y vivían a quienes representaban. La tendencia era a formalismos diplomáticos, evitando enfrentarse a los terratenientes o propietarios tanto cubanos como estadounidenses.

Entre los destinos laborales de los antillanos anglohablantes que viajaban a Cuba estuvo la Base Naval estadounidense situada en la Bahía de Guantánamo. Allí se produjo un asentamiento importante de quienes tenían como fuente de trabajo las construcciones militares y civiles que se hacían en la referida base.

Dentro de dichas instalaciones y fuera de las mismas, en otros territorios, los braceros anglohablantes fueron objeto de la más agresiva discriminación racial, cuestión que los llevaba a buscar una mayor unidad entre ellos.

Así está lo acontecido en el batey del central Baraguá, en Ciego de Ávila, donde los braceros anglohablantes, fundamentalmente de Barbados, constituyeron la comunidad de Baggontown, en la que también se hallaban otros procedentes de Jamaica, Antigua, Trinidad y Tobago, Granada, San Cristóbal y Nieves y San Vicente.⁹

Precisamente, fue notorio de los barbadenses —propio también de otros inmigrantes— hacer viajar sus pensamientos hacia su tierra y sus familiares allí radicados. En sus perennes recuerdos y conversaciones no dejaba de mencionarse a Bridgetown, la capital de Barbados, su arquitectura colonial de origen inglés, sus fuentes, las casas de techos de tejas a dos aguas, sus campos sembrados de caña de azúcar, no comparables con

-

^{8.} José Sánchez Guerra: Ob. cit. (en n. 5), p. 49.

^{9.} Testimonio de Teófilo Gay Watkins, nacido en Baraguá el 13 de octubre de 1933 e hijo del inmigrante Fitzgerald Gay, natural de Granada y que llegara a Cuba en 1918. Febrero de 2004.

los de Cuba, el lugar donde en plena juventud vivió George Washington, considerado el padre de la independencia de las Trece Colonias.

Después de intensas jornadas de trabajo en el central o en el corte de caña, dichos caribeños fomentaron la citada comunidad, que en pocos años contó con varias escuelas de nivel primario, cuatro iglesias, dos logias, un club de recreación y una asociación de ayuda mutua.

Hoy día el barrio existe. Allí se continúa hablando en inglés por los originarios y sus descendientes, manteniendo las tradiciones, entre ellas las comidas típicas.

Cerca de allí los jamaicanos fundaron el Jamaica Town, solo para ellos. Otros asentamientos de esos braceros en la actual provincia de Ciego de Ávila fueron los centrales de Stewart, Pina, Punta Alegre y Morón. Al parecer, era típico que los braceros anglohablantes pusieran nombres conocidos o usados en sus países a algunos de los asentamientos que constituían. Así sucedió también con el nombre de Montego Bay, un campamento de jamaicanos situado en Ermita, Guantánamo.

Al igual que otras inmigraciones caribeñas, los anglohablantes sufrieron en Cuba momentos traumáticos que significaron desempleo y hambre a consecuencia de la repatriación forzosa, del crack bancario de 1921, los bajos precios del azúcar en el mercado internacional, la crisis económica capitalista de 1929 a 1933 y la Ley del 50%, de 1934.

Si bien, como ya hemos referido, la inmigración anglohablante veía en la unidad una razón indiscutible para su subsistencia en el medio cubano, también era partidaria, sobre todo en la provincia de Oriente, de un grado superior de organización.

En el trabajo investigativo de Sandra Estévez Rivero, «El movimiento garveyista en Santiago de Cuba (1920-1935)», se demuestra lo antes expuesto. Ella nos dice cómo «la comunidad anglohablante del Caribe creó sociedades y hermandades para tratar de encontrar la solución a sus problemas raciales y económicos». De Ese interés por ser respetados social y laboralmente fomentó la creación de una filial de la Asociación Nacional Universal para el Adelanto de la Raza Negra, la UNIA, «una sociedad de instrucción, benéfica, de ayuda mutua y recreo», la cual encontraba en los braceros antillanos, fundamentalmente jamaicanos negros por su

77

Sandra Estévez Rivero: «El movimiento garveyista en Santiago de Cuba (1920-1935)», en Revista del Caribe, No. 41, 2003, p. 71.

^{11.} Ídem.

condición de fuerza de trabajo explotada, una gran cantera de afiliados. En Cuba llegaron a constituirse cincuenta y dos ramales de la UNIA, la que tenía un carácter cerrado.

La UNIA, de fuerte elemento anticolonial, tuvo un papel activo en las demandas que formuló ante la representación diplomática de Inglaterra en Cuba para que se le otorgara el apoyo moral y material a los inmigrantes anglohablantes que deambulaban por las ciudades y pueblos como desempleados y sin un plato de comida, y en medio de la orden de expulsión a partir de 1921. Entonces, los braceros anglo-hablantes recibieron de la UNIA un fuerte apoyo moral y solidario.

En medio de esa situación y entendiéndose como un impulso a los objetivos contemplados en los fundamentos de la UNIA, ocurrió la llegada a Santiago de Cuba, procedente de La Habana, el 10 de marzo de 1921, de Marcus Garvey, máximo dirigente de esa organización para los territorios de los Estados Unidos, Jamaica y Centroamérica, y un indiscutible y discutido líder de la lucha por los derechos de los negros. También la vecina provincia de Guantánamo conoció del trabajo organizativo y de captación de la UNIA, con la visita de Garvey.

Procede decir que el contexto histórico, social y político de la UNIA en Santiago de Cuba fue siempre agresivo para los antillanos que la conformaban. Sobre el particular nos dice con mucho acierto la investigadora cubana Estévez Rivero:

La vida de la División 71 fue efímera. Uno de los factores que pudo haber influido era el recuerdo latente del holocausto del Partido de los Independientes de Color; pues no puede olvidarse que la provincia de Oriente constituyó el centro del levantamiento de los independientes, y donde fueron reprimidos brutalmente por las fuerzas del Gobierno.¹³

A nuestro juicio, mucho tuvo que ver esta situación con el hecho de que en 1935 desapareciera esa sociedad en Cuba. Cesaba, por tanto, el respaldo que la UNIA brindaba a los inmigrantes caribeños anglohablantes, necesario en momentos tan difíciles.

^{12.} Ibídem, p. 74.

^{13.} Ibídem, p. 75.

La integración de antillanos anglohablantes y francohablantes a las luchas sociales en Cuba tuvo cierta trascendencia, ya que después de la década de 1930 y al regreso de muchos de ellos a sus países

de origen, aplicaron sus experiencias obtenidas en el complejo contexto sociopolítico de la Cuba de entonces. Ello va a rebatir el criterio de algunos investigadores de que los braceros antillanos en general, y de manera particular los haitianos, eran de «pasta resignada y servil». 14

Uno de los pueblos antillanos de habla inglesa que se vio representado en Cuba con determinadas cantidades de inmigrantes fue Dominica, donde

En 1903 el gobierno británico, preocupado por la mengua de sus efectivos numéricos provocado por la mezcla de razas, y por su pobreza, debida a su incapacidad de adaptarse a los nuevos tipos de vida, creó por decreto la reserva caribe donde en la actualidad viven y se desenvuelven. En esas pocas millas de montañas y selvas quedan apenas quinientos de ellos, aún muchos tienen algo de sangre africana. Tanto los caribes como los mestizos caribes están enormemente orgullosos de su estirpe y, cualesquiera que puedan ser sus disensiones internas, forman una comunidad compacta e irreductible frente al mundo exterior. Durante los últimos decenios han sido y siguen siéndolo, presididos por una especie de vaivoda electivo con tratamiento de rey. 15

Entre las islas caribeñas anglohablantes tenemos a Caimán Grande, Caimán Chico y Caimán Brac, ubicadas hacia el suroeste del territorio cubano, las que han tenido un gran desarrollo turístico, con el empleo de más del 50% de su fuerza de trabajo en ese sector. Dichas islas son consideradas paraísos fiscales como una forma de burlar las regulaciones de otros países, a la vez que se han convertido en plazas importantes para el lavado de dinero. De allí, y apenas iniciado el siglo XX, comenzaron a asentarse, en su inmensa mayoría, en el sur de la Isla de Pinos, hoy Isla de la Juventud, los primeros «caimaneros», fomentando una población de nombre Jacksonville.

Según el censo de población de 1899, la isla mencionada, la segunda en tamaño del archipiélago cubano, tenía 3,199 habitantes. De estos,

-

Jorge Ibarra: «La inmigración antillana. ¿Desproletarización y desnacionalización del proletariado cubano o aceleración de las contradicciones sociales? ¿Disgregación y marginali-zación del antillano o progresista integración de éste en las luchas de la clase obrera?» Ponencia presentada en el IV Encuentro de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, Bayamo, 1983.

José Luciano Franco: Ensayos del Caribe, Serie 1, Ciencias Sociales No. 7, mayo de 1975, Humanidades, Universidad de La Habana, La Habana, pp. 7-8.

2,990 eran cubanos, 195 españoles y el resto de varias nacionalidades. En cuanto a los caimaneros, tuvieron desde un primer momento la conciencia de tener que vivir y trabajar en suelos poco productivos y asediados, a todas horas, por plagas de mosquitos y jejenes, al sur de la ciénaga de Lanier. Eran años en que todavía el territorio pinero formaba parte del mapa anexionista estadounidense, lo cual no sería aclarado a favor de Cuba hasta 1925.

La sistemática propaganda de los monopolios estadounidenses hizo que cientos de estos decidieran comprar tierras pineras, conformándose, junto a ciudadanos de otras naciones, un gran mosaico de nacionalidades. Esto, a diferencia de los caimaneros, se fue produciendo al norte de la Isla de Pinos.

La comunidad de Jacksonville llegó a tener un centenar de caimaneros, los que prefirieron conservar su condición de súbditos ingleses.

En la actualidad quedan viviendo en la Isla de la Juventud muy pocos inmigrantes caimaneros. Según el censo de población de la República de Cuba realizado en 2002, aquellos sumaban doce en el país. Los que decidieron fomentar familias con cubanas, ahora tienen como continuidad muchos de sus hábitos, costumbres y culturas en sus descendientes, asimilados por la sociedad cubana.

En cuanto a las islas de Trinidad y Tobago —que forman un Estado de igual nombre e integrado, además, por los territorios de Pequeña Tobago, Morros, Chacachacare, Gasparee y Huevos—, también con escasa migración hacia Cuba, corresponde observar el salto económico que se produce de la plantación agrícola —otrora gran productora de azúcar—que representaba aproximadamente el 90% de su economía hacia la producción y refinación petrolera. Este salto se va a producir en la isla de Trinidad cuando entre 1910 y 1911 realiza su primer embarque de petróleo, descubierto allí en 1902. La extracción de este producto, iniciada por las firmas Shell y la British Petroleum, fue en aumento, y en la actualidad es de 1,080,000 barriles diarios, aproximadamente. De esta cantidad, unos 50,000 barriles diarios son vendidos a otros países caribeños. Es de significar que todos los intereses de las compañías petroleras citadas fueron adquiridos por el gobierno de Eric Williams, en 1962, al obtener Trinidad y Tobago su independencia.

Por tanto, a lo largo de pocos años, Trinidad y Tobago llegó a convertirse en uno de los territorios más importantes, económicamente, de la geografía caribeña y de América, por su alta producción petrolera y su

capacidad de refinación. Esto se completó, aún más, con el hallazgo del mineral de bauxita.

Aún con un mejor nivel o calidad de vida en Trinidad y Tobago, en comparación con la mayor cantidad de otras islas de la región, existe emigración. Cuando esta se produce, por lo general se suplen las vacantes con inmigrantes del Caribe Oriental.

De las Islas Vírgenes inglesas, integradas por cincuenta islotes deshabitados y sus tres islas principales: Santo Tomás —la última del lado oeste de las que integran las llamadas Islas Vírgenes—,¹6 San Juan y Santa Cruz —con arquitectura bastante similar a la de San Cristóbal—; y ubicadas al este de Puerto Rico, con una superficie de 344 km², llegaron a Cuba braceros para trabajar en labores agrícolas en las provincias de Oriente y Camagüey, lo que también sucedió con ese pequeño Estado del Caribe nororiental que es San Cristóbal y Nieves.

Conocida en el siglo XVII como Lianuiga —palabra caribeña que significa tierra fértil—, Saint Kitts o San Cristóbal es una isla próxima a la isla holandesa de Saba y a la vista, en días claros, de Antigua, Barbuda y Monserrat. A partir de 1900 y hasta 1910, la emigración de los habitantes de Saint Kitts hacia distintos destinos caribeños fue tan numerosa que su población disminuyó en un 10%, causando un vacío laboral que era cubierto con mano de obra de la isla de Nevis, a la que los primeros navegantes españoles la llamaron isla de Nuestra Señora de las Nieves.

Un alto porciento de los emigrantes de San Cristóbal, pero también de Santo Tomás, San Eustaquio y San Martín que viajaban a República Dominicana para las labores de la zafra azucarera y otros empleos, por entonces devengaban entre 50 y 75 centavos de dólar estadounidense por jornada diaria de doce horas.¹⁷

Internamente, la economía de San Cristóbal y Nieves, que a finales del siglo XIX eran consideradas como unas de las islas inglesas más fértiles y productivas, con un fuerte verdor que cubría desde los campos hasta sus cumbres, podía medirse con la posesión de una industria modesta dedicada a la producción azucarera que si bien alcanzó 17 409 toneladas

Antonio Lot Helgueras y Manuel Lucena Salmoral: El Caribe, Ediciones Anaya, S.A., Madrid, 1988, pp. 12-16.

Geerllings Prinsen: The World's Cane Sugar Industry, p. 192. Citado en José del Castillo: «Las inmigraciones de braceros azucareros en la República Dominicana, 1900-1930», en Cuadernos del Centro Dominicano de Investigaciones Antropológicas Vol. CCLXII, No. 7, s.f., p. 41

largas en 1890, fue decreciendo hasta llegar a 8,671 en 1910. Por tanto, no era una fuente de trabajo que respaldara a una población y fue uno de los elementos principales que condujeron a la emigración. Hoy día, las tieras dedicadas antaño a las plantaciones azucareras, cedieron su paso a las construcciones de hoteles para el turismo internacional.

En el caso de los emigrantes de las Antillas anglo-hablantes llegados a Cuba, es necesario exponer que si muchos de estos fueron de las procedencias mencionadas, pero también de Barbados, Santa Lucía, Granada, Anguila y otras, no es menos cierto que su cuantía nunca se aproximó a la de los jamaicanos que arribaron a las costas cubanas.

Se recuerda el caso de los llegados de la isla de Granada, que en el año 1920 arribaron en número de trescientos. En años anteriores llegaron en escasas cantidades. Por lo general se ubicaron en el central Chaparra.

El padre de Kendrick Radix, quien fuera Ministro de Justicia de Granada durante el gobierno de Maurice Bishop, refiere que estuvo entre los que llegaron en 1921 a Cuba para trabajar en los cortes de caña y después en los procesos industriales del azúcar. Regresó a Cuba en los años setenta, visitó el lugar donde trabajó y se reencontró con viejos coterráneos que habían decidido asentarse en la isla.¹⁸

Si bien miles de los braceros anglohablantes llegaron para trabajar en el desbroce de montes para el cultivo de la caña, en la construcción, ampliación o modernización de industrias azucareras, en las labores culturales de esta gramínea o en la tecnología azucarera, también los encontramos, a principios del siglo XX, en la construcción de la línea del ferrocarril del puerto de Boquerón, en la bahía de Guantánamo, en numerosos oficios en pueblos y ciudades, como choferes, oficinistas y maestros de inglés, y en plazas de chofer de carros de línea (ferrocarril), retran-queros, operadores de equipos pesados, auxiliares de producción general, estibadores, fundidores y grueros.

En cuanto a las mujeres anglohablantes, cuando trabajaban lo hacían como lavanderas, cocineras, costureras y en servicios generales. A veces como amas de casa de familias de terratenientes y burgueses, profesoras de inglés, etc. Ellas eran portadoras, por lo general, de una preparación

^{18.} Información brindada por Otto Marrero, Jefe de la Sección del Caribe del Departamento América del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, La Habana, septiembre de 2005.

superior a las haitianas, las que se veían compartiendo las mismas labores que los haitianos y recibiendo, por tanto, igual explotación.

En la mayoría de esas islas inglesas fue desapareciendo, entre los años 1890 y 1910, la industria azucarera, lo que conllevó el desempleo de una vasta fuerza de trabajo que para tratar de subsistir produjo un verdadero éxodo intracaribeño.

Las producciones azucareras de varias de esas islas tampoco comportaban una gran demanda de obreros, quizás aumentado ello con los que la comercializaban. En sus exportaciones de azúcar, San Vicente pasó de 2,727 toneladas largas del producto en 1894 a 280 en 1910; Monserrat, de 1,442 en 1890 a 54 en 1910; St. Kitts-Nevis, de 17,409 toneladas en 1890 a 8,671 en 1910. Dominica, de 2,349 en 1890 a cero en 1909. 19 Eran exiguas producciones si se comparaban con las de Cuba o República Dominicana, y además, mostraban una tendencia a la desaparición

Junto a todo ese proceso migratorio intracaribeño, también se produciría otro de interés por sus complejidades, al introducirse en las Antillas anglo-hablantes y francohablantes más de medio millón de hindúes, entre 1838 y 1917. Se debe recordar que entonces la India era territorio colonial de Inglaterra, al igual que una buena cantidad de islas caribeñas. De la antes mencionada cantidad, unos 238,000 se asentaron en la Guayana Británica; 145,000 en Trinidad; 21,500 en Jamaica; 34,000 en Surinam; 1,550 en Santa Lucía; 1,820 en San Vicente y 2,570 en Granada. También, a Guadalupe llegaron 34,000 hindúes y 6,748 a Martinica.²⁰

Con cierta diferencia en los lugares y cantidades citadas, el doctor Ebert Pérez Concepción nos dice, acudiendo a Claipole y Robottom, que entre 1844 y 1917 llegaron al Caribe inglés 416,000 habitantes de la India. Además, y como dato interesante, el investigador cubano expone que los descendientes de aquellos inmigrantes representan hoy la mitad de la población de Guyana v el 40% de la de Trinidad.21

Cuba no estaría excluida de la citada emigración hindú. Sus asentamientos fueron en el valle de Guantánamo y los centrales azucareros enclavados en la zona. Fue un proceso iniciado en 1905 y que culminó en 1925.

interpretación de la región caribeña, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2004, p. 32.

Geerllings Prinsen: The World's Cane Sugar Industry, pp. 223-225. Citado en José del Castillo: Ob. cit. (en n. 17), p. 17.

José del Castillo: Ob. cit. (en n. 17), pp. 9-10.

Hebert Pérez Concepción: «Introducción al Caribe». Cf. AA. VV.: Pensar el Caribe, cinco ensayos de

Se calcula que allí llegaron unos 2,000 hindúes.²² Una porción de estos fijó su residencia en Cuba, donde constituyeron familias. En la actualidad numerosos apellidos hindúes son familiares en el territorio guantanamero.

Jamaica — pueblo que brindó la más amplia solidaridad durante las guerras por la independencia de Cuba durante el siglo XIX—, a la cual llegó Cristóbal Colón en mayo de 1494, fue llamada por sus primitivos habitantes, los indios arauacos, como Xaymaca, o tierra de los manantiales. Sus montañas azules se pueden divisar en días claros desde las faldas meridionales de la Sierra Maestra, en Cuba, Cuando Richard Blome editó las notas de Sir Thomas Linch,²³ gobernador de Jamaica entre 1671 y 1675, y de 1682 a 1685, durante la segunda mitad del siglo XVII, se divulgó con mayor amplitud cómo dicha isla estaba cortada por una cadena de altas montañas de un extremo a otro, con manantiales y ríos en abundancia con tierras fértiles. Por entonces el azúcar obtenida de la caña —en cerca de ochocientos ingenios— e introducida por los ingleses, se consideraba excelente y el mayor ingreso del país se obtenía con la producción del coco y su comercialización. En poco tiempo, después del desembarco de los 6 500 soldados británicos, en 1655, y la expulsión de los españoles y portugueses de Jamaica, sus plantaciones llegarían a tener unos 200 000 esclavos como fuerza principal de trabajo, con cientos de haciendas ganaderas.

Según publicó José Luciano Franco, en el centro de Jamaica, en The Cockpit Country, se encontraba el principal asiento de los cimarrones, descendientes de los esclavos africanos llevados a la isla por los españoles durante el siglo XVII y que, a la llegada de los ingleses, escaparon a las montañas.²⁴ Tanto en Jamaica como en Cuba el cimarronaje se debe valorar históricamente como uno de los hitos fundacionales de la cultura afroamericana y caribeña, según ha expresado con sumo acierto el prestigioso etnólogo cubano Miguel Barnet, quien agrega que el negro recibió el contagio de la cultura occidental, se permeó, tuvo que asumir su lenguaje, adoptó el crucifijo y aprendió mecánicamente las normas de conducta nuevas, pero preservó heroicamente sus conceptos de familia, sus alimentos, sus cantos

Rafael López Valdés: «La inmigración indostana a Cuba y sus antecedentes en las Antillas», en Santiago, No. 25, marzo de 1977, p. 167.

Richard Blome: Descripción de la Isla de Jamaica y otras Islas y Territorios de América pertenecientes a los ingleses, Londres, 1672. Traducción e introducción de Manuel Cárdenas Ruiz, Instituto de Estudios del Caribe-Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1979, p. V.

^{24.} José Luciano Franco: Ob. cit. (en n. 15), p. 7.

y danzas: su cultura.²⁵ Para dicho autor, la primera toma de conciencia fue la cimarronería, cuyo grado de realización supremo fue el mambisaje, a lo que agregamos su plena integración a las luchas por la independencia cubana.

Por entonces, la población de Jamaica, primera colonia inglesa obtenida por conquista a los españoles en 1650 —y la cual se convirtió en un verdadero punto de concentración de piratas y corsarios dispuestos a destruir las flotas de bandera española en el Caribe— estaba constituida por 1,717 familias con una población de 15,298 habitantes,²6 en medio de los centros más importantes del tráfico de esclavos africanos, lo que perduraría hasta la abolición de la esclavitud en 1838 en las posesiones inglesas. Solamente en Jamaica se liberaron 311,000 esclavos. En el período 1801-1805, la población esclava en la mencionada isla se estimaba en 300,000 personas; blancos sumaban entre 20,000 y 30,000 y mulatos 40,000, según reflejó en su diario María Nugent, esposa del gobernador inglés en aquellos años.²7 En 1844, existían en Jamaica 379,433 habitantes.

De estos, 293,128 eran negros; 68,529 mulatos y 15,776 blancos, además de 33,000 hindúes que arribaron a dicho territorio entre 1839 y 1844.²⁸ Un año antes de que Inglaterra decidiera abolir la esclavitud en sus colonias caribeñas, en el llamado Caribe británico sumaban unos 75,000 los africanos esclavizados existentes.

La situación que se produce después de la abolición de la esclavitud en Jamaica, motivó la contratación o inmigración de trabajadores europeos y asiáticos. Medida urgente para hacer frente a la coproducción azucarera.

Todo hace indicar que el período de mayor éxodo de jamaicanos se produce entre 1881 y 1921 — año en que la población de Jamaica ascendía a 857,921 habitantes, con una densidad de 78,2—, que alcanzó la cantidad de 145,000 personas. Se estima que en los primeros veinte años del siglo xx la emigración jamaicana ascendió a más de 200,000 personas, de las cuales unos 60,000 se integraron en las labores del corte de la caña y la industria azucarera en Cuba.²⁹ Otros miles se asentaron en Costa Rica, en

^{25.} Cf. Miguel Barnet: «La cultura que generó el mundo del azúcar», en Catauro, Año VI, No. 11, 2005, p. 10.

^{26.} Richard Blome: Ob. cit. (en n. 24), p. 14.

AA. VV.: Viajeras al Caribe, selección y prólogo de Nara Araújo, Casa de las Américas, La Habana, 1983, p. 13.

^{28.} Ibídem, p. 154.

^{29.} José del Castillo: Ob. cit. (en n. 17), p. 20.

las plantaciones de plátanos de la United Fruit Company, pero también en las construcciones del Canal de Panamá, atraídos por los altos salarios que se abonaban en diferentes puestos de trabajo.

Fue un proceso indetenible, calificado por algunos autores como de emigración en masa de los jamaicanos hacia Honduras Británica y los Estados Unidos, en lo fundamental. Otra parte buscaría fuentes de trabajo en Haití, Curazao y Venezuela. A manera de ejemplo, solamente en el valle de Guantánamo, Cuba, se ubicaron entre 22,000 y 26,000 braceros anglohablantes caribeños, a partir de 1902 y hasta 1934. La inmensa mayoría era jamaicana. En los registros oficiales de inmigración cubanos aparece que de 1907 a 1929 arribaron a Cuba en calidad de braceros la suma de 120,966 jamaicanos, cifra solamente superada por los inmigrantes haitianos en el Caribe.

Con respecto al Canal de Panamá, se debe recordar que el gobierno de Jamaica se vio obligado a impedir el reclutamiento de sus nacionales a partir de que los Estados Unidos se hiciera cargo de la construcción de esa gigantesca obra donde laboraron miles de aquellos. Es posible que esto fuera determinado por las condiciones de trabajo y de vida que allí existían.

Ese movimiento migratorio no obedeció a nada espontáneo, y sí a causas objetivas, ya que a inicios del siglo XX, en Jamaica, deambulaba una gran fuerza de trabajo excedente, en medio de una economía sustentada por la caña de azúcar, el plátano y los cítricos. A Cuba llegaron de la isla vecina ingenieros, administradores, maquinistas, carpinteros, albañiles, mecánicos de primera, engrasadores de centrífuga, oficinistas, cocineros y muchos otros, pero también decenas de miles de braceros para las más disímiles tareas en la agricultura y la industria azucarera.

Sumamente interesante resulta la investigación de José Sánchez Guerra realizada en el Registro Civil (expediente de matrimonios) y en los libros de la Sección de Ciudadanía, de Guantánamo, en la entonces provincia de Oriente, en los años que median entre 1902-1940. Los resultados que ofrece el autor con relación a la población antillana de habla inglesa conduce a conocer la actividad diversa que ella desempeñó en el territorio guantanamero.

Además de ofrecernos la información de que Jamaica fue la isla de las Antillas anglohablantes que más emigrantes aportó a Guantánamo, con un

-

José Sánchez Guerra: Ob. cit. (en n. 5), p. 19.

75% del total, Sánchez Guerra ofrece una muestra correspondiente a los años 1902-1940, en que de 469 inmigrantes anglohablantes 348 eran jamaicanos (241 hombres y 107 mujeres). En total, incluyendo a Jamaica, en Guantánamo hubo presencia de diecisiete islas del Caribe anglohablante, siguiendo a Jamaica en orden cuantitativo, San Cristóbal, con veintiocho; San Cristóbal y Nieves, con veintiún; Antigua, catorce; Barbuda, doce; y Barbados, once. Del total de 469, el 68% eran identificados como «de raza negra», el 24% «mestizo» y el 8% «blanco», mientras que el 71,8% correspondía a varones y el 28,2% a hembras.³¹

En otra sección, el citado autor menciona las profesiones y oficios de un total de 268 jamaicanos en igual período. De esa manera, el 23,5% —es decir, 63— laboraba como obreros en ingenios, ferrocarriles y el puerto, y un porciento superior, que englobaba a oficios y profesiones diversas, ascendía a 38,7%. Los trabajadores agrícolas representaban un 21,6% del total de los 268 inmigrantes estudiados.³²

Sánchez Guerra permite saber, además, otro dato de interés: el referido a los matrimonios de jamaicanos y jamaicanas con personas de otros países. Para ello, toma en consideración 287 casos en el período 1902-1940.

La consulta en el Registro Civil y en la Sección de Ciudadanía de Guantánamo indica que la tendencia mayor fue a casarse entre ellos, lo que ascendió a 128 uniones, siguiéndole con nacionales cubanos, en la cifra de 112. El resto, hasta 287, está repartido en inmigrantes de otras Antillas inglesas, francesas, de Haití y de varios países fuera de la región del Caribe.

De manera separada, en un estudio de 102 expedientes, sesenta y tres jamaicanas se casaron con jamaicanos —como una tendenacia a la endogamia étnica—, veintiuna con cubanos y el resto con procedentes de otras antillas y de otros países.³³

Entre tantos miles de braceros jamaicanos estuvo Alexánder Bustamante, Alex, quien además de inspector de aduana en Guantánamo, alcanzó una gran experiencia como dirigente sindical en Cuba durante la década de 1920. Posteriormente, a su regreso a Jamaica, continúo sus

^{31.} Ibídem, p. 40.

^{32.} Ibídem, p. 42. Se calcula que en esos años laboraban en la base de Caimanera entre dos mil y dos mil quinientos jamaicanos.

^{33.} Ibídem, pp. 44 y 45.

luchas obreras y llegó a ser un dirigente de prestigio entre las masas jamaicanas, hasta convertirse en Primer Ministro de esa nación en 1944, en las primeras elecciones generales celebradas en Jamaica.³⁴

Los resultados de la investigación realizada por José Sánchez Guerra indican que la etapa comprendida entre 1939 y 1954 resultó ser la más importante en cuanto a inmigración en la Base Naval de Guantánamo, al dejar sentado que entre 1938 y 1945 laboraron allí unos 10,000 obreros y empleados. De esta cantidad, el 75% estaba integrado por cubanos, el 20% por jamaicanos y el resto por otras procedencias, en especial de otras Antillas Menores de habla inglesa.³⁵ Para 1950, se calculaban más de 40 000 los jamaicanos radicados en Cuba.³⁶

Sobre la presencia de jamaicanos en el occidente de Cuba, el historiador de la ciudad de San Antonio de los Baños, José Miguel Delgado, nos dice que cierta cantidad de ellos trabajaron en la etapa de construcción y funcionamiento de la base aérea estadounidense, que se ubicó en el mencionado territorio. Fueron contratados por la Coyuga Corporation para trabajar como traductores, encargados de almacén y capataces; en fin, como personal de confianza. La fuerza de trabajo fundamental fue eminentemente cubana, llegando por momento a sumar 12,000 obreros.

Las obras de aquel complejo militar (pistas y edificaciones) se iniciaron el 26 de mayo de 1942 y culminaron en 1943. Sirvió para que jóvenes militares estadounidenses procedentes de las clases más altas, hijos de políticos y otros —similar a lo acontecido durante la Primera Guerra Mundial— cumplieran a distancia y sin peligro su enrolamiento militar durante la Segunda Guerra Mundial.

A partir de 1964 se produce en la Base Naval de Guantánamo el despido de cientos de cubanos y jamaicanos, por lo que ocurre una gran disminución de esa fuerza de trabajo. En lo que respecta a los cubanos, prácticamente desaparece en años posteriores, debido a las medidas agresivas que toma el gobierno estadounidense después del triunfo de la Revolución Cubana, en enero de 1959.

La derrota del fascismo durante la Segunda Guerra Mundial va a repercutir en la región caribeña, y produce cambios en la situación geopolítica.

José Luciano Franco: Ob. cit. (en n. 15), p. 9.

José Sánchez Guerra: Ob. cit. (en n. 5), p. 47.

^{36.} Ibídem, p. 20.

Al mismo tiempo que la ola de independencia se extendía por varias regiones en el mundo, sobre todo en Asia, el capitalismo tiende a adentrarse en el desarrollo de una nueva política con respecto a los territorios bajo dominio colonial. Las colonias inglesas en el Caribe empiezan a conocer el neocolonialismo, un nuevo estatus político, que, como premisa, puede inclinarse al otorgamiento de la independencia, de manera parcial o total. De esa manera las autoridades colonialistas fueron reemplazadas, en sus inicios, por élites políticas e intelectuales locales moldeadas en las metrópolis; muchas de las cuales habían sido las mismas que habían ejercido el gobierno colonial.

A la anterior consideración, realizada por el escritor dominicano Pablo A. Mariñez, se debe agregar la siguiente precisión del propio autor: «no puede resultar extraño que estos países después de independizarse acordaran mantenerse bajo el tutelaje de Inglaterra, a través de la denominada Commonwealth». Telaro está, la acotación resulta necesaria. Esas islas nacieron a la independencia con frágiles economías, por lo general con escaso desarrollo industrial, con cientos de años de colonialismo y por tanto con una dependencia total o casi total de su metrópoli. Abandonar de un día para otro su esfera de influencia resultaba imposible.

En realidad, el proceso de descolonización en el Caribe sufriría un largo estancamiento después de iniciado en 1983. San Cristóbal y Nieves sería la última nación en ser declarada independiente por Inglaterra, el 19 de septiembre de dicho año, lo cual se produjo un mes después de la intervención militar estadounidense en la isla de Granada.

Otro asunto de gran interés es la emigración de los territorios que formaban entonces el Commonwealth Caribbean hacia Europa, los Estados Unidos y Canadá, antes y después de la Segunda Guerra Mundial.³⁸

Commonwealth o Mancomunidad Británica. A la misma pertenece la mayoría de las ex colonias de Gran Bretaña. En el Caribe son excepciones: Trinidad y Tobago, Guyana y Domi-nica. En las primeras existe un Gobernador General que representa a la reina de Inglaterra y tiene rango de Jefe de Estado. Entre sus funciones está la de recibir a otros jefes de Estado.

Anthony P. Maingot: «América del Norte, dos casos de emigración agraria del Caribe», en El Correo de la UNESCO, Año XXXVIII, septiembre 1985, pp. 24-25. A juicio de dicho autor, en 1942, en plena Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos pusieron en práctica un programa inmigratorio bajo el nombre de «braceros», el cual contempló en su etapa de desarrollo mayor la contratación de cuatrocientos veinte mil braceros o peones con destino a la agricultura. La emigración más estable fue la de los antillanos anglófonos, quienes laboraron en los cortes de caña de la Florida. En 1985 se conocía que en el mencionado Estado, y en igual trabajo, quedaban unos ocho mil inmigrantes antillanos.

Con respecto a ello, Adela Pellegrino nos brinda citas y comentarios de otros trabajos referidos a la temática, pudiendo apreciarse cómo grandes oleadas de caribeños anglohablantes viajaron a Europa para la reconstrucción de los desastres dejados por la Segunda Guerra Mundial.

Mediante el Programa de Trabajadores Agrícolas Estacionales de Canadá —con ciertos parecidos al que desarrollan los Estados Unidos—, son reclutados anualmente cientos y miles de obreros del Caribe anglohablante y México. Una suma total de 268,500 personas de dicha región ha viajado a Canadá con empleos temporales para esos menesteres, entre 1974 y 2002.

El movimiento migratorio que se produjo hacia Inglaterra estaba integrado en la mayor parte por obreros calificados y profesionales. En la obra Migrantes latinoamericanos y caribeños se cita que entre 1951 y 1981 marcharon a Europa, y en particular al país citado, entre 230,000 y 280,000 personas procedentes de las Antillas anglohablantes.³⁹

Beneficioso fue para los caribeños anglohablantes que deseaban emigrar el cambio que se produjo en la Ley de Inmigración de Canadá a partir de 1952 y que «eliminó todo tipo de exclusión por criterios raciales y basó las condiciones de admisión en las capacidades profesionales, la reunificación familiar y razones de tipo humanitario».⁴⁰

En lo adelante, este tipo de inmigración sería tomado en consideración de manera estricta por las autoridades canadienses en los años siguientes. La calificación de inmigrante caribeño inglés fue de un nivel educacional y cultural superior, lo que se constató en 1985. Se asentaban en grandes ciudades canadienses, como Toronto, Montreal y Vancouver. Ellos procedían de zonas urbanas o de pequeñas ciudades.

Por esa década, Inglaterra se vería obligada a aumentar sustancialmente la fuerza de trabajo de sus posesiones coloniales en las Antillas. La mayor parte de esa inmigración, compuesta por varones, fue ubicada en sectores priorizados de la economía capitalista de la referida nación. Así fueron la industria textil, la producción de alimentos, la industria automovilística, la metalúrgica, el transporte y los servicios de salud.

Con el transcurso de los años, la inmigración del Caribe anglohablante se incrementaría en Gran Bretaña, alcanzando índices significativos en lo que respecta a la ocupación laboral, muy cercanos a los de

^{39.} José Luciano Franco: Ob. cit. (en n. 2), p. 57.

^{40.} Ídem

la empleomanía inglesa. Por ejemplo, en 1981, mientras el 90,6% de los varones y el 63,5% de las mujeres británicas tenían empleo, estaban empleados el 89,9% de los varones antillanos en edad laboral y el 69,9% de mujeres del mismo origen.⁴¹

En 1984, una encuesta realizada en Inglaterra dio a conocer que el desempleo de los antillanos allí radicados era del 25% en los hombres y del 16% en las mujeres, sobre todo jóvenes.⁴²

La reforma de la mencionada ley canadiense propició que miles de caribeños que ya no podían entrar en Inglaterra, debido a regulaciones migratorias más rígidas, al implantarse la Commonwealth Inmigration Act, de 1962, que cancelaba la admisión —interna hasta entonces— de los ciudadanos de la Comunidad del Caribe, hicieron de América del Norte un destino de alta demanda para esa fuerza de trabajo. Los Estados Unidos también se beneficiaron de mucha de esa mano de obra calificada procedente —a partir de 1965— de Jamaica, Trinidad y Tobago y Barbados.

De esos países, a los cuales se pudiera agregar Guyana, tenemos las siguientes estadísticas, referidas a la población nacida en el Caribe y asentada en los Estados Unidos y censadas en diferentes años .⁴³

	1970	1980	1990
Jamaica	68 576	196 811	334 140
Trinidad y Tobago	20 673	65 107	115 710
Barbados	-	26 847	43 015
Guyana	-	48 608	120 698

La fuerza que tomó esa emigración entre 196l y 1970 fue tal, que a los Estados Unidos llegó cerca de medio millón de personas de las Antillas citadas. Indiscutiblemente, ese éxodo de habitantes de islas caribeñas de

Robert Miles: «Gran Bretaña, de todos los rincones de la Commonwealth», en El Correo de la UNESCO, Año XXXVIII, septiembre 1985, pp. 21-23.

^{42.} Ídem

Miguel Villa y Jorge Martínez: «La migración internacional en América Latina y el Caribe: rasgos sociodemográficos y económicos», en CELADE. División de Población de la CEPAL, Secretaría Permanente del SELA, mayo-agosto de 2002.

tan poca población no dejó de causar un visible impacto demográfico y sociocultural. Se estima que entre 1950 y 1980 la emigración de la población del Caribe se calculaba en 4,2 millones de personas.44 En la actualidad, países caribeños muy pequeños ven lastimosamente cómo la migración anual se comporta entre el 1 y el 2 % del total de sus ciudadanos. Casos significativos son San Cristóbal y Nieves, Granada y Belice.

En la década de 1980 se va a producir cierta parálisis de esa emigración, relacionada con un determinado crecimiento económico que obtienen varias islas del Caribe, como resultado del turismo, y de distintas actividades financieras o bancarias.45

Entonces se dio el caso de que algunas islas del Caribe anglohablante, debido a la importancia que fueron adquiriendo y el nivel de vida alcanzado, se convirtieron en receptores de inmigrantes de las islas vecinas.

La fuerte presencia de la migración caribeña, fundamentalmente, en países como los Estados Unidos, Inglaterra, Canadá, Holanda y Francia, ha posibilitado que en los mismos se hayan desarrollado importantes mercados de productos culturales caribeños. En este sentido, se realizan exportaciones millonarias de instrumentos musicales provenientes de Jamaica, República Dominicana y Trinidad y Tobago.

De igual forma, versiones de festivales caribeños se realizan en buena parte de las naciones europeas, sobresaliendo el Notting Hill, en Londres, en el cual participan, durante tres días, unos dos millones de personas, con ingresos de noventa y tres millones de libras esterlinas. El Notting Hill se valora como el festival más grande de Europa en materia de cultura popular. 46

Retomando la migración caribeña hacia Inglaterra, tenemos que si en 1980 emigraron 625,000 personas, en 1991 bajó a 500,000.47

En cuanto a los Estados Unidos, en el año 2000 allí existían cerca de 15,000 000 de latinoamericanos y caribeños, proceso migratorio que se estuvo incrementando desde 1980. En 2006 se calculaba que ellos producían unos 800,000 millones de dólares a favor de la economía estadounidense.

Ibídem, p. 57.

Adela Pellegrino: Ob. cit. (en n. 3), p. 55.

Keith Nurse: «Diáspora, migración y desarrollo en el Caribe», FOCAL, Documento de Política, Fundación Canadiense para las Américas, 2004. Cf. www.focal.ca.

Cf. Miguel Villa y Jorge Martínez: Ob. cit. (en n. 43). Datos tomados de OPCS Labour Force Surveys and Census, citados por Thomas Hope.

En el año 2006 se consideraba que 12,000,000 de latinoamericanos y caribeños radicaban en la referida nación en la condición de indocumentados, sin respaldo jurídico alguno. Todo ello en medio de medidas xenófobas y excluyentes por parte de las autoridades estadounidenses. De acuerdo con la ley Sensen-Brenner —quien pidió la deportación de todos los indocumentados, la construcción de un muro entre México y los Estados Unidos y las penalizaciones a quienes ayuden a los indocumentados—, resulta un delito tener esa condición.

Esa ley, aprobada por la Cámara de Representantes en diciembre de 2005, contiene el agravante de que quien brinde su ayuda a un indocumentado es considerado como un acto criminal. Como es natural, esta situación hace insoportable a esos migrantes latinos y caribeños, que de por sí no tienen derecho a prestaciones sociales, no pueden optar por seguros de desempleo, ni por jubilación, no tienen acceso al seguro médico, y se les niega el derecho a asistir a las universidades, así como poseer una licencia de conducción. Su único derecho es el de trabajar como esclavos modernos y ser sobreexplotados.⁴⁸

Al comenzar el siglo XXI, la migración entre los países de la Comunidad del Caribe anglohablante muestra un sello peculiar, ya que la intensa circulación de personas —favorecida por las condiciones geográficas— se compone de una proporción relativamente reducida de traslados de residencia y de otra mayor de movimientos de tipo recurrente, algunos de corta duración (que conllevan el retorno a los países de origen) y otros se realizan por etapas, con estaciones de parada antes de emprender el traslado a un destino fuera de la subregión. Estudios recientes sugieren que la migración dentro de la Comunidad está alcanzando un nuevo umbral de dinamismo, vinculado con la elevación de los niveles de vida y el aumento de la demanda de fuerza de trabajo, propiciada, en parte, por la gran expansión de las actividades turísticas en algunos países y con las menores oportunidades de empleo en otros; se estima que más de la mitad de la inmigración registrada en 1991 procedía de la misma subregión y su monto equivalía a casi el 4% del total de la población comunitaria. La situación descrita mostraba grandes variaciones entre los países caribeños en 1991. En Trinidad y Tobago, Islas Vírgenes y Barbados, tres de las cinco naciones con mayores flujos inmigratorios, predominaban los inmigrantes de la

Juan Duflaar Amel: «Trabajadores indocumentados o los esclavos modernos», en Trabajadores, La Habana, 24 de abril de 2006.

subregión, con una incidencia particularmente elevada en las Islas Vírgenes —donde representaban un tercio de la población total—; en cambio, en Jamaica y Bahamas, los dos países restantes del grupo con mayores flujos, los inmigrantes originarios del exterior de la subregión eran una clara mayoría. A su vez, la mayor parte de los emigrantes de Granada, San Vicente y las Granadinas y Guyana se dirigía al resto de la subregión —preferentemente a Trinidad y Tobago—; ellos equivalían, en los dos primeros países, a casi un quinto de las respectivas poblaciones nativas. Estos antecedentes ponen de relieve la enorme repercusión de la migración intrarregional sobre la dinámica demográfica de los países de la Comunidad del Caribe.⁴⁹

Antillas Holandesas

Si bien es conocido que las Antillas Holandesas, excepto Aruba,⁵⁰ carecieron del modo de producción de plantaciones,⁵¹ sí tienen una historia muy particular, como el resto de las antillas menores, en las que el colonialismo, de una forma u otra, y a través de centurias, ha dejado huellas impuestas por sus metrópolis y sus instituciones.⁵²

El proceso histórico de las islas que hoy conforman las Antillas Holandesas —Curazao, Bonaire, San Martín (territorio dividido entre Holanda y Francia), Saba y San Eustaquio—, refleja cómo durante el violento y cruel comercio de esclavos, Curazao —isla de 38 millas de largo y 7 de

«Con el estatus que alcanzó Aruba a partir del I de enero de 1986, el Reino de los Países Bajos está formado por los territorios de Holanda, las Antillas Holandesas y Aruba». El gobierno central de Holanda y el de Aruba acordaron, en abril de 1995, otorgar la independencia de esta última el I de enero de 1996, lo cual fue aplazado sin fecha prevista, a petición de la parte arubana. Ello no afectó su «estatus aparte». Se entiende que razones de índole económica, en el tratamiento hacia la colonia, de un balance muy favorable, determinaron la decisión arubana. Cf. Armando Lampe: «Descolonización de Aruba», en Mexicana del Caribe, publicación semestral, Año I, No. 1, 1996.

Sonia Magdalena Cuales: «En busca de nuestra memoria. El caso del género en las Antillas Holandesas», en Caribbean Studies, Vol. XXVIII, No.1, enero-junio de 1995, p. 107.

^{49.} Cf. Miguel Villa y Jorge Martínez: Ob. cit. (en n. 43).

Hans Vogel y Hubrecht W. van der Doel: Holanda y América, Editorial MAPFRE, Madrid, 1992, p. 229. En 1954 se aprobó el Estatuto del Reino de los Países Bajos, por el cual las Antillas y Surinam adquirieron el estatus de comarca con iguales derechos dentro del reino. Dichos territorios coloniales obtuvieron una completa autonomía interna. La defensa y las relaciones exteriores quedaban a cargo del gobierno central, al mismo tiempo que los nativos de las citadas islas caribeñas adquirieron el derecho a la ciudadanía holandesa y viajar libremente a Holanda.

ancho, y a 35 millas al norte de América del Sur— llegó a ser, entre 1600 y principios de 1700, el mayor y más importante mercado de esclavos en el Caribe. De esta manera la mercancía económica que se compraba y se vendía era un ser social.53

La respuesta a cómo Holanda arrebató a España su posesión colonial de Curazao, la encontramos en el libro El corso en Cuba, siglo XVII, de César García del Pino. Dicho autor, acudiendo a lo publicado por el historiador holandés Cornelis Ch. Goslinga, refiere que fue el corsario cubano Diego de los Reyes, nacido en La Habana, quien formando parte de varias embarcaciones de guerra dispuestas a cañonear Curazao, solicitó desde una de las balandras holandesas hablar con el jefe militar español, siendo el primero en bajar a tierra. Posiblemente era el único de la tripulación —al servicio de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales— que tenía a su favor la lengua española. En conversación con el gobernador español, Lope López de Morla, logró, sin el empleo de las armas, la rendición y ocupación de ese territorio en 1634 por parte de Holanda.⁵⁴

Históricamente, la dependencia política de una metrópoli como Holanda, en gran medida llegó a aislar a esos territorios de sus vecinas y hermanas islas caribeñas. No es exagerado expresar que las Antillas Holandesas, en sentido general, han tenido más lazos políticos, económicos y de comunicación con Holanda que con el resto del Caribe y América Latina, por lo que durante mucho tiempo y para muchos caribeños, no fueron tomadas como parte de la región.

Si bien en todo lo anterior ha predominado la dependencia colonial, con los años la tendencia, de manera revertida, es a identificarse más con la región en que se hallan. Con el transcurrir del tiempo se ha venido produciendo un cambio cualitativo conducente a corroborar o comprender que la cultura e identidad de las citadas Antillas tienen más rasgos comunes con el Caribe que con Holanda.

De los cinco territorios coloniales de Holanda en el Caribe —Aruba, Curazao, Bonaire, en Sotavento, y Saba, San Martín y San Eustaquio, en Barlovento—, sobresale, como en el pasado, Curazao, donde la emancipación de los esclavos en 1863 produjo un duro golpe a la bonanza

and on the Wild Coast, 1580-1680, Van Gorcum and Comp. N.V., Assen, 1971, p. 267.

2001, p. 158. Para mayor información, consultar Cornelis Ch. Goslinga: The Dutch in the Caribbean

Sonia Magdalena Cuales: Ob. cit. (en n. 51), p. 108.

César García del Pino: El Corso en Cuba, siglo XVII, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana,

económica, relacionada con la dependencia del petróleo venezolano en las primeras décadas del siglo XX, al decidirse la construcción, en su capital, de Willemstad, una refinería para dicho producto, y la que no funcionaría a plenitud hasta 1923. Los resultados hicieron que al cabo de un año se constituyera la Compañía Industrial Curazoleña de Petróleo, que empleaba 1 600 personas que llegaron de Aruba, Surinam, Venezuela y Haití. También cientos de obreros de distintas islas inglesas, en particular de Barbados y Jamaica, a los cuales llamaron inglés pretu (ingleses negros) y consideraron como una categoría aparte.⁵⁵

En Aruba sucedió algo parecido con el petróleo, al construirse dos refinerías, una de la Shell y otra de la Standard Oil Company —la que cerró en 1986—, que procesaban el crudo de Venezuela. Tanto en Curazao como en Aruba hubo necesidad de importar gran cantidad de fuerza de trabajo de otras islas del Caribe, de manera particular.

Ambas islas se fueron convirtiendo en importantes centros comerciales para el área del Caribe, América Latina y otras regiones del mundo, lo que se originó con un lucrativo negocio de esclavos. En el siglo XX, los intereses que se fueron creando entre dichas islas y Venezuela resultaron altamente beneficiosos para ambas partes.

Con el transcurso de los años, Curazao —que en la actualidad importa la mayor cantidad de alimentos para su subsistencia por tener una agricultura limitada debido a sus suelos áridos y sequías constantes—, por su cercanía con Venezuela, ha mantenido una relación comercial muy estrecha, en la que ha sido determinante el petróleo, y en la que ha estado muy presente una amplia migración del país suramericano. En lo que respecta a las islas de Saba, San Eustaquio y San Martín, conservan cierto carácter anglocaribeño, pero sin la importancia económica que revisten Curazao y Aruba, lo cual ha sido muy palpable.⁵⁶

En la guerra que se produce entre Francia e Inglaterra a finales del siglo XVIII, la isla de San Martín se vio involucrada en un proceso migratorio

Hans Vogel y Hubrecht W. van der Doel: Ob. cit. (en n. 52), p. 235. En cuanto a la citada compañía de petróleo, Rose Mary Allen acota que era conocida como «Isla» y que en 1918, ya convertida en refinería, solo trabajaban allí unas trescientas personas procedentes de Curazao, Aruba y Bonaire. Se encontraba también un grupo de norteamericanos con distintos oficios. Cf. Rose Mary Allen: «A Cuba quiero ir. La emigración laboral de Curazao a Cuba a principios del siglo XX», en Del Caribe, No. 39, 2002, p. 37.

Hans Vogel y Hubrecht W. van der Doel: Ob. cit. (en n. 52), p. 137.

forzoso que se originó con el conflicto militar citado y que se inclinó a Francia. Al ser ocupada San Cristóbal por la potencia gala, se determinó realizar un aumento de los colonos franceses en esa isla, a costa de la población de San Martín y, también, de la isla de San Bartolomé. Con la paz de Ryswick, un número pequeño de los relacionados emigrados retornarían a San Martín.

Por las informaciones que ofrece Rose Mary Allen, se presume que la primera emigración que llegó a Cuba desde Curazao se produce en 1869, representada por tres personas: dos esclavos y su amo, lo que consta en el Inventario 2110, No. 52/17, Curazao, segundo distrito, de fecha 1 de junio de 1869.⁵⁷ Sin embargo, la prensa periódica de entonces trató anuncios sobre la introducción de esclavos desde Curazao a partir de 1791.

Dicha autora esclarece que no solamente emigraron a Cuba braceros de las Antillas Holandesas hacia la segunda década del siglo XX. Sobre ello expone:

Fue una emigración de la clase pudiente y de la clase trabajadora. Algunos miembros de la clase alta de Curazao, como los judíos y los blancos protestantes, ya habían emigrado a Cuba entre finales del siglo XIX y principios del XX, algunos de los cuales compraron fincas en Cuba. Muchas veces emigraron padres e hijos, e incluso, llevaron consigo criadas, nodrizas y cocineras.⁵⁸

Fue una etapa que de cierta manera coincidió con el gran huracán del 23 de septiembre de 1877, que prácticamente destruyó a Curazao, con un alto costo en vidas humanas y grandes pérdidas materiales.

En cuanto a los arribos de trabajadores de las Antillas Holandesas, el historiador de la ciudad de Puerto Padre, Ernesto Carralero, nos da a conocer que hay evidencias de que hacia 1905 existían inmigrantes de esa procedencia en ese territorio perteneciente a la actual provincia de Las Tunas. Cita al apellido Grotestán reportado en dicho año.

En cuanto a Aruba, el inicio de la colonización española se produce a partir de 1527, pasando a depender de Curazao entre 1636 y 1792. No sería hasta 1951 en que se concedería a la primera cierto carácter autónomo por el gobierno de Holanda. Durante ese año se forman gobiernos, con determinada autonomía, en el resto de las Antillas Holandesas. A juicio de J.

^{57.} Rose Mary Allen: Ob. cit. (en n. 55), p. 37.

^{58.} Ibídem, p. 30.

Hartog, «por su índole español-india la población de Aruba no solo está aparte, sino que forma una nación propia en sentido etnológico».⁵⁹ Dicho autor menciona que en 1754 se autorizó la admisión del primer colono blanco en Aruba, cuyo nombre fue Moses Levy Maduro, apellido este de estirpe hebrea, relacionado con Cuba, donde también se asentó.

Cuando en Aruba —poblada desde Curazao y obteniendo de esta su idioma, el papiamento— se dieron pasos hacia la industrialización a partir de 1920, aumentó el porcentaje de población negra, que hasta entonces se calculaba en un 16% —por tanto, la mayoría era blanca—, con la llegada de elevadas cantidades de inmigrantes negros —fundamentalmente de islas vecinas— como fuerza de trabajo adicional, proceso que conllevó no pocos enfrentamientos de carácter social y laboral. También fueron arribando inmigrantes de Europa y el Líbano, por lo general hebreos.

No deja de ser interesante señalar que entre los siglos XVIII y XIX, las clases pudientes de las Antillas Holandesas viajaban por largos períodos a Europa, más que a Holanda, llevando consigo, en muchas ocasiones, a sus esclavos. Inclusive, igual camino tomaban los miembros más jóvenes de las familias de igual extracción que habitaban dichas islas para recibir esmerada educación en distintas instituciones europeas, no siempre holandesas.

Cuando en 1863 se produce la abolición de la esclavitud en las Antillas Holandesas y en Surinam, los negros esclavos, unos 45,275 según Eric Williams, obtienen todos los derechos civiles. El 81% de la población de Curazao era negra. Hasta entonces, los esclavos en esta isla laboraban, en buena cantidad, como cargadores en los muelles o como esclavos domésticos, no en plantaciones. Dicha abolición se produjo treinta y tres años después que en las colonias británicas y quince posteriores a las colonias francesas en el Caribe.

Surinam —antes Guayana Holandesa y ubicada en la parte continental de América del Sur— muy poco se relacionó con las Antillas por

^{59.} J. van dorp Hartog, Aruba, Oranjestad, 1987, pp. 19-21.

Surinam obtuvo su independencia de Holanda en 1975, pasando a tener un estatus de neocolonia en lugar de colonia. En el citado libro Holanda y América, de Vogel y Van der Doel, página 137, se puede leer «El idioma neerlandés sólo echó raí-ces en Surinam». «Aquí», dicen «el viajero holandés se sentía inmediatamente como en su casa porque había una población que habíaba neerlandés, una pequeña ciudad holandesa, correctamente construida conforme al carácter holandés». Cf. Hans Vogel y Hubrecht W. van der Doel: Ob. cit. (en n. 52), p. 233.

su posición geográfica. Desde un principio fue neerlandesa en educación, carácter y costumbre.

Es el Surinam que en 1828 se convirtió en la capital de las colonias holandesas en el Atlántico. Su gobernador llegó a ser designado como autoridad suprema de las islas neerlandesas de Barlovento y Sotavento situadas en el Caribe.

Durante tres siglos llegaron desde África al territorio surinamés entre 300,000 y 350,000 esclavos, los que recibieron un trato sumamente cruel. Ello se constata en el hecho de que cuando se decretó la abolición de la esclavitud, solo menos de la séptima parte del cálculo citado obtuvo su independencia. El resto había fallecido por distintos motivos.

Según Trudi Guda, «Los llamados criollos, descendientes de antiguos esclavos, fueron quienes más sufrieron culturalmente con esta situación.

Su religión estuvo prohibida por ley hasta 1971, su lengua, el saranatongo, la lengua de contacto de todos los grupos étnicos, era considerada inferior; sus sistemas de unión conyugal no eran reconocidos».⁶¹

En la historia de Surinam, país cubierto en un 80% de selva tropical, aparecen, aunque en diferentes etapas, inmigrantes procedentes de China, India e Indonesia para trabajar en las plantaciones de caña de azúcar; pero también colonizadores franceses, británicos y holandeses, además de esclavos africanos. Todos ellos se sumaron a los cinco grupos indígenas existentes en el territorio. Ya a finales del siglo XIX, arribaron, también, cientos de braceros de las Antillas inglesas, la mayor parte de Barbados, a los cuales llamaban «Barbadianen».

Al producirse la independencia de Surinam de los Países Bajos el 25 de noviembre de 1975, unos 40,000 surinameses, casi la mitad de la fuerza de trabajo del país, emigraron hacia la antigua metrópoli, creando en Holanda asentamientos importantes como el de Bijlmermeerpolder, en Amsterdam. Hacia el año 1990 se supo que unos 250,000 surinameses y 80,000 antillanos se habían establecido en los Países Bajos. Diez años después, en 2000, se estimaban en 150,000 los latinoamericanos y caribeños radicados en esa nación europea, siendo la mayoría de las Antillas Holandesas.

A partir de la independencia de Surinam, el Caribe holandés quedó circunscrito a Curazao, Aruba, Bonaire, San Eustaquio, San Martín y Saba.

^{61.} Guda Trudi: «La tradición oral en Surinam», en Anales del Caribe, 1981, p. 283.

^{62.} Hans Vogel y Hubrecht W. van der Doel: Ob. cit. (en n. 52), p. 241.

Después, en 1986, Aruba alcanzaría un estatus diferente, al salir de la federación mencionada.

En la relación migratoria de las Antillas Holandesas con Cuba, sobresale Curazao por ser la que más cantidad de braceros aportó a importantes centrales azucareros de la antigua provincia de Oriente, como Chaparra, Delicias, Algodones y Manatí, los que desde 1976, con la nueva división política o administrativa del país, pasaron a formar parte de la actual provincia de Las Tunas. Los propietarios del central Manatí llegaron a transportar en 1919, con un barco propio, contingentes de braceros procedentes de Curazao. Precisamente, y debido a la cuantía de estos, el gobierno de Holanda determinó nombrar un cónsul para su atención, que cubría los territorios de la municipalidad de Las Tunas y Manatí.

Esa inmigración, compuesta mayoritariamente por braceros de Curazao, e integrada también por otros procedentes de Aruba, San Martín y Bonaire, era traída a Cuba, en general, mediante contratos que establecían condiciones de trabajo y salarios que por lo general eran burlados. Al igual que la haitiana, la inmigración de las Antillas Holandesas tenía un alto porciento de masculinidad.

Los antillanos holandeses laboraron en distintos trabajos, como cortadores de caña y poceros. Abrieron zanjas, laboraron en el tendido de líneas férreas y el mantenimiento de obras, talaron montes, fueron estibadores y algunos, con más suerte, lograron ubicación en el ferrocarril de The Cuban American Sugar Mills Company. Otros vivieron de trabajos ocasionales de diversa naturaleza.⁶⁴

Los braceros curazoleños —así se conocía a todos los llegados de las Antillas Holandesas por haberse embarcado en el puerto de Curazao— tenían buena experiencia en la práctica de la migración al punto de que en los siglos XVIII y XIX y por problemas internos, tanto económicos como laborales, debieron buscar fuentes de trabajo en Puerto Rico, República Dominicana, Costa Rica, Panamá y Surinam. Todo esto acontece antes de producirse el gran éxodo hacia Cuba, que implicó a casi un 50% de la fuerza laboral de Curazao, lo que contrajo, además, una disminución de los nacimientos.

A los citados braceros se les identificaba como holandeses negros, a los arubanos como holandeses blancos, y a los bonarenses como

^{63.} Rose Mary Allen: Ob. cit. (en n. 55), p. 38.

^{64.} Información ofrecida por Ernesto Carralero Bosch, historiador de Puerto Padre, provincia de Las Tunas. Mayo de 2006.

holandeses indios. Unos y otros pasarían por la misma experiencia que los haitianos en el sentido de que muchos perdían sus nombres o apellidos verdaderos al ser llamados por la forma en que se pronunciaban los mismos o por otros caprichos de los contratistas. A los efectos de no ser confundidos con los haitianos, los holandeses negros siempre insistían que eran de nacionalidad holandesa. De esa manera, Rose Mary Allen nos dice cómo a Cijntje se le llamaba Sánchez; a Polonius, Polonio; a Veeris, Pérez, etcétera. 65

Algunos de los apellidos arubanos en el territorio de Puerto Padre fueron: Croenz, Trmp, Ders, Fals, Weiler, Wolffe, Werbet, Flores, Drik, Welman, Broli, Crosended, Maduro, Grotestán, Ricardo, Cecilia, Farli o Farés, Kelis, Byklhoff, Fambre o Famber, Wenefar, Quardus Paulino y otros.⁶⁶

De la forma tergiversada en que fueron inscriptos algunos descendientes de aquellos braceros, tenemos el caso de Federico Haciet Meldo Vicario. ⁶⁷ Este curazoleño llegó a Cuba junto con su hermano y se asentó en la zona de Vázquez, en la hoy provincia de Las Tunas. En lugar de Haciet, a sus descendientes se les inscribió con el apellido incorrecto de Asiett o Acier, según se escuchara pronunciar por quien debía anotarlos en el Registro Civil. Ello ha causado y sigue causando molestias a sus descendientes a la hora de formalizar trámites jurídicos o laborales. Ahora resulta que hay personas con distintos apellidos, siendo de la misma raíz familiar, o sea, del mismo padre.

Federico Haciet Meldo empezó a trabajar en labores de la caña: machetero, carretero y pesador. Nunca regresó a su patria, la cual añoró. Formó familia en Cuba, casándose con la cubana Ramona Salina Ávila, con una descendencia de diez hijos. Se jubiló y recibió la medalla por cincuenta años prestados a la industria azucarera. Tanto su hermano Pedro como él mantuvieron la ciudadanía holandesa.

Fueron notorios los matrimonios de antillanos holandeses con cubanas y viceversa, con núcleos familiares que fluctuaban entre cinco y siete hijos. A veces más, como fue el caso arriba referido.

Como ya se ha mencionado, en los actuales territorios de Las Tunas, sobre todo hacia el sur, se realizaron los más importantes asentamientos

^{65.} Rose Mary Allen: Ob. cit. (en n. 55), p. 38.

^{66.} Información ofrecida por Ernesto Carralero Bosch, historiador de Puerto Padre, provincia de Las Tunas. Mayo de 2006.

^{67.} Testimonio de Esperanza Haciet Medina, hija de inmigrante de Curazao. Las Tunas, 17 de junio de 2005.

de braceros procedentes de las Antillas Holandesas, localizados en puntos geográficos como San Manuel, Vázquez, San Eduardo, Meriño, La Victoria, Gramal (en Manatí), Santa María 12 y Santa María 14 y San Juan donde hoy existen descendientes de Curazao, Aruba y Bonaire. Otros lugares fueron: Cordero, Machuca, Macuto, Velasco 28, 29 y 30 (chuchos cañeros).

Pocos meses después de que la Shell Oil Company se estableciera en Curazao, llegaba a Cuba el primer embarque de braceros procedente de ese territorio caribeño. Era diciembre de 1917, cuando el vapor Reina arribó a las costas cubanas con 144 braceros. A partir de entonces, los puertos de entrada para los antillanos holandeses fueron Puerto del Cayo Juan Claro (hoy Carúpano) y Puerto de Manatí. Allí se les aplicaba cierto control higiénico-sanitario a través de un baño con desinfectante.

De esa fecha, hasta 1920, emigraron a Cuba 2,342 hombres, año en que Curazao contaba con 13,473 hombres, de una población de 32,709 habitantes. El año de más inmigración de antillanos holandeses fue el de 1919, en que llegaron 1 405. En 1918 ascendieron a 501 y en 1920, a 292.⁶⁹ Los curazoleños emigraban de una sociedad donde reinaba el desempleo y el hambre. Años antes, hacia 1900, se estimaba que la mayor parte de los curazoleños era indigente.⁷⁰

Además de los contratados, y estimulados por las informaciones que aparecían en los periódicos sobre Cuba, familias completas con hijos tomaron el camino de la mayor de las Antillas, y se radicaron en los territorios de Puerto Padre, Chaparra y Manatí. Los arubanos procedían de los distritos de Santa Cruz, San Nicolás, Tanki, Fiik, Cerro Prieto, Tanki Leni y de otros lugares.⁷¹

Interesante información nos ofrece la investigadora cubana Aleida Best Rivero, quien refiere sobre el particular:

los trabajadores que se inscribieron en enero de 1920 para la compañía azucarera del Chaparra, recibieron 25 florines, de los cuales 12,50 florines

Aleida Best Rivero: «Inmigrantes de Curazao en Las Tunas». Inédito, Instituto Superior Pepito Tey, Las Tunas, diciembre de 2004.

Rose Mary Allen: Ob. cit. (en n. 55), p. 31. Para estas estadísticas, la autora acude a Problem rondom de emigratie van arbeiders uit de kolonie Curacao naar Cuba, 1917-1937, de A. F. Paula. (Cifras de curazoleños).

^{70.} Hans Vogel y Hubrecht W. van der Doel: Ob. cit. (en n. 52), pp. 233-234.

Información ofrecida por Ernesto Carralero Bosch, historiador de Puerto Padre, provincia de Las Tunas. Mayo de 2006.

eran para su uso y el resto para las familias. En noviembre del mismo año, este dinero apenas alcanzaba a cinco florines para los trabajadores y a diez para sus familias.⁷²

Esta información demuestra el alcance que iba teniendo la pésima situación económica de Cuba cuando ya se adentraba en el proceso de las «vacas flacas». Los mejores tiempos quedaban atrás.

En relación con otras islas del Caribe, Cuba había resultado más atractiva en cuanto a empleos y salarios. Según el gobernador de Curazao, se podía ganar 4,75 florines al día, contando con vivienda, cuidados médicos gratuitos y los viajes de ida y vuelta pagados.⁷³

No pensamos que hubiese sido posible devengar ese salario o aproximado, en Cuba, el cual era muy superior al que se obtuvo en sus inicios en la Refinería de Petróleo de Curazao. En esta industria se ganaba entonces un florín por diez horas de trabajo. El resto de las facilidades o beneficios a recibir en Cuba y que se señalaban por el mencionado gobernador, resultaba imposible de cumplir en la realidad cubana de entonces. Además, ningún bracero o inmigrante recibía tales beneficios.

Los curazoleños, al igual que el resto de los antillanos, inclusive cierta cantidad de venezolanos radicados en Curazao o Aruba o simplemente de Venezuela, se dirigían a Cuba con el fin de ahorrar dinero en beneficio de sus familiares. Otros tenían como objetivo regresar y ser vistos con admiración por la cantidad de dinero que portaban. Así, y fundamentalmente de Curazao,

Algunos se ponían un billete en el bolsillo a modo de pañuelo, o se limpiaban el sudor con un dólar. Hablaban el papiamento mezclándolo con el español, fumaban tabaco y bromeaban todo el tiempo sobre la vida en Cuba. Los domingos cuando iban a la iglesia vestían un sombrero fino, traje según la ultima moda, zapatos de dos tonos, y en las fiestas bailaban los últimos pasos de la música cubana.⁷⁴

Inclusive, tan visible era la influencia de Cuba en muchos de los que regresaban que a veces les llamaban «cubanos».

103

Aleida Best Rivero: Ob. cit. (en n. 68).

^{73.} Rose Mary Allen: Ob. cit. (en n. 55), p. 32.

^{74.} Ídem.

Se conoce también que una cierta cantidad de mujeres de Curazao se dirigieron a Cuba. Estas, a su regreso, pudieron aplicar los oficios aprendidos en la mayor de las Antillas, como el de modista.

Así actuó una buena cantidad de inmigrantes que antes de salir para Cuba habían sido «despreciados por su posición de clase y color». Ello motivó, inclusive, que muchos jóvenes, estimulados por los testimonios de los que con mejores condiciones económicas regresaban, se sintieran motivados a emigrar a Cuba. Al parecer plaka di Kuba (dinero de Cuba) se convirtió, más que en un lema, en una gran aspiración.

Sumamente interesante resulta, en la relación migratoria Curazao-Cuba, el hecho de cómo la sangría de fuerza de trabajo hacia la mayor de las Antillas creó un gran vacío laboral en Curazao. La investigadora Rose Mary Allen expone que los únicos sitios donde se podían encontrar trabajo eran la Mijnmaatschappij y la Shell, cuyas administraciones se mostraban muy preocupadas por el éxodo de mano de obra hacia Cuba, entre 1919 y 1920.

La mencionada situación fue aprovechada por el proletariado de Curazao de una manera inteligente.⁷⁵ Bajo amenazas de emigrar a Cuba y agravar más la falta de brazos, alegaban los dirigentes de los obreros que en Cuba se devengaban mejores salarios que en Curazao. Esto conllevó que aquellos obtuviesen remuneraciones más altas. Así fue, entre otros ejemplos, en 1919, en que se produjeron las amenazas de huelga en sectores tan importantes como la construcción y la salud pública.

La inmensa cantidad de los antillanos holandeses sufrió las condiciones de un fuerte clima tropical durante los cortes de caña, a lo que no estaban acostumbrados. A la razón de buscar empleos con buena remuneración, la mayoría cortó caña, mientras otros trabajaban como sastres, carpinteros, zapateros y en otros oficios. La propia industria zapatera cubana asimiló una parte de los curazoleños, pero también se localizaron en los hornos de bagazo y en la construcción de líneas férreas.

Con la migración de las Antillas Holandesas, en Cuba sucedieron aspectos atípicos. Posiblemente muy pocos braceros antillanos holandeses salieron de Cuba hasta tiempo después del Decreto-Ley de 1921, o sea, el referido a la repatriación de miles de caribeños existentes en la mayor de las Antillas. Para no pocos de aquellos, regresar a su territorio

^{75.} Ídem.

de procedencia resultó una odisea, ya que carecían del dinero necesario, los contratistas no cumplían con lo pactado, además de verse envueltos en gastos para su subsistencia y devengar bajos salarios.

Precisamente, dos años después, en 1923, en los centrales azucareros Chaparra y Delicias se hallaban 956 antillanos holandeses. Además, 685 jamaicanos, 2 726 de otras antillas inglesas (San Cristóbal y Nieves, Santa Lucía, Granada y otras), y 1,008 haitianos.⁷⁶

En un interesante trabajo estadístico sobre la mencionada inmigración de las Antillas Holandesas a Cuba, realizado por el profesor José Báez Pérez a partir de fuentes el Archivo Histórico de Curazao,⁷⁷ y en las investigaciones de Rose Mary Allen y A. F. Paula, de la Universidad de las Antillas Neerlandesas, se presenta la siguiente situación:

De Aruba llegaron a Cuba 2,837 personas y de Curazao 2,342, mientras que los inmigrantes de Bonaire no se pudieron relacionar por no estar registrados como tales. Cabe la hipótesis de que pudieron estar incluidos en las cifras mencionadas.

Los años de más inmigrantes de Aruba arribados a los puertos orientales de Cuba fueron 1919, con 1,325, y 1920, con 722. En el caso de Curazao, fue 1919 el año más significativo, con 1,406.

De acuerdo con los contratos laborales firmados antes de partir de las Antillas Holandesas rumbo a Cuba o por decisión propia en no pocos casos, el año 1919 fue el de mayor fuerza en cuanto a los regresos a sus territorios de origen. Ahí los arubanos sumaron 722; y los curazoleños, 295.

De esta información se puede colegir que una importante suma debió permanecer en Cuba, por haber constituido familia o por esperar momentos posteriores para el regreso definitivo a su patria, para lo cual trataban de ahorrar parte del salario.

Al consultar el trabajo «La presencia Holandesa en Cuba. Historia de los inmigrantes de Curazao, Aruba y Bonaire», del ya mencionado investigador Báez Pérez, nos encontramos datos sumamente interesantes al aparecer relacionados 120 inmigrantes de las Antillas Holandesas citadas y que

-

[&]quot;6. «Braceros importados». Información extraída de la publicación Agricultura y Zootecnia, Edición especial para los centrales Chaparra y Delicias, La Habana, abril de 1924, pp. 39-40.

Báez conserva en su poder documentos originales relacionados con la inmigración de los antillanos holandeses en las zonas de Puerto Padre, Chaparra y Delicias. En uno de los escritos figura una carta de 1919, de la Manatí Sugar Company, solicitando a un grupo de mujeres para trabajar como cocineras, ya que eran consideradas entonces de alta calidad en su oficio.

fallecieron en Cuba, en su inmensa mayoría de Curazao y de Aruba. Inclusive dicho autor menciona otro grupo de esas procedencias que optaron por abandonar la mayor de las Antillas rumbo a sus tierras natales dejando descendencia. Al igual que los ejemplos ya citados por Rose Mary Allen, en la lista que hemos consultado, en su inmensa mayoría, los referidos inmigrantes aparecen registrados con nombres y apellidos españolizados.⁷⁸

Hasta la década de 1950 se estuvieron repatriando braceros antillanos holandeses radicados en Cuba, con el concurso de las autoridades holandesas. En 1925 y en 1937 habían salido hacia Curazao cientos de aquéllos. En la primera oportunidad intervino el gobierno cubano y en la otra, el Club Rotario de Curazao.⁷⁹

Esas no serían las únicas vías para el reencuentro con sus familiares en las referidas Antillas. Así, una cantidad de esos antillanos, con ayuda económica de sus familiares, logró el reencuento. Sin embargo, otros decidieron fusionarse con la sociedad cubana, contrajeron matrimonio con cubanas, y echaron raíces profundas con el nacimiento de descendientes. Mujeres de igual procedencia tomaron igual decisión. Una buena cantidad de los originarios decidieron continuar en la industria azucarera cubana, lo que hicieron hasta su vejez y jubilación posterior. De igual forma, cierta cantidad, al abandonar Cuba, se dirigió a los Estados Unidos. Muchos antillanos holandeses, tanto hombres como mujeres, no regresaron después a sus islas.

Es de significar que la fluidez de la comunicación entre originarios de las Antillas Holandesas en Cuba y sus familiares allí se detuvo, entre 1950 y 1960, al producirse la defunción de muchos migrantes o por otras razones, en lo cual estuvo muy presente la avanzada edad de ellos.

Sin embargo, y desde hace años, mediante visitas familiares se ha venido reactivando de una forma armónica el reencuentro de los originarios o descendientes radicados en Cuba con sus familiares en Curazao, Aruba, Bonaire y el resto de las islas holandesas. En la actualidad son sumamente escasos los inmigrantes de esos territorios caribeños que todavía viven en Cuba. Por el censo de población de la República de Cuba dado a conocer en el año 2005, existían sólamente tres personas originarias de dichas islas en nuestro país.

José Báez Pérez: «La presencia holandesa en Cuba. Historia de los inmigrantes de Curazao, Aruba y Bonaire», trabajo publicado por el Sindicato Di Empleadonan Publico Di Aruba. Aruba, 27 de enero de 1998. Documento existente en la Biblioteca Nacional de Aruba.

^{79.} Rose Mary Allen: Ob. cit. (en n. 55), p. 35.

El 20 de mayo de 1999 se produjo la visita, a la zona de Puerto Padre, de Stanley Vertían, gobernador general de Curazao, quien sostuvo entrevistas con inmigrantes y descendientes radicados en la zona.⁸⁰

En las últimas décadas, estos territorios coloniales de Holanda en el Caribe han encontrado, en el turismo y la exportación de servicios, una importante fuente alternativa para sus economías, produciendo otro tipo de migración. De manera particular, ello se demuestra en los casos de Curazao y San Martín.

De las particularidades de esas islas y de otras ha escrito Alejo Carpentier con sumo dominio. A Aruba la califica de singularísima, isla que casi no tiene vegetación, donde las lavas volcánicas removidas por siglos y siglos de vientos encarnizados han sido esculpidas como verdaderos árboles. En la isla de Aruba, termina diciendo Carpentier, casi no hay árboles vegetales, pero hay árboles de piedra, de una extraordinaria belleza, con troncos, con encrespamientos de hojarascas.⁸¹

República Dominicana

Además de los lazos migratorios que se exponen dentro de este capítulo entre Cuba y República Dominicana —que recibió de sus aborígenes el nombre de Quisqueya—, sobresalen otros de carácter histórico en los que están involucrados, de manera cimera, José Martí, Héroe Nacional de la República de Cuba, y Máximo Gómez Báez (dominicano), quien llegara a ser el General en Jefe del Ejército Libertador de Cuba. Fue este el más alto exponente del internacionalismo en las luchas por la independencia de la mayor de las Antillas. Ambos, Martí y Gómez, firmarían el Manifiesto de Montecristi, que reflejaba el programa de la Revolución Cubana en la lucha por la independencia. Juntos desembarcarían en Playitas, en el sur de la parte oriental de Cuba, para ponerse al frente del proceso revolucionario de 1895 a 1898, y al cual se integraron otros dominicanos, como Luis Marcano y Modesto Díaz, que obtuvieron altos grados militares, tanto en la guerra mencionada como en la de 1868–1878.

Alejo Carpentier: «La cultura de los pueblos que habitan en las tierras del mar Caribe», en Ensayos, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1984, p. 218.

Información ofrecida por Ernesto Carralero Bosch, historiador de Puerto Padre, provincia de Las Tunas. Mayo de 2006.

El flujo migratorio entre el territorio actual de la República Dominicana y Cuba merece algunas reflexiones y datos, debido al interés que se desprende de ese proceso.

La población de La Española —donde se produjo la primera rebelión de esclavos en 1522—, a la cual llegó Cristóbal Colón el 5 de diciembre de 1492, y por donde se iniciaría la colonización de América, contaba entonces con 400,000 aborígenes. Esa cifra se redujo a 60 000 según el censo de 1508, para bajar a 11,000 en 1517, y 300, en 1580. Esta información, que ofrece Carlos Andujar en su trabajo «Las relaciones raciales en la República Dominicana», nos acerca más al criterio de que el proceso interracial y de transculturación fue muy similar a lo sucedido en Cuba y Puerto Rico. 82

Históricamente, las primeras migraciones que se producen del Santo Domingo (español) a Cuba ocurren a finales del siglo XVIII y principios del XIX, y se asientan, preferentemente, en La Habana, Baracoa (Oriente), Santiago de Cuba, Holguín, Bayamo, Puerto del Príncipe, San Juan de los Remedios, Trinidad y Matanzas. En cuanto a la migración cubana hacia el Santo Domingo español, se produce de manera escalonada a partir de la Guerra de los Diez Años (1868–1878), se paraliza al culminar esta y se reinicia con la Guerra de Independencia de 1895–1898.

Casi un siglo antes, y en posteriores meses, una migración espontánea y anárquica llegó procedente de Santo Domingo a Cuba. Es un fenómeno que se produce después de la Revolución Francesa de 1789 y de la Revolución de las masas haitianas frente a las tropas élites francesas, proceso que se extendió hasta el lo de enero de 1804, cuando tuvo lugar la constitución de la República de Haití.

Al analizar el proceso migratorio dominicano, Sebastián Robiou Lamarche establece que a partir del Tratado de Basilea, en 1795, y mediante el cual España cedió a Francia la parte oriental de La Española a cambio de la Louisiana, en territorio de los Estados Unidos, «surgieron las primeras emigraciones dominicanas constituidas por familias criollas de antiguo arraigo, intelectuales y comerciantes, quienes se exilian primordialmente en Cuba y en menor grado en Venezuela y Puerto Rico».⁸³

Carlos Andujar Personal: «Las relaciones raciales en la República Dominicana», en La Revista del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, No. 17, julio-diciembre de 1993, p. 59.

Sebastián Robiou Lamarche: «Las inmigraciones de Santo Domingo y su aportación al desarrollo de Puerto Rico durante el siglo XIx», en CLIO, Año LXIII, No. 15, enero-diciembre de 1994, p. 115.

La emigración dominicana a Cuba ha sido estudiada por no pocos autores. Uno de ellos, Carlos Esteban Deive, lo ha hecho con suma profundidad y detalle, lo cual constituye una fuente indispensable de consulta para la temática en cuestión. Para dicho autor, «los primeros emigrados empezaron a llegar a Cuba en diciembre de 1795. Se trataba de veinticinco monjas y treinta y cinco criadas suyas del convento de Santa Clara transportadas a La Habana en el navío El Asia».⁸⁴

Dicha fuente agrega que poco después los buques de guerra San Eugenio, San Lorenzo y Sirena traían al mismo puerto 633 personas. Eran estas, siete clérigos, veinticinco monjas del Reino Angelorum, ciento veinticinco blancos y el resto individuos de color, libres y esclavos. Todos habían viajado con el mobiliario que pudieron llevar consigo, así como con una parte de los archivos públicos de las instituciones que representaban. Todas eran personas fieles al reino de España.

Como es sabido, los primeros emigrados procedentes de Santo Domingo, que huían de la Revolución iniciada en Haití, estaban integrados por españoles, criollos y muchos franceses que habían buscado refugio en la parte oriental de la isla.

Las complejidades que podían desprenderse de una posible emigración en masa desde la isla referida fueron evaluadas por las autoridades españolas en Cuba, que aprobaron dos destinos para dar solución a ello. El primero posibilitaba concentrar a los emigrantes en La Habana, en lugares como la fortaleza de La Cabaña, Barracones y Casa del Pilar. Después se ubicarían en el territorio oriental de Guantánamo, próximo al mar, donde se le repartirían tierras para ser cultivadas.

Con el transcurrir de los meses creció la ola de emigrados que partían de Santo Domingo hacia Cuba, no obstante conocerse las limitaciones que padecían los primeros en llegar a la mayor de las Antillas. Sin embargo, a pesar de que la mayoría de la población decidió quedarse en Santo Domingo, y enfrentar los avatares que surgirían con la presencia francesa en su territorio, otros decidieron buscar estabilidad o prosperidad en Cuba. Los terratenientes y la aristocracia criolla no viajarían solos y sí acompañados por sus esclavos africanos. Es posible que si desde un

^{84.} Carlos Esteban Deive: Las emigraciones dominicanas a Cuba (1795-1808), Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo, 1989, p. 21.

primer momento hubiese existido una cantidad mayor de barcos, la migración desde Santo Domingo hubiera sido superior.

Además de los positivos intereses insertos en esa migración en lo que respecta al capital y la tecnología que podían aportar a Cuba, había también un componente étnico favorable, al recibir una cantidad apreciable de población blanca. Ello podía influir, en la correlación entre negros y blancos, a favor de estos últimos, preocupación muy priorizada por la burguesía y demás sectores dominantes de la sociedad cubana en aquellos momentos.

Otro elemento importante que sirvió de estímulo a los emigrantes fue el hecho de que las grandes extensiones de tierra en Santo Domingo se hallaban en poder de escasas familias, mientras que las autoridades coloniales en Cuba prometían la entrega de áreas productivas, y de manera muy particular en el territorio de Matanzas para aprovechar la experiencia de los dominicanos en el cultivo y cosecha del tabaco. En esta dirección se fundamentó la propuesta del Conde de Mopox a las autoridades centrales de la Isla de Cuba, con fecha 23 de febrero de 1801, para radicar en Matanzas quinientas familias dominicanas para el fomento del tabaco.

Como parte de ese proyecto, el 16 de enero de 1802 se hallaban asentados en Matanzas ciento once dominicanos, los cuales se radicaron en veinticinco viviendas. De ese total, treinta y nueve eran expertos en la siembra del tabaco y el resto se desempeñaba con otros oficios agrícolas.⁸⁵

La dinámica de la emigración dominicana hacia Cuba y Puerto Rico sufrió cierta parálisis en el año 1802 y parte de 1803. Sin embargo, el temor a que Santo Domingo fuera absorbido por Haití reactivó, con más fuerza, la emigración hacia las Antillas referidas, dando lugar a que numerosos inmigrantes dominicanos se asentaran en la región de Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa, en el extremo oriental de Cuba.

La presencia dominicana fue en aumento en dicha villa, lo que demandaba viviendas y tierras que años atrás habían sido ocupadas por franceses emigrados del Santo Domingo (occidental). En la obra de Carlos Esteban Deive, ya citada, se puede encontrar una amplia información que explica cómo las autoridades, tratando de evitar complicaciones sociales mayores, decidieron solventar las necesidades de los inmigrantes dominicanos, aprovechar su experiencia y evitar el éxodo hacia otros lugares de la isla, incluyendo La Habana, donde ya se reportaba cierta cantidad de

^{85.} Ibídem, p. 106.

familias de esa nacionalidad. Fue la capital de la colonia el lugar de preferencia, seguida de Baracoa. Entre 1803 y 1804 un total de 1,996 se asentó en la villa de Baracoa. So Solamente el 21 de mayo de 1804 desembarcaron en Baracoa 932 dominicanos, cuando meses antes lo habían hecho 94. En 1805, otros 418, muchos en estado de depauperación.

El cálculo de los dominicanos que llegaron a vivir en Cuba pasaba de los 4 000, de los cuales, en diferentes momentos y hasta 1810, regresaron a Santo Domingo unos 794. Una buena cantidad de ellos eran labradores, pero fue escasa su contribución a la agricultura cubana. Se caracterizaron por trabajar aislados y buscando su subsistencia en siembras de distintos cultivos en medio de grandes privaciones.

Además de labradores llegaron a Cuba sacerdotes, hacendados, artesanos, profesionales, funcionarios, etc. Lo cierto es que el plan de las autoridades coloniales en Cuba con respecto a los lugares de recepción de los emigrados dominicanos tuvo que sufrir grandes cambios. En lugar de ser solamente Baracoa y La Habana, se extendió a Santiago de Cuba, Holguín, Bayamo, Puerto del Príncipe, San Juan de los Remedios, Trinidad y Matanzas.⁸⁷

Cuba se convirtió por un tiempo en el principal destino de los emigrados dominicanos. Venezuela, Puerto Rico y Colombia siguieron en la preferencia para dichos emigrantes. La migración dominicana a Cuba se paralizó en 1808 cuando el Santo Domingo oriental volvió a ser colonia de España, al recibir Francia de esa nación ibérica el territorio de la Louisiana. Tras calificar el hecho de cesión, Esteban Deive expone que fue un acto «odioso e impolítico» mediante el cual criollos y españoles fueron «vendidos y traspasados por la diplomacia como un hato de bestias». 88

Este contexto estuvo matizado por el dinamismo que fue alcanzando la industria azucarera en República Dominicana con la presencia de capitales foráneos, modernas experiencias tecnológicas y mano de obra de distintos pueblos caribeños, entre ellos Cuba. Muchos cubanos se vieron obligados a emigrar hacia la nación vecina, como se ha expresado antes, debido a la devastación de la economía cubana que se producía como consecuencia de la Guerra de los Diez Años (1868–1878), librada por los cubanos frente a la dominación española para alcanzar la independencia.

87. Ibídem, p. 118.

^{86.} Ibídem, p. 134.

^{88.} Ibídem, p. 138.

De esa manera, gran parte de esa emigración salida de Cuba se asentó en Puerto Plata. Los hermanos Carlos y Diego Loinaz, arribados en 1872, fueron los primeros cubanos que plantaron la caña de azúcar en las tierras de ese lugar, específicamente en los pueblos de Cafeniba y San Marcos, pertenecientes al distrito de Puerto Padre.⁸⁹

Debido a esa lucha por la independencia, entre 5,000 y 6,000 cubanos llegaron a las costas de República Dominicana, valorándose altamente su aporte a la sociedad y la economía de ese país.

Entre los primeros constructores o fundadores de ingenios azucareros en República Dominicana aparecen los cubanos Joaquín Delgado, en 1875, quien fundó la primera industria, que se llamó La Esperanza, y Enrique Lamar y Juan Amechazurra, propietarios de La Caridad y La Angelita, la primera en San Carlos y la otra en San Pedro de Macorís. Esas industrias se equiparon con máquinas de vapor. 90

Refiriéndose al aporte decisivo que los cubanos brindaron a la industria azucarera de República Dominicana, Roberto Marte escribe: «El momento había llegado para esta industria en Santo Domingo y los cubanos clavaron el primer poste de progreso». 91

El florecimiento de la industria azucarera dominicana propició, también, que desde el último cuarto del siglo XIX cientos de haitianos, pero también de otras antillas, buscaran fuentes de trabajo en República Dominicana, con salarios relativamente altos para la época y viceversa, desde República Dominicana se estableció una corriente migratoria hacia Puerto Rico que logró influir principalmente en el desarrollo económico y cultural de su área oeste y ayudó a las transformaciones sociales acaecidas durante ese siglo en la Isla.⁹²

Ya desde la última década del siglo XIX, República Dominicana se caracterizó por un gran dinamismo en lo que a contratación de fuerza de trabajo foránea se refiere, aunque se debe hacer la salvedad de que antes de

^{89.} Rafael A. Brugal: «La producción del azúcar en la zona de Puerto Plata: 1520-1919», en EME EME, Estudios Dominicanos, Vol. VII, No. 39, noviembre-diciembre 1978, p. 126.

^{90.} Roberto Marte: Cuba y la República Dominicana, transición económica en el Caribe del siglo XIX, Editorial CENAPEC, Santo Domingo, p. 160. Cita el autor que «Amechazurra, un mecánico azucarero oriundo de Matanzas, importó de Cuba semillas de caña e instruyó a sus jornaleros dominicanos en las labores de la siembra, conforme dictaba su experiencia, en las plantaciones de la vecina Antilla».

⁹¹ Ídem

^{92.} Sebastián Robiou Lamarche: Ob. cit. (en n. 83), p. 113.

1840 se contrató mano de obra de islas caribeñas vecinas, como Bahamas, Santo Tomás e Islas Turcas.

En lo que se refiere a los inmigrantes cubanos, estos van a desempeñar, indiscutiblemente, y en perspectiva, un papel decisivo en el desarrollo de la industria azucarera dominicana. Entre aquellos se hallaban pequeños y medianos empresarios agrícolas, profesionales y obreros calificados.

Es de significar que esa emigración cubana, salvo una determinada cuantía, no tuvo en su pensamiento radicarse definitivamente en República Dominicana. La razón principal de quienes con fortuna emigraban, era salvar la misma, para lo cual se trasladaron a la vecina isla acompañados de técnicos y expertos azucareros de confianza. Cientos de obreros también tomaron el mismo camino en busca de empleo. Sin embargo, una cantidad muy superior iría a engrosar las filas del proletariado en el sur de los Estados Unidos, trabajando como tabaqueros, fundamentalmente en Cayo Hueso.

Por las razones antes apuntadas no resultará difícil comprender el porqué del regreso a Cuba de muchos de estos últimos al terminarse la Guerra de los Diez Años y la Guerra de 1895-1898. Precisamente, fue durante los años de este último conflicto armado cubano-español en que más cubanos llegarían a Puerto Plata, al punto de no poder resolver, prácticamente, la ubicación para novecientos cubanos en el año 1896.

Hacia 1882 sumaban trescientos y un cubanos viviendo en Puerto Plata, entre los que se contaban médicos, comerciantes, periodistas, maestros y otros oficios. Con su laboriosidad y experiencia, los inmigrantes cubanos en República Dominicana llegaron a ocupar planos destacados en distintos sectores de la economía y la sociedad. También en Puerto Plata se asentó la familia de origen español Brugal, encabezada por Andrés Brugal Montaner, quien se había dedicado en Santiago de Cuba a la fabricación de rones.

Relacionado con esa participación, Roberto Marte nos dice en su obra Cuba y la República Dominicana, que:

el mayor número de inmigrantes cubanos contribuyó poco a vigorizar la nueva agricultura, pues los más permanecieron en las urbes en calidad de comerciantes, artesanos y en otros oficios. Un número elevado se estableció en la pujante manufactura cigarrera en Santiago, Puerto Plata y Santo Domingo [...] Entre los trescientos y un cubanos residentes en Puerto Plata en 1882, un número elevado estuvo constituido por mercaderes, médicos, periodistas, maestros y artesanos. Algunos se convirtieron en importantes plantacionistas de café y cacao. En el sector tabacalero hay

que señalar la presencia de cubanos, quienes lograron establecerse como prósperos vegueros.⁹³

Al analizar esa participación de los cubanos en el Santo Domingo (español), es menester señalar que «el mérito de los cubanos no yacía, sin embargo, en el número de las plantaciones erigidas ni en la capacidad de producción azucarera de sus fábricas, sino en haber introducido en esa industria la energía del vapor, "un agente revolucionario" que desde 1870 configuró un nuevo horizonte a la economía criolla».⁹⁴

Ya en la última década del siglo XIX, la firma Ehleris, Friedheim & Co., refaccionista, exportadora de azúcar y propietaria de colonias de caña en San Pedro de Macorís, insistió en la importación de mil braceros preferentemente de Puerto Rico, Cuba o las Islas Canarias. Para ello llegaron a constituir una Sociedad de Inmigración.

En Cuba también existían dominicanos que se ocupaban de la contratación de fuerza de trabajo con destino a los ingenios azucareros dominicanos.

Desde la última década del siglo XIX, la presencia cubana estuvo en distintos trabajos agrícolas e industriales. Un ejemplo fueron la plantación de plátanos y la refinería de petróleo existente en la Romana, a cargo ambas de la empresa E. Dumois y Cía.

El periódico *Listín Diario*, de República Dominicana, publicó el 25 de agosto de 1897 que de los ochenta hombres que allí laboraban como peones, carpinteros y en otros oficios, catorce eran cubanos. El resto eran estadounidenses, puertorriqueños, dominicanos y «cocolos». Estos últimos, procedentes de las Antillas de habla inglesa, eran mayoría, con treinta y siete personas. En la propia información se dice que estaba en los planes de la empresa citada la importación de trescientos cincuenta braceros cubanos y canarios. 6

_

^{93.} Roberto Marte: Ob. cit. (en n. 90), p. 161.

^{94.} Ibídem, p. 160.

^{95.} La palabra cocolo identificaba a los braceros originarios de las Antillas Menores anglófonas. Al igual que en Cuba, sectores de la prensa y de la burguesía, atendiendo a un ambiente racista, identificaban esa inmigración despectiva y discri-minatoriamente como «de hambrientos» o «inferior étnicamente».

José del Castillo: «Las inmigraciones de braceros azucareros en la República Dominicana, 1900-1930», en Cuadernos del Centro Dominicano de Investigaciones Antropológicas, Vol. CCLXII, No. 7, s.f., p. 375.

El fenómeno migratorio que aconteció entre Cuba y el Santo Domingo español durante los siglos XVIII y XIX, con sus vaivenes, se extendió hasta los primeros treinta años del siglo XX, en que van a coincidir otras migraciones de distintas islas caribeñas que superarían numéricamente a la de los dominicanos. Entonces se hicieron más significativas y diversas las migraciones intercaribeñas motivadas por el impetuoso desarrollo capitalista, fundamentalmente en los territorios de Cuba y República Dominicana.

El Caribe, que otrora fue el ámbito más dinámico de la piratería, el corso y la lucha a muerte entre las potencias europeas por su control, ahora sería de interés para miles de braceros que provenían de los más disímiles territorios, incluyendo a la lejana Asia.

En la relación migratoria entre Cuba y República Dominicana se va a producir una interacción de braceros durante los primeros treinta años del siglo XX, o sea, entre 1890 y 1930, aproximadamente.

Si hacia 1914 se localizaban ciento veinticuatro obreros cubanos en República Dominicana, y en 1919 solo cinco; en 1920, cuando el precio del azúcar alcanzó niveles sorprendentes en el mercado internacional, se reportaron 741, respaldada esta cifra por el primer censo de población de la República Dominicana, como se podrá leer, posteriormente, con más detalles.

En esos momentos la migración cubana en República Dominicana se ubicaba en el décimo lugar de los grupos de inmigrantes, siendo la presencia haitiana la primera, con 28 258 obreros.

Hasta finales de los años veinte del siglo XX, y al igual que en Cuba, aunque en cantidades inferiores, arribaron a República Dominicana miles de hombres y mujeres originarios de otras islas caribeñas y de otras regiones para trabajar en la zafra azucarera

Desde principios de la citada centuria los principales suministradores de esa fuerza de trabajo —la cual se fue haciendo indispensable— fueron las islas Tórtola, San Martín, Guadalupe y San Cristóbal. Bajos salarios, pésimas condiciones de alimentación y de trabajo y el aislamiento como forma de vida, formaban el contexto de los «cocolos», el equivalente a los braceros, como así se llamaron en Cuba. De esa manera particular, «cocolos» o «ingleses negros» eran la fuerza de trabajo que se traía procedente de San Cristóbal y Tórtola, una parte de ella técnicamente especializada. Algunos de ellos incursionarían en actividades básicas de la sociedad dominicana, como el comercio.

Igualmente, a partir de la ocupación estadounidense de Haití (1914-1934), comenzaron grandes éxodos de haitianos desempleados, lo cual conllevó que la frágil frontera con República Dominicana fuera traspasada por decenas de miles de aquellos de manera espontánea. Los contratistas, aupados por las autoridades ocupantes, propiciarían —inclusive hasta los días actuales— uno de los negocios más productivos o rentables con la importación inhumana de haitianos. El «cocolo», por tanto, sería desplazado por quienes, simplemente a pie, llegaban a los centrales azucareros con una prontitud impresionante, para ganar salarios por debajo de los que recibían los «cocolos». Al igual que las oleadas de inmigrantes antillanos a Cuba, también se produciría el fin de la inmigración «cocola» como resultado de la crisis económica de 1929-1933 y las medidas gubernamentales que tomaron los gobiernos de República Dominicana y Cuba.

En cuanto a la relación migratoria entre República Dominicana y Haití, es de señalar que además de históricas, para su análisis se debe tener muy en cuenta la cercanía geográfica y la determinante interdependencia de ambas economías. En el año 2003 se calculaba en medio millón las personas de ascendencia haitiana que vivían en República Dominicana, las que indudablemente a través de los siglos han enriquecido a la sociedad dominicana con importantes influencias culturales.

En 1920 los cubanos radicados allá se encontraban distribuidos de la siguiente manera: en Santo Domingo 96 hombres y 101 mujeres; en San Pedro de Macorís 89 y 60; en Seybo 23 y 17; en Pacificador 31 y 8; en Santiago 30 y 22 y en Puerto Plata 104 y 67. El resto de los cubanos se podía localizar en otros territorios de la geografía dominicana, para una suma de setecientos cuarenta y uno.⁹⁷

En el mismo año de 1920, Puerto Rico le siguió a Haití con 6,069 inmigrantes, mientras fue significativa la entrada a República Dominicana de 5,763 trabajadores y técnicos de las Antillas inglesas; 1,449 de las Antillas holandesas; 1,093 de las Antillas francesas y 885 de las Antillas danesas. Cuba seguía en cuantía a esta última.

La industria azucarera dominicana, exportadora como la cubana, también contó con una notable presencia de braceros de las Antillas inglesas. Según José del Castillo, y desde el año 1912 en que se aprueba la ley de inmigración que permitió la importación de braceros, miles de ellos llegaron a las costas dominicanas.

^{97.} Ídem

^{98.} Ibídem, pp. 54-55.

En cuanto a los cubanos, que trabajaron o se asentaron en la República Dominicana, fueron, indudablemente, parte activa de esa gran diáspora a la que fue sometida la población caribeña. Fue un proceso dinámico migratorio a veces natural y otras, como sucedió a partir de la segunda mitad del siglo XIX con los cubanos, por razones de índole patriótica, en lo fundamental, debido a las luchas por la independencia. Como es conocido, la historia de la emigración es universal, no excluye a ningún pueblo. Es un avatar de carácter histórico.

En las décadas posteriores la emigración dominicana fue exigua hacia otros territorios allende el Caribe. Por ejemplo, no sería hasta después de 1961, año en que se produce el ajusticiamiento del tirano Leónidas Trujillo, en que comienza un gran éxodo de dominicanos hacia los Estados Unidos. Ello obedeció a razones de índole política y estratégica para impedir acciones de carácter popular internas o expresiones sociales, para lo que fue determinante el respaldo irrestricto del Departamento de Estado de los Estados Unidos.

Fue aquella una política migratoria dirigida. A tal punto que si en 1961 se otorgaron 1,789 visas para entrar a territorio norteamericano, dos años después ascendieron a 9,857. En 1966 ascendieron a 16,503. Posteriormente, los dominicanos nacidos fuera de los Estados Unidos, sin contar sus descendientes en ese país, aumentaron en las siguientes décadas. Según el Proyecto IMILA de CELADE, en 1970 se reportaron 61,228; en 1980 la cifra aumentó a 169,147; y en 1990 sumaron 347,858.

Al mismo tiempo los Estados Unidos aplicaron ciertas medidas inmigracionistas hacia finales de la década 1980-1990, que trataron de controlar o disminuir, sin los resultados esperados, la entrada de dominicanos y haitianos. A la inversa, se produjo un aumento de la migración intracaribeña hacia las islas con mayor desarrollo económico, sobre todo en la rama turística. De manera legal o ilegal llegaron grandes cantidades de dominicanos y haitianos a territorios coloniales franceses, holandeses y estadounidenses situados en el Caribe: San Martín, tanto en su parte francesa como holandesa; la Guyana Francesa, Aruba, Curazao, Puerto Rico, Santo Tomás y Santa Cruz. 99 Ello, como es natural, no dejó de comportar cambios demográficos y culturales en las citadas islas, caracterizadas por la escasa

Ramón Grosfoguel: «Geopolítica y migración caribeña: de la Guerra Fría a la Posguerra Fría», en Wilfredo Lozano (ed.): Cambio político en el Caribe, escenarios de la Posguerra Fría: Cuba, Haití y Republica Dominicana, Editorial Nueva Sociedad, Venezuela, 1998, p. 253.

población, afectadas, además, por grandes problemas económicos, y convertidas, a su vez, en territorios eminentemente importadores, como fiel reflejo de su escaso desarrollo interno o del control ejercido por las transnacionales y otros intereses.

En el caso de San Martín o Saint Marteen, compartida entre Holanda y Francia, la inmigración ha sido manejada a discreción, habiéndose explotado la mano de obra barata, aun indocumentada, para la construcción de instalaciones hoteleras.

La tendencia a los asentamientos migratorios en dicha isla se correspondió, por lo general, en función del idioma materno. Así, los haitianos se dirigían a las islas donde se hablaba el francés y los dominicanos marchaban a donde el español era hablado en mayor o menor medida.

En resumen, la prestación o venta de servicios, y dentro de ese contexto el turismo, ha significado una nueva y positiva fase para los ingresos en divisas en no pocos países del Caribe.

Lo manifestado en cuanto a la isla de Saint Marteen, puede ubicarse en las dos tendencias principales que presentaban los patrones de la migración internacional de América Latina y el Caribe a finales del siglo XX. Aquellas son: el intercambio entre países de la misma región y la emigración extrarregional. El destino de esta última fue, principalmente, los Estados Unidos y, en sumas menores, España, Italia, Australia y Japón. 100

Hacia finales de los años ochenta los inmigrantes citados llegaron a ser mayoría en islas como Saint Thomas, Saint Croix, Saint Marteen y Guyana Francesa.

Posteriormente, un gran problema se desarrolló al no hacer falta una cuantiosa fuerza de trabajo. Por tanto, el desempleo de los inmigrantes se convirtió en una delicada situación social y de gran competencia laboral para los naturales de dicha isla.

Así y aprovechando las secuelas de un huracán que atacó San Martín en 1995, las tropas francesas y holandesas procedieron a repatriar, por la fuerza, a cientos de dominicanos y haitianos. Fue un proceso escalonado, pero violento, que llevó a fuerzas militares de dichas metrópolis europeas a destruir, inclusive, los lugares de alojamiento de los referidos inmigrantes.¹⁰¹

-

^{100.} Ibídem, p. 254.

Antonio Aja Díaz: «Las migraciones internacionales: temas en torno a un debate», Contracorriente, Nueva Época, No. 21, segundo semestre, 2004, p. 55.

El comportamiento de la emigración de República Dominicana ha sido significativo con relación a los Estados Unidos, al punto de considerársele como el país de América Latina y el Caribe que mayor número de inmigrantes ha aportado a dicha nación en los últimos veinte años, con excepción de México. De le compara con la cubana, que ya pasa de un millón de personas residiendo en los Estados Unidos, entre los que contemplan a legales, ilegales y descendientes. Tanto en los Estados Unidos como en otros destinos de la emigración dominicana, se permean o modifican, en muchos casos, sus modos culturales en medio de las condiciones marginales que rodean su existencia.

Puerto Rico

La historia de Puerto Rico —a la cual llegó Cristóbal Colón el 19 de noviembre de 1493, en su segundo viaje a nuestro Continente—, es una de las más dolorosas en la región caribeña, situación que continúa siendo igual hasta el presente.

Los Estados Unidos invadieron esa isla por la bahía de Guánica a partir del 25 de julio de 1898 y la mantuvo en condición de colonia a contrapelo de las ansias de libertad del pueblo puertorriqueño. Convertido primero en un país monoproductor de azúcar, después en una economía de plantación y posterior a la Segunda Guerra Mundial en un centro de la industria liviana estadounidense, Puerto Rico figura con la denominación de Estado Libre Asociado en la compleja estructura de la nación estadounidense. Hoy las fuerzas progresistas borinqueñas luchan para que su patria no sea convertida en un estado más de la Unión.

Ernesto Rodríguez Chávez: «Migración internacional y desarrollo en el Caribe», en Temas, Nueva Época, No. 26, julio-septiembre de 2001, p. 20.

^{102.} Cf. Ramón Grosfoguel: Ob. cit. (en n. 99).

El estatus de Estado Libre Asociado aplicado a Puerto Rico por el gobierno de los Estados Unidos data de 1952. Creado por la Convención Constituyente de 1951-1952, establecía un régimen similar a los de los Estados que conforman la Unión. Ese estatus no reconoce ni la ciudadanía puerto-rriqueña ni la estadounidense a los ciudadanos de dicha Isla, al no ser un Estado más de la Unión, ni ser una Nación independiente. Desde 1972 el Comité de Descolonización de las Naciones Unidas reconoció la autodeterminación del pueblo de Puerto Rico. En junio de 2005 reiteró ese derecho en conformidad con la Resolución 1514 (XV) de la Asamblea General de las Naciones Unidas, por constituir el pueblo puertorriqueño una nación latinoamericana y caribeña que posee su propia e inequívoca identidad nacional.

Como ha escrito el prestigioso intelectual haitiano Gérard Pierre-Charles, Puerto Rico —la más pequeña de las Antillas Mayores y donde España primero abolió la esclavitud, en 1873, debido a la escasa población de esclavos— constituye «el ejemplo más acabado de colonialismo moderno en la zona del Caribe y en el mundo, ya que conjuga las formas más sofisticadas de dominación: subordinación en los campos económicos, político, militar e ideológico», que se traducen hoy día en que un alto por ciento de su población viva en precarios niveles de pobreza.

Los nexos históricos entre Cuba y Puerto Rico encuentran sus raíces más profundas en las relaciones patrióticas y solidarias de nuestro José Martí con la tierra de Ramón Emeterio Betances —Padre de la Patria puertorriqueña y reconocido como el alma del Grito de Lares—, cuando en ambos territorios reinaba la dominación española.

Ese estrecho vínculo fue evidente en la constitución en Nueva York, en 1874, de la Junta Central de Cuba y Puerto Rico, en la que brilló el puerto-rriqueño Eugenio María de Hostos, y posteriormente, en el apoyo decisivo a la lucha por la independencia del pueblo boricua reflejada en el primer artículo de las bases de la organización política creada en 1892 por José Martí. Como parte de una estrategia única, «El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico». 106 Precisamente, en los años de 1892-1895, en que se fragua intensamente la Revolución de Martí, dos puertorriqueños colaboraron estrechamente con él: Sotero Figueroa y su esposa Inocencia Martínez. A Sotero, Martí lo definiría como «mi amigo preferido, mi amigo de alma americana». 107

Destacados jefes de la Revolución Cubana (1895-1898) mantuvieron su firme decisión de combatir en la tierra puertorriqueña por su libertad. El caso más cimero correspondió al Lugarteniente General Antonio Maceo, el Titán de Bronce, quien escribió en plena contienda bélica: «Solicitaré al gobierno que se constituya permiso para hacer la libertad de Puerto Rico, pues no me gustaría entregar la espada dejando esclava esa

05. Gérard Pierre-Charles: El Caribe a la hora de Cuba, Casa de las Américas, La Habana, 1981, p. 427.

^{106.} José Martí: Obras completas, Editorial de Ciencias Sociales, tomo I, La Habana, 1975, p. 279.

¹⁰⁷ Josefina Toledo: Sotero Figueroa, Editor de Patria. Apuntes para una biografía, Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1985, p. 9.

porción de América; pero si no coronare mis fines, entregaré el sable pidiendo a mis compañeros hagan lo mismo». 108

Debido al curso de la guerra en Cuba, Maceo se vio imposibilitado de emprender su proyecto libertador en Puerto Rico. Sin embargo, no quiso esperar para mejores tiempos y encargó al general de brigada José Lacret Morlot, hombre de su mayor confianza, el cumplimiento de sus compromisos impostergables.109

En Nueva York se unieron al general Lacret, como jefe de la expedición armada que se preparaba, dos patriotas borinqueños de inmenso prestigio: Ramón Emeterio Betances¹¹⁰ y Lola Rodríguez de Tió.¹¹¹

Lamentablemente, el plan concebido en detalles fracasó por contradicciones entre los patriotas que se hallaban en Puerto Rico, pero también por deficiencias organizativas y logísticas, por lo que se tomó la decisión de que los armamentos y algunos revolucionarios se dirigieran al

^{108.} Ibídem, p. 16.

¹⁰⁹ Destacado patriota cubano que amó entrañablemente al pueblo de Puerto Rico. Al igual que Rius Rivera, estuvo junto a Antonio Maceo en la protesta de Baraguá —prueba de intran-sigencia y valentía patriótica contra el colonialismo español—, que mantuvo vivos los ideales independentistas en Cuba. Al culminar la guerra por la Independencia de Cuba (1895-1898), constituyó el Club de puertorriqueños para fomentar la inmigración a Cuba de familias de esa nacionalidad.

Ramón Emeterio Betances nació en Cabo Rojo, Puerto Rico, el 8 de abril de 1827. Graduado de medicina en París. Después del fracaso del Grito de Lares, en septiembre de 1868, pasa al exilio. En París su vida estará indisolublemente ligada a la causa por la independencia de Cuba. Así, en 1895 representó a la delegación del Partido Revolucionario de la Isla; después, en 1896, fue representante diplomático de la República de Cuba en Francia y Agente General en ese país, en 1897. Fue un batallador inclaudicable por alcanzar la unión de las Antillas liberadas, que incluía a Cuba, Puerto Rico y República Dominicana. Defendió el principio de las Antillas para los antillanos. José Martí no lo conoció personalmente, pero demostró hacia él el más grande de los respetos. Falleció en París el 16 de septiembre de 1898. Ver Paul Estrade: La colonia cubana de París 1895-1898, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984, pp. 304-307.

Destacada personalidad de la patria puertorriqueña y vinculada estrechamente a la lucha por la independencia de Cuba. Estuvo en primera línea en el plan de alzamiento armado en Puerto Rico. Al hablar sobre ella, Antonio Maceo expresó: «con mujeres como Lola Rodríguez de Tió se pueden hacer revoluciones». Trabajó junto al general José Lacret Morlot en la organización de la expedición armada que debía de iniciar la guerra de independencia en Puerto Rico. Estuvo exiliada en La Habana, antes de marchar a Nueva York. Escribió la letra de La Boringueña, himno nacional de Puerto Rico. Según Josefina Toledo, quien ha investigado exhaustivamente la vida de esa insigne patriota, fue «la primera figura intelectual femenina del siglo XIX puertorriqueño. De su obra como poetisa está el soneto que en una de sus partes dice: «Cuba y Puerto Rico son / de un pájaro las dos alas; / reciben flores y balas / sobre el mismo corazón».

occidente de Cuba bajo el mando del general boricua Juan Rius Rivera¹¹² como una manera de reforzar a las huestes de Antonio Maceo que combatían en Pinar del Río. En dicha expedición, traída en el vapor Three Friends, que arribó a Cabo Corrientes el 8 de septiembre de 1896, vino, además, Francisco Gómez Toro (Panchito).¹¹³ Otro de los puertorriqueños que combatiría y moriría en los campos de la guerra en Cuba fue Francisco González Marín Shaw (Pachín).¹¹⁴

La invasión, ocupación y dominación estadounidense en Puerto Rico, así como su anexión en un proceso violento, a partir de 1898, cuando en la isla existía un 80% de analfabetismo, marcó el punto de partida hacia una gran emigración, que comportaría diferentes momentos, y que estuvo muy relacionada con la voraz expansión del capital monopolista estadounidense, tanto en dicha isla como en Cuba, como resultado de la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana. En la experiencia cubana, difícil e imposible fue para la nación norteña la anexión de la mayor de las Antillas. Razones de peso fueron la conciencia revolucionaria de un pueblo que por treinta años había luchado por su independencia y que estaba dispuesto a continuar su lucha independentista, manifestándose, además, en contra de la intervención. De ello tomaron cuenta los Estados Unidos y solo las contradicciones internas y sus presiones posibilitaron, con la Enmienda Platt, el establecimiento de un régimen neocolonial que duró hasta 1959.

La emigración de Puerto Rico a Estados Unidos se va a comportar, como hasta el presente, de manera sui géneris: los puertorriqueños no necesitan de visas para viajar a allá, ni son controlados, como sucede con

_

Nació en Mayagüez, Puerto Rico, el 26 de agosto de 1846. Participó en la Guerra de los Diez Años en Cuba (1868-1878). Acompañó a Antonio Maceo en la protesta de Baraguá. En 1895 fue nombrado jefe del Ejército Invasor para liberar a Puerto Rico, lo que posteriormente fracasa. Desembarca en las costas de Pinar del Río y se incorpora a las fuerzas mambisas de Antonio Maceo. Fue herido en combate, hecho prisionero y encarcelado luego en España. Al regresar a Cuba, después de culminar la guerra (1898), forma parte de quienes se enfrentan a la Enmienda Platt. Rius Rivera, puertorriqueño, Máximo Gómez, dominicano, y Carlos Roloff, polaco, fueron los únicos extranjeros que por haber combatido por diez años o más en las guerras por la independencia de Cuba podían aspirar a la presidencia de la República de Cuba. Ninguno de ellos se postuló para ello.

Hijo de Máximo Gómez. Murió heroicamente en combate, el 7 de diciembre de 1896, junto a Antonio Maceo, de quien era ayudante.

Había sido periodista, poeta y escritor, y llegó a formar parte durante la guerra en Cuba de la Ayudantía del general en jefe del Ejército Libertador Máximo Gómez. Su deceso se produjo en la Isla de Turiguanó, territorio camagüeyano, en noviembre de 1897, en plena insurrección.

otros viajeros. Inclusive, como refiere el investigador Jorge Duany, «algunos creen que esa migración debe ser considerada como un movimiento interno de población, similar, por ejemplo, a la reubicación de residentes de Nueva York en la Florida, y no como una migración internacional». 115

La crisis económica que atravesó Puerto Rico desde finales del siglo XIX —de donde Cuba importaba todo el café que consumía hasta entonces— ya venía ocasionando un fuerte éxodo de mano de obra hacia países del área, en los que se desarrollaba, también, la economía de plantación.

Se considera que cierta cantidad de puertorriqueños llegó a las costas cubanas en los años de 1870, debido a los efectos negativos de la crisis azucarera que entonces sufría Puerto Rico. Esa corriente migratoria no fue solo hacia Cuba, sino también Santo Domingo, St. Croix, St.Thomas y hasta Hawai, aparte de la sangría neoyorquina. La mencionada crisis se debió a la competencia del azúcar de remolacha que se producía en Europa y a la demanda del azúcar de caña cubano.

En 1887, en plena dominación colonial española, se autorizó la emigración a Cuba de braceros puertorriqueños. Al consignar este hecho, La Gaceta de Puerto Rico dio a conocer la presencia en esa isla de un representante de los hacendados cubanos que necesitaban de dicha fuerza laboral.

Para satisfacer lo anterior, el Secretario del Gobierno General español en Puerto Rico se convertiría en uno de los principales impulsadores de la emigración puertorriqueña hacia Cuba desde mediados del año 1887. ¹¹⁷ Esa actitud estaba destinada a buscar paliativos a problemas sociales mayores y simplemente se hacía de un territorio colonial español a otro similar.

Con el inicio del siglo XX, se fue produciendo un aumento de las salidas de puertorriqueños a Cuba con destino a las minas de la Daiquirí Koper Mines, situadas en la región de Santiago de Cuba. Si el 30 de marzo de 1900 lo hacían 400 boricuas, el 16 de julio de 1901 alcanzaría los 622, todos procedentes de zonas campesinas donde existía un gran desempleo.¹¹⁸

Jorge Duany: «Irse pa'fuera, los modos de vida móviles de los migrantes circulares entre Puerto Rico y los Estados Unidos», en Temas, No. 26, Nueva Época, julio-septiembre de 2000, pp. 40-42.

Antonio Llubers Navarro: «Caribe, azúcar y migración, 1789-1944», EME EME, Estudios Dominicanos, Vol. VII, No. 39, noviembre-diciembre de 1978, p. 28.

Sources for the Study of Puerto Rican Migration, 1879-1930, History Task Force, Centro de Estudios Puertorriqueños, 1982, p. 12. (Gobierno General de la Isa de Puerto Rico, Secretaría. La Gaceta de Puerto Rico, 21 de junio de 1887).

Andrés A. Ramos Mattei: La emigración puertorriqueña hacia el Caribe: 1899-1901, en Historia y Sociedad, Año III, 1990, p. 71.

Sobre esta inmigración se recuerda que varios periodistas boricuas, de visita en Santiago de Cuba, se encontraron en las calles de dicha ciudad con un grupo de compatriotas harapientos, que pedían limosnas para poder subsistir. Luego conocerían que estos hombres contratados para trabajar en las minas de cobre no pudieron resistir la violencia del trabajo y la cantidad de horas diarias a las que se veían obligados a trabajar. Al abandonar sus empleos, los puertorriqueños deambulaban por las calles sin protección social alguna.

Dichos braceros formaron parte, al igual que otros miles de antillanos, del gran mercado de fuerza de trabajo que se abrió con el impetuoso desarrollo agroindustrial azucarero en la mayor de las Antillas, y que se amplió a partir de la aprobación de la Ley del 29 de mayo de 1919, que regulaba las emigraciones de Puerto Rico. De esa manera, Cuba, Venezuela y Nueva York serían los destinos más seleccionados por los puertorriqueños.

El investigador cubano Armando Fernández Soriano, al expresar que fue Puerto Rico quien aportó los primeros contingentes de braceros para la expansión azucarera de las compañías estadounidenses en Cuba, añade con acierto que los puertorri- queños, por su cultura, idioma, idiosincrasia y vínculos históricos, resultaban una mano de obra que era absorbida por la sociedad cubana. El propio autor precisa que en 1903 los Estados Unidos tenían invertidos en Cuba 108 millones de dólares, de ellos el 25% en el sector azucarero, agregando que hacia 1910 «familias puertorriqueñas a centenares emigran para Cuba, para Hawai».

Entre 1901 y 1902, en medio de una crisis que avanzaba por día al perder Puerto Rico los mercados tradicionales en los que había situado su café y su tabaco, y sin producirse la apertura del mercado estadounidense, unos 6 000 puertorriqueños decidieron emigrar a Cuba y República Dominicana, mientras que Hawai recibía 8,000.¹²º Sería un proceso incontenible. Se estima que desde el inicio de la ocupación y dominación estadounidenses, hasta 1944, unos 90 000 puertorriqueños abandonaron su patria con destino a los Estados Unidos.¹²¹ Según el Censo de Población

Armando Fernández Soriano: «La migración puertorriqueña a Cuba (1898-1915). Aproximación a un fenómeno económico-político», Ponencia presentada en el IV Encuentro de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, Bayamo, Provincia Granma, 1983, pp. 22-23.

Ramón Antonio Veras: Migración caribeña, un capítulo haitiano, prólogo de Suzy Castor, Editora Taller, C. por A, República Dominicana, 1985, p. 53.

^{121.} Ídem.

de Cuba de 1970, el 2,3 % de los inmigrantes recepcionados entre 1904 y 1908 correspondieron a puertorriqueños, de un gran total de 178 326.

Sin lugar a dudas, la intervención armada estadounidense, a partir de julio de 1898, el desarrollo del capitalismo agrario, la adquisición o apropiación de las tierras más fértiles por intereses de los Estados Unidos y la propia dominación, fueron causantes no sólo de que Puerto Rico no pudiera convertirse en una república independiente, sino de que miles de sus hijos produjeran una gran diáspora migratoria, principalmente hacia los Estados Unidos, cuyos intereses producen en Puerto Rico una violenta penetración económica, política y cultural, destinada a afianzar su dominio sobre ese territorio. El Caribe, por su parte, comenzaba a adentrarse en el ciclo capitalista de producción.

Cuando no habían transcurrido dos años de la intervención, intereses de Wall Street que correspondían a poderosos capitalistas de Nueva York, Nueva Inglaterra y Filadelfia, aparecían como los principales propietarios en Puerto Rico. En pocos años el control económico, político y social sobre dicha isla caribeña llegó a ser absoluto. La estrategia seguida por los monopolios no tendía a beneficiar a la población puertorriqueña. Por lo contrario, la apropiación de las principales fuentes de recursos naturales originó un mayor desempleo, una migración galopante.

El proceso migratorio de Puerto Rico no dejaría de ser anárquico, como sucedió en el resto de las Antillas. A pesar de los graves problemas socioeconómicos que sufría, se fueron produciendo introducciones de trabajadores de otras Antillas vecinas, en especial inglesas, de donde procedían los «tórtolos» o «cocolos» —también llamados ingleses—, que por lo general, además de su productividad, devengaban bajos salarios, agudizando la situación laboral en la Isla. Ello fue una tónica en el caso de Puerto Rico, ya que en 1898 se reportaba una buena cantidad de braceros de Saint Thomas, Antigua y otras islas. 122

La propaganda para atraer inmigrantes puertorriqueños hacia Cuba fue constante, sobre todo en los primeros años del siglo XX. Así se pueden encontrar numerosos artículos periodísticos publicados tanto en Puerto Rico como en Cuba.

Se valoraba entonces al bracero boricua como un inmigrante que reunía las mayores condiciones, familiarizado con el clima, las costumbres

^{122.} Andrés A. Ramos Mattei: Ob.cit. (en n. 118), p. 72.

y con conocimiento de los cultivos cubanos. Por ello, se insistía en la importación de entre 1,000 o 2,000 para trabajar en la zafra azucarera de 1906. La 8 de noviembre de ese año se autorizó el arribo a Cuba de quinientos puertorriqueños, con el compromiso de regresarlos a su patria, terminado el proceso agro-industrial referido.

Muy bien cotizado estaba el mercado puertorriqueño de fuerza de trabajo disponible. El 30 de octubre de 1906 se conocía de otra salida hacia Cuba de emigrantes boricuas en el vapor Montevideo, procedentes de la jurisdicción de Hatillo, con destino a la finca cafetalera Rangel, en Pinar del Río. Allí, dichos braceros realizaron labores diversas, devengando de 60 a 80 centavos por once horas de trabajo. No trabajarían en la zafra azucarera.

Lo anterior, publicado por el periódico La Corres-pondencia, establecía que la inmigración a Cuba, si bien de derecho no era permitida, de hecho estaba autorizada y consentida.¹²⁴

Hacia el año mencionado, especialistas de Puerto Rico consideraban que, de continuar la emigración con el auge que se presentaba, se produciría un vacío de mano de obra, lo que sería perjudicial en el orden interno, en lo que a la explotación de la tierra se refiere, y en consecuencia provocaría un desequilibrio económico y social en el país.

Este criterio, expuesto en el periódico Águila, de Puerto Rico, con el título «Emigración a Cuba», consideraba como una situación complicada y además contradictoria la posible inmigración de «brazos ajenos» y terminaba sugiriendo establecer un dique a la emigración del trabajador rural puertorriqueño, lo que amenazaba con producir cierta despoblación.

Ese artículo, dado a conocer con motivo de la salida hacia Cuba de 190 braceros rurales, también alertaba de que estos habían sido seducidos por falaces promesas y engañadores espejismos que los llevarían a enfrentar la más dolorosa y triste de las realidades.

Utilizando fuentes cubanas y puertorriqueñas, Fernández Soriano establece que entre 1901 y 1905 arribaron a Cuba 2,111 obreros de Puerto Rico, siendo significativa la cifra del año 1901, que ascendió a 1,000. Dicho

Sources for the Study of Puerto Rican Migration, 1879-1930, History Task Force, ed. cit., pp. 78-79. «Conveniencia de la emigración de nativos de Puerto Rico a Cub», La Correspondencia, Puerto Rico, 18 de octubre de 1905. Carta de Ramiro D. Soto, La Habana, 28 de septiembre de 1905.

^{124.} Ibídem, pp. 80-82. «Emigrantes de Puerto Rico a Cuba: Parece que nuestros paisanos van sin garantías a aquel país», La Correspondencia, 30 de octubre de 1905.

autor comenta ciertas cantidades de puertorriqueños llegados a suelo cubano en otros años, con datos que, como bien dice, no son confiables del todo. De esa manera, se reflejan 597 en el año 1914 y 1,277 en 1916, añadiendo que hay autores que establecen que 3,450 inmigraron en 1919. Sus asentamientos principales se produjeron en el norte de la antigua provincia de Oriente.

Al final de la zafra azucarera del año 1920, se produjeron reclamaciones por parte de las autoridades de Cuba y Puerto Rico a los contratistas de mano de obra de este último país, por violaciones de acuerdos firmados. Es de presumir que entre lo incumplido por los contratistas cubanos estaba la obligación de retornar a Puerto Rico a los braceros puertorriqueños, al terminar sus labores y período de contratación.

Lo sucedido en agosto de 1920, un mes antes de expirar los contratos, parece corroborar la actuación de la parte cubana, ya que unos trescientos braceros de Puerto Rico regresaron a su patria utilizando sus ahorros; y solo cien habían sido repatriados por las vías convenidas. En septiembre de dicho año se informaba que en la mayor de las Antillas quedaba una cantidad similar a la citada anteriormente, o sea, trescientos boricuas.¹²⁶

Esta inmigración, que no fue significativa desde el punto de vista cuantitativo, disminuiría hasta casi desaparecer comenzada la segunda década del siglo XX. Hay constancia de que algunos inmigrantes permanecieron en Cuba, constituyeron familias y dejaron descendencia. Así es la experiencia, entre otras, en el central Preston y sus territorios circundantes, con matrimonios celebrados entre puertorriqueños y cubanas.

En la centuria mencionada la economía de Puerto Rico pasó de una economía caracterizada por la producción familiar para la subsistencia a una economía predominantemente de haciendas.¹²⁷ Hacia 1930, los Estados Unidos tenían invertidos en Puerto Rico 120 millones de dólares, la mayor parte en las industrias agrícolas del azúcar y el tabaco. Dicho territorio retomó su condición de monoproductor, lo que se reafirmó más cuando los Estados Unidos incluyeron el azúcar puertorriqueño en el subsidio tarifario. Esas transformaciones, unidas al tipo de propiedad

Sources for the Study of Puerto Rican Migration, 1879-1930, History Task Force, ed. cit., p. 151.

^{125.} Armando Fernández Soriano: Ob. cit. (en n. 119), pp. 21-22.

Ángel G. Quintero Rivera: «Bases sociales del proyecto nacional populista del Puerto Rico del 40». Presentación ante el II Seminario sobre el Caribe organizado por CENDES, Caracas, 22-26 de septiembre de 1980. p. 94.

de la tierra, produjeron una gran intra-migración de las zonas rurales a las principales ciudades. Así, entre 1920 y 1930 —una de las décadas de más intensa emigración puertorriqueña—, la capital de Puerto Rico, San Juan, vio crecer su población en un 61%, mientras que Río Piedras triplicó esa cifra, al llegar al 180%. Los núcleos urbanos llegaron a crecer más que los rurales, lo que trajo como consecuencia graves problemas de vivienda, empleo y salud.

El gran éxodo de puertorriqueños, que tuvo como fundamental destino la ciudad de Nueva York, sería provocado en primera instancia por los intereses azucareros y los planes geopolíticos militares de los Estados Unidos. Cientos de boricuas fueron expulsados de sus tierras para construir también las bases militares de Vieques, Culebra y otras.

Con el ,transcurrir de los años, en las décadas de 1940 y 1950, la economía de Puerto Rico llegó a transformarse mediante un rápido proceso de cambio. Venció la economía de plantaciones para abrazar la economía manufacturera o industrial.¹²⁹

Como consecuencia de la relación colonia-metrópoli, en 1940 emigraron 70,000 puertorriqueños a los Estados Unidos, mientras que en 1988 lo hicieron 2,000,000, lo que representaba un aproximado del 40 % de la población de la Isla. Después de terminar la Segunda Guerra Mundial, el Caribe llegó a proyectar una de las regiones de mayor migración con destino a aquel país, y también a Inglaterra, Francia, Holanda y Canadá.

De la emigración puertorriqueña a los Estados Unidos se recuerda, por su impacto, el período 1950-1970, cuando se produjo la primera migración de masas por vía aérea en la historia mundial. Aproximadamente 700,000 puertorriqueños migraron a la metrópoli en esos veinte años, siendo muchos de ellos trabajadores no diestros de áreas rurales. Como «la vitrina del capitalismo» era la isla y no los migrantes, aquellos que migraron terminaron en guetos urbanos, con uno de los índices de pobreza más altos en los Estados Unidos.¹³¹

Se reporta que a inicios de la década de los años setenta, la cantidad de puertorriqueños que regresaban a su patria comenzó a ser mayor que el

^{129.} Ibídem, p. 93.

^{128.} Ibídem, p. 106.

J. M. Blaut y Loida Figueroa: Aspectos de la cuestión nacional en Puerto Rico, prólogo de Carlos Gallisá, Editorial Claridad, San Juan, 1988, p. 87.

^{131.} Ramón Grosfoguel: Ob. cit. (en n. 99), p. 243.

de los que partían hacia los Estados Unidos, debido, sobre todo, a los aumentos del salario mínimo en la Isla y a la reestructuración industrial de la ciudad de Nueva York, el centro tradicional de la diáspora puertorriqueña.

La población puertorriqueña en los Estados Unidos al iniciarse la década 1970-1980 fluctuaba entre 1,5 y 2,000 000 de personas. La mayor parte radicaba en Nueva York, representando el 10% de la población total de esa ciudad hacia 1985. Las zonas más beneficiadas con esos emigrantes caribeños eran: Bronx, Brooklyn, Manhattan, Queens y State Island. 132

La emigración desde Puerto Rico a los Estados Unidos se comportó de forma masiva a partir de los años ochenta; al mismo tiempo que continuaba el volumen de retorno, aumentaba la inmigración foránea, y surgía la migración circular como un fenómeno significativo. 133

De la presencia cubana en Puerto Rico se induce un aumento notable entre dos fechas, el año 1940 y 1970. De esa manera, si en 1940 existían allí 307 cubanos, ya en 1970 la cifra se remontaría a 26,000. En este último año, los dominicanos seguían a los cubanos con 10,843. Como dato interesante, es de mencionar que en 1979 la población de Puerto Rico estaba compuesta por un 21% de inmigrantes.¹³⁴

En cuanto a la actividad económica y profesional, el 70,4% de los cubanos laboraba en el sector de los servicios.

De mucho interés resulta conocer que entre los años 1970 y 1979 inmigraron a Puerto Rico 395,500 personas, una cifra sin precedentes en los procesos de esa índole hacia dicha Isla. Esta información, contenida en Los dominicanos en Puerto Rico, migración en la semi-periferia, indica que el 68% de los que arribaron a Puerto Rico en aquel período estuvo integrado por puertorriqueños que decidieron regresar a su patria, un 25% de ascendencia de esa nacionalidad y un 7% de extranjeros, en su mayoría cubanos y dominicanos.¹³⁵

Tomando estadísticas de la Junta de Planificación de Puerto Rico del año 1986, en la obra arriba mencionada se comenta que en la década de 1980 los dominicanos pasaron a ocupar, entre los extranjeros, el primer

_

^{132.} Ramón Antonio Veras: Ob. cit. (en n. 120), p. 56.

^{133.} Jorge Duany: Ob. cit. (en n. 115), p. 40.

Jorge Duany (ed.): Los dominicanos en Puerto Rico. Migración en la semi-periferia, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1990, p. 92. Ver «La migración en una semiperiferia incipiente: Aspectos económicos y socioculturales de la migración en Puerto Rico», de Lanny Thompson.

^{135.} Ídem.

lugar. Las razones de esa inmigración radicaba en el desempleo y los bajos salarios en Quisqueya. Al inicio de esa década, con el censo de 1980, 20,558 dominicanos estaban radicados en Puerto Rico como inmigrantes legales, lo que aumentó a 36,000 en 1988.¹³⁶

Estadísticas aparecidas en *Island Parado Puerto Rico in the 1990* indican que entre 1991 y 1995 la migración neta de Puerto Rico a los Estados Unidos se estimó en 168 475 personas, en comparación con 116 571 en la década de los ochenta.¹³⁷ De igual forma, entre 1994 y 1995 emigraron de Puerto Rico 53 146 personas, y retornaron 18 177.¹³⁸

El censo realizado en Puerto Rico en 1990 reportó que 19,736 personas nacidas en Cuba residían en dicho país, y que otras 2,882, de padres cubanos, habían nacido en esa nación. Un 85% del total de inmigrantes se radicaban entonces en el área metropolitana de San Juan, la capital del país.

Estos datos, aportados por Jorge Duany, de autoridad reconocida en estudios sobre la emigración cubana en Puerto Rico, están contenidos en una encuesta dirigida por él y publicada en su trabajo «Two Wings of the Same Bird? Contemporary Puerto Rican Attitudes toward Cuban Inmigrants». ¹³⁹

Los parámetros en que descansó dicha encuesta fueron los siguientes:

- Describir las actitudes de la población de Puerto Rico hacia los inmigrantes cubanos en los años noventa.
- Comparar esas actitudes con la percepción pública que se tiene de la comunidad cubana en Puerto Rico desde los años sesenta.
- Contrastar la imagen popular de los inmigran-tes cubanos con otras minorías étnicas en Puerto Rico, particularmente dominicanos.
- Conocer la fuerza de la corriente perjudicial y el resentimiento contra la emigración cubana en Puerto Rico.

Como resumen de los datos derivados de la mencionada encuesta, se puede leer lo siguiente:

-

^{136.} İdem.

Ramón Antonio Veras: Ob. cit. (en n. 120), p. 48. El autor toma esta información de Autoridad de Puertos, Oficina de Estudios Económicos (Puerto Rico), Compendio estadístico, San Juan, 1996.

^{138.} Ídem.

Jorge Duany: «Two Wings of the Same Bird? Contemporary Puerto Rican Attitudes toward Cuban Inmigrants», en Cuban Studies, No. 30, pp. 26-5l.

Aunque la mayoría de los inmigrantes cubanos se ha incorporado a los escalones altos y medianos de la estructura socioeconómica de Puerto Rico, aún son percibidos como marginales y a menudo como extranjeros indeseados en muchos sectores. Las investigaciones expuestas en este trabajo escriben y explican las actitudes contemporáneas de los puertorriqueños hacia los inmigrantes cubanos en San Juan. La muestra para este estudio fue obtenida del municipio de San Juan, donde reside la mayoría de la población nacida en Cuba. El resultado de la encuesta documenta la persistencia de percepciones negativas sobre los inmigrantes cubanos en Puerto Rico. Aunque la mayoría de los participantes en la encuesta reconoció la contribución de los inmigrantes a la economía local, especialmente en el comercio y los negocios, muchos creían que los cubanos eran dados al fraude y a la corrupción. Más aún, la encuesta muestra que las contribuciones cubanas a la cultura y la política en Puerto Rico no son conocidas ni valoradas. Por tanto, la imagen pública de los cubanos en Puerto Rico es muy ambivalente: son en gran medida vistos como gentes de negocios astutas y exitosas y, sin embargo, rechazados por lo general como extranjeros agresivos y arrogantes. El estudio concluye que los inmigrantes cubanos no han sido asimilados del todo por la sociedad de Puerto Rico y que los estereotipos negativos continúan configurando sus relaciones con la población nativa. 140

A la vez que distintas inmigraciones de países cercanos, incluyendo Cuba, toman el destino de Puerto Rico, en mayor o menor medida, también desde esta nación se incrementa la emigración caribeña hacia los Estados Unidos. La misma comporta una serie de motivos tradicionales, como el sentimiento de desarraigo, la necesidad de crear una genealogía que le legitime el origen del sujeto entre los territorios y culturas, y los problemas que entraña el aprendizaje de una cultura e idioma nuevos.¹⁴¹

En los comienzos del siglo XXI, la condición de Estado Libre Asociado de Puerto Rico no ha cambiado, sino que se mantiene, a contrapelo de los acuerdos del Comité de Descolonización de las Naciones Unidas sobre su estatus de territorio colonial.

Junto a las fuerzas progresistas, incluidos en ellas prestigiosos intelectuales, el pueblo de Puerto Rico lucha por su plena independencia. Frente a la imposición del idioma inglés, considerado invasor y hegemónico,

_

^{140.} Ídem.

Yolanda Martínez San Miguel: «Cartografías pancaribeñas: Representaciones culturales de los enclaves caribeños en Puerto Rico y Estados Unidos», en Revista de Estudios Hispánicos, Año XXV, No. 1-2, 1998, p. 74.

mediante ley en 1902, se lucha abiertamente para que no desaparezca allí el idioma de Cervantes, o lo que es igual, parte fundamental de la cultura propia. Sin lugar a dudas, la equiparación del idioma inglés como idioma oficial de Puerto Rico responde a una política de penetración y asimilación cultural de la población boricua, impuesta por los Estados Unidos.

Es una realidad inobjetable el hecho de que Puerto Rico se ha convertido en «una nación en movimiento», debido, sobre todo, a la reubicación de casi la mitad de su población en los Estados Unidos y al constante flujo de personas entre la Isla y el Continente. Esto último se produce entre los hombres, las personas de edad, los que tienen mayor educación y los obreros relativamente calificados. 143

Haití

Históricamente, uno de los territorios caribeños y latinoamericanos que más ha sufrido el atraso, la miseria, el analfabetismo y el abandono ha sido Haití —nombre aborigen de Saint Domingue, que se restableció con el triunfo de la Revolución, el 1 de enero de 1804—. Considerado en estos momentos como el país más pobre de la región, esa nación, sin embargo, posee una excepcional importancia histórica, no solamente para ese territorio, sino para el resto del Caribe, después de aquella noche del 14 de agosto de 1791 cuando miles de africanos y descendientes esclavizados iniciaron la insurrección armada para obtener la plena liberación del dominio de sus amos.¹⁴⁴

Resulta contradictorio que a la primera nación en obtener su independencia en la región del Caribe y América Latina, después de una larga lucha contra la ocupación francesa y tras realizar la hazaña de vencer a los más experimentados ejércitos napoleónicos, no se le recuerde por la grandeza de lo que aquel hecho histórico significó, sino, lamentablemente, por haber tenido en su seno a cerca de 500,000 seres humanos procedentes

Digna Castañeda Fuentes: «La batalla de Vertièrres: momento de viraje histórico», Conferencia ofrecida por la autora en el Movimiento Cubano por la Paz y la Soberanía de los Pueblos, La Habana, 18 de noviembre del 2003.

^{142.} Jorge Duany: Ob. cit. (en n. 115), p. 40.

^{143.} Ibídem, p. 43.

Ellos se incorporarían, decisivamente, a la rebelión de Saint Dominigue que después se conocerá como la Revolución de Haití. Fue un proceso que se inicio el 22 de agosto de 1791 y culminó el 1

de África, en condición de esclavos. 145 Con relación a esto, algo es muy cierto: «En Jamaica, Barbados, Martinica, Guadalupe —en todas las Antillas—, los europeos se hicieron ricos con el trabajo de los esclavos pero no tanto como en Haití». 146

Fueron estos esclavos, y no las enfermedades tropicales, los que hicieron la hazaña de vencer a las tropas napoleónicas, expulsándolas de la colonia más rica de Francia. Fueron victorias trascendentes encabezadas por hombres como Toussaint Louverture, que de simple esclavo brilló como uno de los grandes militares de su tiempo.

La Revolución de Haití «fue el primer y magno acontecimiento en que el Caribe apareció del todo como actor en el planeta. Y fue el pórtico de la independencia de nuestra América», ¹⁴⁷ con la alianza de esclavos y afranchis (libertos) —la parte oeste de la isla de la Española mostraba la más estrecha y dependiente relación con su metrópoli—. ¹⁴⁸ Entonces, como refiere Germán Arciniegas, «Haití da vida a Marsella, Burdeos, Nantes. A sus puertos llegan, 1,500 buques en el año. En las 750 naves que están destinadas exclusivamente al comercio con Haití, trabajan 24,000 marinos». ¹⁴⁹

De igual forma, en Burdeos existían dieciséis fábricas destinadas a refinar el azúcar crudo producido en el territorio haitiano —también se hacía en Nantes, Marsella, Dieppe y Orleans—, en la que los comerciantes de Nantes tenían grandes inversiones. En Normandía se hilaba el algodón de Haití. Por si fuera poco, todo el chocolate que se tomaba en Francia se hacía con cacao de Haití. En resumen, para entonces se calculaba que el

de enero de 1804. Ese día, el general en jefe Jean-Jacques Dessalines declaró la independencia de Haití, así como la abolición de la esclavitud y la trata negrera.

José Antonio Benítez: Las Antillas: colonización, azúcar e imperialismo, Casas de las Américas, La Habana, 1977, p. 178.

Roberto Fernández Retamar, versión de la conferencia magistral pronunciada en la Sala Che Guevara de la Casa de las Américas, el 26 de septiembre de 2003, al constituirse en Cuba, en acto oficial, la Comisión Nacional encargada de organizar el Bicentenario de la independencia de Haití. En La Revolución de Haití en su bicentenario, Oficina del Programa Martiano, La Habana, 2004, p. 12.

La gente de color o libertos —gens de couleur o affranchis—, sector social integrado fundamentalmente por mulatos y algunos negros, constituía el grupo más dinámico de la sociedad colonial, pues, en la medida en que estaban amparados en el Código Negro, llegaron a poseer la tercera parte de toda la riqueza de la colonia y sus hijos una vasta cultura. Sin embargo, dado su origen étnico, estaban impedidos de acceder a todos los derechos ciudadanos. Cuando se inicia la Revolución antiesclavista en Saint Domingue, existían unos 28 000 affranchis.

¹⁴⁹ Germán Arciniegas: Biografía del Caribe, Editorial Sudamericana, S. A., Barcelona, 1966, p. 288.

20% de la población francesa, de unos 27,000,000 de habitantes, se hallaba involucrada en el comercio con Haití. ¹⁵⁰ Sin embargo por decisión del gobierno central de Francia, Haití se veía obligado a importar los productos alimenticios necesarios para la población, como parte de una política agraria colonialista.

En la conjugación trabajo esclavo-azúcar no se debe perder de vista cómo en los dominios del «Rey azúcar» —Barbados, segunda mitad del siglo XVII; Martinica, mediados del siglo XVIII; colonia francesa de Saint Domingue, siglo XVIII; v Cuba, siglo XIX—, el proceso se desenvolvía en condiciones de una gran concentración de capitales y de tierra, de trabajo y producción intensos y mediante la participación de numerosa mano de obra negra. 151 Por supuesto, el proceso socioeconómico en esas islas depende del tipo de producción dominante en las mismas.

Por otra parte, la presencia franco-haitiana o haitiana en Cuba como consecuencia del movimiento migratorio que produjo el proceso revolucionario en Haití— es la más antigua de todas las inmigraciones caribeñas y en especial del resto de las Antillas mayores. Este proceso, que se inicia al estallar la Revolución Haitiana, ocasionaría, en diferentes etapas, una impresionante ola de emigrantes, cuya cantidad no ha sido posible precisar hasta nuestros días. Los estimados de diferentes autores fluctúan entre 15,000 y 30,000 los llegados a Cuba. El gran éxodo de Saint Domingue resultó impactante. Los que decidieron emigrar buscando la cercanía, tomaron rumbo a Cuba, pero también a Nueva Orleans, Jamaica y otros parajes. Los sistemas montañosos de la zona oriental y de Pinar del Río, respectivamente, fueron los seleccionados durante los años en que duró el proceso de la citada revolución, o sea, entre 1791 y 1804.

Cientos de franceses, algunos de los cuales pudieron traer a sus esclavos, se fueron asentando en la ciudad de Santiago de Cuba, en zonas despobladas del oriente cubano y de manera particular en las montañas de la Sierra Maestra. La procedencia fue variada. Si bien una parte significativa de los blancos llegados había nacido en Haití, otra buena cantidad era de territorios de la Francia continental, como Bearn, Bretaña, Normandía y Picardía. Otros de Anjou, Poitou y Gascuña. 152 Debieron emprender un

^{150.} Patrick Bellegarde-Smith: Haití, la ciudadela vulnerada, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2004, p. 54.

^{151.} Cf. Gérard Pierre-Charles: El Caribe a la hora de Cuba, Casa de las Américas, La Habana, 1981, p. 17. Carlos Padrón: «Índice de franceses en el suroriente de Cuba», en Del Caribe, No. 23, 1994, p. 84.

largo y agotador trabajo, especialmente hecho por los esclavos, de talar bosques o desbrozar montes con el fin de sembrar el cafeto.

Sin lugar a dudas, y como refiere el investigador Carlos Padrón, «La irrupción de los franco-haitianos removió hasta los cimientos ese clima apacible» que existía en la región de Santiago de Cuba, para añadir que el «impacto sociocultural que significó la llegada en solo dieciséis años, de veinte mil personas con costumbres y hábitos distintos, alteró todas las estructuras». Para los propios inmigrantes referidos, afirma Padrón, el trauma no pudo ser menor: «habían sido trasplantados violentamente de la colonia más floreciente del Caribe a una de las más atrasadas». Cuba y su burguesía azucarera llegaron a suplir a Haití y la producción de ese renglón en el mercado internacional, realizando una impresionante expansión industrial-azucarera, lo cual sucedió también con el café.

Muy bien sintetizado por Antonio Lluberes Navarro, en lo que respecta a la economía, la sociedad y la cultura cubanas debemos valorar de altamente significativo «el aporte haitiano».

Con el transcurrir de los años, la migración procedente de Haití haría una alta contribución a la sociedad de Santiago de Cuba en materia cultural y económica. Fue uno de los procesos migratorios más interesantes y dinámicos de los acontecidos en Cuba.

En esa migración estaban presentes las más variadas ocupaciones profesionales y artísticas y los más disímiles oficios. Predominaban entre ellos quienes tenían el dominio de las técnicas más modernas del cultivo del café. De hecho, los emigrados del Santo Domingo francés, en su relación migratoria con Cuba, mostraron distintos ciclos. Si bien Cuba fue el destino inmediato de miles de ellos durante la Revolución Haitiana y después con la derrota de los ejércitos napoleónicos, muchos prefirieron dirigirse a la Louisiana. De aquí, y posteriormente, una cantidad de estos se ubicaría en el occidente de Cuba al pasar Francia dicho territorio a los Estados Unidos, en 1803.

Esa cuantiosa migración a Cuba sufrirá una parálisis después de que se constituyera el 110. de enero de 1804 la República Haitiana, la primera república negra en el Continente americano en alcanzar la independencia.

Poco más de un siglo después, y entre los años 1906 y 1931, se produciría, según las estadísticas oficiales, otro fenómeno migratorio haitiano, el cual ascendió a 190,255 personas, sin contar las inmensas cantidades que llegarían a la mayor de las Antillas por vía no oficial o clandestina.

Fue un intenso período en que se abría paso, de manera incontenible, la implantación del modelo capitalista en Cuba, al mismo tiempo que las migraciones procedentes de España, Haití y Jamaica se presentaban en la vida cubana como las más numerosas. Ahora el móvil se centraba en la necesidad de una fuerza de trabajo barata, capaz de trabajar en las más difíciles condiciones y sometida a las ambiciosas inversiones del capital monopolista estadounidense en la industria azucarera.

Encasillar las primeras entradas de braceros haitianos en Cuba a partir del Decreto-Ley aprobado por el gobierno de José Miguel Gómez, en 1913, resulta erróneo, ya que, por investigaciones realizadas, hacia 1909 ya existía un considerable movimiento migratorio ilegal de braceros haitianos por las costas de la región de Guantánamo, calculándose entonces entre diez o doce mil, según información ofrecida por el Cónsul de Cuba en la capital de Haití, quien llamaba a tomar medidas contra ese tipo de migración. ¹⁵³

Papel deleznable desempeñaron altos cargos militares estadounidenses durante la ocupación de los Estados Unidos de Haití (1915-1934), al estimular, en beneficio propio, la migración haitiana hacia Cuba. Muchos de aquellos, al igual que los contratistas, se convirtieron en activos traficantes de seres humanos y obtuvieron ilimitadas ganancias. Las secuelas de esa ocupación no pudieron ser más graves. Entre otras, unos 300,000 campesinos —cifra conservadora— se vieron forzados a emigrar a Cuba y República Dominicana en busca de trabajo. Por otro lado, cientos de miles de acres de la mejor tierra fueron a engrosar el sustento del poderío económico de los monopolios estadounidenses.

La situación migratoria de Haití sería, con el transcurrir de los años y hasta el presente, una de las más numerosas del Caribe y América Latina. La fuerza laboral haitiana, una de las peor pagadas en la región caribeña, se ha convertido en el recurso principal de ese país. La cierta cercanía al territorio estadounidense y la mano de obra barata son dos aspectos que han beneficiado los intereses económicos de las corporaciones en los Estados Unidos.

El inmigrante haitiano, como ningún otro antillano, sufrió los rigores del racismo y de la exclusión en la Cuba de entonces. Además, jamás contó con la ayuda moral y económica que en alguna medida tuvieron otros inmigrantes caribeños que poseían la condición de súbditos ingleses. El corte de la caña de azúcar, con los fuertes rayos solares desde la

2 1 10

José Cernicharo: «Oriente: Fuerza de trabajo nativa e inmigración ilegal haitiana, 1899-1913», en Del Caribe, No. 23, 1994, p. 96.

mañana hasta la puesta del sol, y su gran cuota de sudor y esfuerzo físico, estaba reservado, en su inmensa mayoría, para los braceros haitianos.

Ellos llegaban a Cuba con un objetivo similar al de otros del Caribe, como los procedentes de las Antillas inglesas, francesas y holandesas; o sea, obtener ahorros suficientes para regresar a su país. Abandonaban a sus seres queridos, intentando mejorar las condiciones económicas en que vivían.

Si los caribeños anglófonos se concentraban, por lo general, en los alrededores de los centrales azucareros, los haitianos fueron, por el contrario, nómadas, moviéndose entre las tierras de Camagüey y Oriente, tratando de localizar fuentes de subsistencia. Llegaban a Cuba, fundamentalmente, a través de los puertos de Santiago de Cuba, Nipe y Nuevitas. Eran originarios de disímiles puntos de Haití, como Jérémies, Port Salud, Les Cayes, Aquen, Caballón, Saint Louis Sud y Ouanaminthe.¹⁵⁴

La alimentación del bracero haitiano, debido a su bajo poder adquisitivo, podía tener alguna variante, pero por lo general consistía en harina, boniato, arenque y bacalao. En pequeños espacios de tierra pegados a los barracones en que vivían, se las ingeniaban para sembrar yuca, calabaza, ñame y boniato, con los que se autoabastecían. Por otra parte, acostumbraban poseer durante meses, solamente, una muda de ropa. En sus hamacas de sacos de henequén, donde dormían, colgaban su típico jolongo, al lado del machete y la lima para afilar este instrumento de trabajo. En ese jolongo que llevaban de un lugar a otro guardaban sus pocas pertenencias, y quizás una güira con un corcho como tapa, en lugar de un porrón de agua.

Durante décadas fue común encontrar a decenas de miles de braceros haitianos trabajando en el corte, alza, tiro y limpieza de la caña, en la preparación de tierras, pero también en las cuadrillas de reparaciones ferroviarias del campo y en otros oficios, aunque en escasa cantidad, como el de la jardinería. No se debe olvidar que al terminar cada zafra azucarera venía el tiempo muerto, en que como una larga procesión, o marcha, iban los haitianos rumbo a los cafetales orientales en busca de un sustento.

Sus enfermedades las trataban de curar con hierbas, en ausencia de médicos y medicinas, a los que no podían acceder. Por esa época, teniendo en cuenta dónde radicaba la mayor concentración de haitianos, el gobierno de Haití mantenía consulados en Nuevitas, Camagüey, y en Santiago

137

Miguel Nevet Resma y Anaima S. de la Rosa: Kote ou bouke má pote. Cultura haitiana en Esmeralda, Editorial Ácana, Camagüey, 2002, p. 17.

de Cuba, Guantánamo, Manzanillo y Puerto Padre, Oriente. Se produjeron muchos compromisos con contratistas y autoridades oficiales cubanas a costa del bracero haitiano y en beneficio de los cónsules, que devengaban cantidades sustanciales a su favor. Más se preocuparon de esto que de proteger a sus nacionales.

El haitiano era el bracero más desprotegido. Analfabetos en su inmensa mayoría, ¹⁵⁵ se les pagaba de menos en el efectivo, se les engañaba con los reportes de caña cortada, se les se esquilmaba inmisericordemente en la cantina o en la bodega del barracón. Eran víctimas del robo en la calidad del pesaje y el precio del producto que debían comprar para subsistir. El haitiano, como el jamaicano y otros de la islas menores de habla inglesa —salvo excepciones—, no entendía el español, por lo que robarles o engañarlos era más recurrente en las tierras de los ingenios donde ellos adquirían distintos artículos. En general, el pago por su labor se hacía mediante vales o cupones con los que pagaban el importe de lo adquirido. Todo quedaba en el circuito controlado por las autoridades del central.

Si bien estas prácticas no se podían ver como una regla para todos los centrales azucareros, así funcionó en muchos de los situados en los territorios de Camagüey y Oriente.

Es de resaltar que hubo cierta cantidad de haitianos que pudieron regresar a su patria con sus ahorros para poder vivir en condiciones mejores que cuando la abandonaron. A estos se les llamaba «viejos», por los años que habían trabajado en Cuba. En Haití se sentía cierto desprecio por los que llegaban de Cuba sin ahorros, calificándoseles de frustrados o arruinados.

Un tema importante es la participación activa de los obreros haitianos en las luchas sociales y sindicales durante su permanencia en Cuba, lo cual les sirvió de experiencia en la lucha de clases que posteriormente algunos de ellos protagonizarían en sus respectivas naciones caribeñas.

El investigador cubano Jorge Ibarra expone ejemplos tácitos de esa actuación haitiana: «Así las manifestaciones y huelgas nacionalistas de repudio a la ocupación norteamericana y al presidente Borno, se nutrieron en gran parte de braceros que habían trabajado en Cuba». 156

Jesús Guanche: «Conflicto bélico e inmigración», en Debates Americanos, No. 7-8, enero-diciembre de 1999, p. 35. El autor precisa en su investigación que uno de cada diez jamaicanos era analfabeto, mientras que ocho de cada diez haitianos no sabían leer ni escribir.

Jorge Ibarra: «La inmigración antillana. ¿Desproletarización y desnacionalización del proletariado cubano o aceleración de las contradicciones sociales? ¿Disgregación y marginaliza-ción del

Si bien es cierto que la inmensa mayoría de los braceros antillanos sufrió los más disímiles avatares en Cuba, también hubo sus excepciones. Una de esas fue el caso de Antonio Urbina Fajardo, quien nació en Portau-Prince en 1880 y después de su arribo en 1915 llegó a ser un funcionario con un salario promedio de 554,64 pesos mensuales, bastante alto para entonces, en el central Preston.

Era Urbina quien atendía los innumerables contratos que se hacían para importar a miles de braceros con destino a la agricultura y a la industria azucareras. Su experiencia y autoridad propiciaron que con el tiempo se convirtiera en agente de aduana y representante de la Pan American. Su posición laboral le permitió vivir en el barrio Avenida de Nipe, considerado exclusivo para los empleados y ejecutivos de mayor nivel del central Preston. Allí residió, con su esposa, una cubana nacida en Santiago de Cuba, y con sus seis hijos.¹⁵⁷

Fue una realidad que, a diferencia de los jamaicanos, los haitianos no alcanzaran un mayor ascenso en la sociedad cubana. Los primeros o sus descendientes fueron propietarios de comercios, fundaron escuelas u obtuvieron títulos de doctores o ingenieros. Por el contrario, los haitianos carecieron de instituciones culturales o escuelas. Muy pocos pasarían del nivel de miseria, cuando más asalariado.

La situación económica, social y política de Haití transcurrió en la más completa inestabilidad, la que perdura, lamentablemente, en los tiempos actuales. La emigración continuó y continúa siendo una de las vías principales para la subsistencia individual y familiar. La migración hacia República Dominicana nunca se ha detenido, por momentos son de grandes oleadas. Para el año 2001 se estimaba que el 90% de la mano de obra de la industria azucarera en dicho país era haitiana, mientras en la cosecha cafetalera representaba el 30 %. 158

Mientras cientos de dominicanos exponen anualmente sus vidas para llegar a Puerto Rico, utilizando frágiles embarcaciones, tratando de

antillano o progresista integración de éste en las luchas de la clase obrera?» Ponencia presentada en el IV Encuentro de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, Bayamo, 1983, p. 29.

Julio César Urbina Hernán: «Desde los confines del mundo desde 1898 hasta Preston, hoy Guatemala», en V Encuentro Nacional de Patrimonio Nacional Azucarero, Trabajo Etnológico, octubre 2004, Patrimonio Guatemala (Preston), MINAZ, Holguín, Cuba, p. 76-81.

Ernesto Rodríguez Chávez: «Migración internacional y desarrollo en el Gran Caribe», en Temas, No. 26, julio-septiembre de 2001, p. 20. (Citando a Anthony Maingot, en su obra «Todos los caminos llevan al Norte: crisis económica y migraciones en el Caribe»).

cruzar el Canal de la Mona, también los haitianos hacen algo parecido, pero para llegar a los Estados Unidos, de cuyas costas los separan cientos de millas náuticas.

Se han hecho cálculos de diferentes etapas para mostrar, aunque no con certeza, los haitianos que llegan al objetivo mencionado. Por ejemplo, las restricciones migratorias estadounidenses con respecto a los haitianos hicieron que se estimularan las salidas ilegales hacia los Estados Unidos. De esa manera, entre 1977 y 1981 llegaron allí entre 50,000 y 70 000 haitianos. Según el Proyecto IMILA de CELADE, en la población censada en los Estados Unidos y nacida en el Caribe, se conoce que en 1970 existían en dicho país 28 026 haitianos; 92,395 en 1980 y 225,393 en 1990. No se cuentan los descendientes nacidos en la referida nación.

El proceso migratorio haitiano hacia Canadá y de manera particular Montreal, en la provincia de Quebec, se ha manifestado de manera distinta al relacionado con los antillanos anglófonos. Si bien en los años sesenta llegaban al citado destino, en su mayoría, profesionales y personas de alto nivel cultural o académico, esto cambiaría a partir de 1980, cuando se empieza a producir un gran éxodo haitiano, en lo fundamental de zonas rurales, debido a los períodos de convulsa situación política y social que ha vivido y vive Haití.

Fue la década en que la emigración de Haití fue utilizada políticamente por el presidente de Haití, el dictador Jean Claude Duvalier, quien solicitó al gobierno estadounidense, y recibió el apoyo, para que se admitieran en el territorio de los Estados Unidos grandes contingentes de haitianos, buscando evitar explosiones sociales y controlar el orden interno.

Precisamente en esos años se considera que la emigración haitiana hacia los Estados Unidos aumentó en un 150%, en comparación con
la década anterior. Los integrantes de aquella radican en la Florida, así
como en Nueva York, Nueva Jersey, Boston y Chicago. Por lo general, y
así sucede en Montreal, los haitianos que carecen de profesión tratan de
subsistir, en un alto por ciento, trabajando como taxistas al poco tiempo
de arribar. Con el tiempo quizás pueden tener algún que otro comercio
minorista. Otros, los menos, pueden llegar a trabajar, si son profesionales,
en diversas instituciones, en calidad de médicos, profesores, etc.

^{159.} Ramón Grosfoguel: Ob. cit. (en n. 99), p. 248.

^{160.} Ibídem, p. 20.

En el año 2004 se reportaba que un millón y medio de haitianos se hallaba en la emigración. De esa cantidad, que representaba la quinta parte de los habitantes en Haití, la mayoría se podía localizar —y eso no ha variado— en los Estados Unidos, donde hay aproximadamente un millón. El resto, en República Dominicana —una de las tendencias más mantenidas a través de los años, laborando en las cosechas del Norte y Oeste del país— y Canadá, particularmente en Montreal y Quebec. De igual manera, los haitianos se hallan entre los emigrantes caribeños de más presencia en las Bahamas, en una cantidad que se calcula en unos 50,000, la mayoría en condición de ilegales. Se estima en más de mil millones de dólares el monto anual de las remesas de los emigrantes haitianos a sus familiares, cantidad que representa el 17% del Producto Interno Bruto de dicho país.¹⁶¹

La más grande contradicción con respecto a Haití fue ver, año tras año, cómo la colonia más rica de Francia en Ultramar en el siglo XVIII fue cayendo en los niveles insospechados de miseria, subdesarrollo, analfabetismo, desempleo y falta de las más elementales atenciones sanitarias de su población. Lejos o en el olvido quedaba el valioso aporte haitiano en materia de experiencia y tecnología que brindara a Cuba, a finales del siglo XVIII, en el desarrollo de la caña de azúcar y el café. Al comenzar el año 2006, se consideraba que el 80% de sus habitantes vivía por debajo de los índices de pobreza, con una esperanza de vida que no supera los cincuenta años y con una vertiginosa pandemia del VIH-SIDA. Un cuadro desolador.

Su cada vez más depauperada economía profundiza la condición de Haití como país importador de productos indispensables para la alimentación humana. Por ejemplo, si en 1961 dicho país sólo adquirió en el mercado internacional un 7% de sus necesidades de cereales, en 2001 esa dependencia alcanzó el 60,21%, habiendo alcanzado en el 2000 el 74,3%. 162

Durante décadas y todavía hasta el presente, «Haití es el país más pobre de América Latina y uno de los más pobres del mundo. Entre 1930 y 1980 experimentó un descenso gradual de la calidad de vida, un empeoramiento de la calidad de la tierra con un alarmante crecimiento de la erosión del suelo en todo el país y un espectacular crecimiento de la

^{161.} Patrick Bellegarde-Smith: Ob. cit. (en n. 150), pp. 168-169.

Luz María Espinosa Cortés: «Dependencia en inseguridad alimentaria en el Caribe», en Temas, Nueva Época, No. 41-42, enero- junio de 2005, p. 156.

población, que pasó de 2,5 aproximadamente a 6 millones de personas». ¹⁶³ Esta lamentable situación por la cual atraviesa Haití no avisora una solución a corto plazo. Por lo tanto, la emigración tiende a continuar, con preferencia a los Estados Unidos, desangrando a un nación que ha perdido por esa vía el 85% de sus profesionales y técnicos. ¹⁶⁴

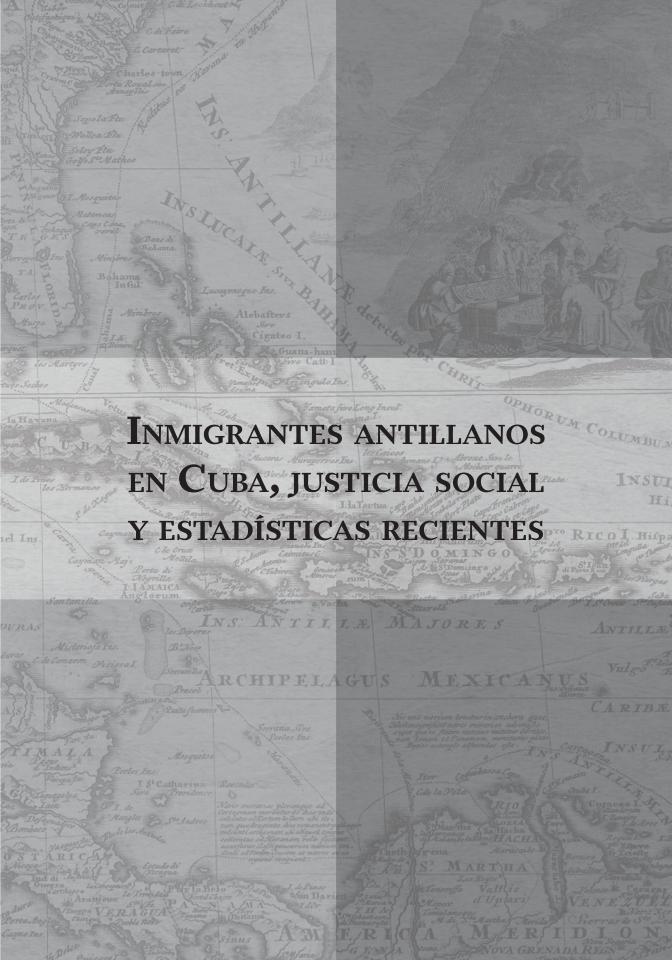
Sin embargo, en contraste con la política migratoria excluyente que practica los Estados Unidos con la Ley de Ajuste Cubano, constituye un estímulo migratorio para aquellos residentes en la mayor de las Antillas que se disponen a llegar a las costas de ese país, a expensas de sus propias vidas. Para los haitianos no funciona así. Dicha Ley es un privilegio migratorio para los cubanos por encima otros emigrantes en el mundo con relación a los Estados Unidos.

Mientras los cubanos que tocan tierra estadounidense no solo pueden permanecer, sino que reciben permiso de trabajo y obtienen la residencia de manera automática, al año y un día de su arribo, todo migrante haitiano indocumentado interceptado por las autoridades estadounidenses en el mar o al tocar tierra es obligado a ser repatriado sobre la base de un convenio migratorio entre los Estados Unidos y Haití de 1891.

-

Adela Pellegrino: Ob. cit. (en n. 3), p. 60.

Hebert Pérez Concepción: «Introducción al Caribe», AA.VV.: Pensar el Caribe, cinco ensayos de interpretación de la región caribeña, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2004, p. 48.



Inmigrantes antillanos en Cuba, justicia social y estadísticas recientes

El tránsito o la permanencia en Cuba de más de un cuarto de millón de braceros antillanos —arribados a Cuba durante los treinta primeros años del siglo xx fundamentalmente para trabajos agrícolas e industriales de la caña de azúcar—, aconteció en medio de graves problemas sociales y económicos que la República instaurada en el año 1902 no estaba en condiciones de resolver, lo que afectaba, igualmente, a la población cubana.

Tanto el presente como el futuro de aquellos inmigrantes que habían decidido asentarse en la mayor de las Antillas resultaron sumamente inciertos.

A las fuentes de trabajo inseguras, y con pésimas condiciones de vida o de trabajo, se unía el hecho de no estar amparado por un sistema de seguridad social, el cual no existió hasta después del año 1959. En todos esos años predominó una gran anarquía institucional en cuanto a la atención de esta importante materia del derecho laboral.¹

Los braceros antillanos, y más aún los haitianos, recibieron de los latifundistas cubanos, de la Guardia Rural y de las compañías estadounidenses, el trato más cruel, discriminatorio e inhumano, teniendo como centro la explotación más inicua y la pobreza extrema.

Aplicando el concepto humanista y de agradecimiento por el sacrificio realizado durante su vida laboral en Cuba, el Gobierno Revolucionario determinó que los inmigrantes caribeños que ya no trabajaban fueran tomados en consideración para obtener, en igualdad de condiciones, como cualquier cubano, los beneficios de la seguridad social. De acuerdo al censo realizado en 1966, vivían en Cuba unos 28,000 braceros antillanos, los cuales estaban distribuidos, mayoritariamente, en las provincias de Camagüey y Oriente.

Francisco Travieso Damas: Sistema de Seguridad Social en Cuba, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social de Cuba, La Habana, 2003, p. 3. El autor de esa publicación fue Director General del Instituto Nacional de Seguridad Social de Cuba, entre los años 2002 y 2005.

Mediante la Resolución No. 202 del 28 de octubre de 1967, del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, más de siete mil braceros antillanos, que ya no laboraban, resultaron beneficiados con «una prestación monetaria adicional a los beneficios que por atención médica hospitalaria, de asilo u otros recibieran del Ministerio de Salud Pública. La cuantía de la prestación fue fijada en una cuantía uniforme de 40 pesos mensuales, aumentada en 1969 a 60 pesos».²

El texto de la Resolución 202, es el siguiente:

Resolución No. 202 del Ministerio de Trabajo, 28 de octubre de 1967

POR CUANTO: Los monopolios azucareros imperialistas y los ricos hacendados reeditaron en el siglo xx la abolida trata de esclavos de los siglos anteriores, a través de la importación de centenares de miles de hombres que provenientes de Haití, Jamaica y las Antillas Menores eran arrojados a los cañaverales en virtual condición de siervos.

POR CUANTO: Estos trabajadores fueron esquilmados inmisericordemente y vejados y discriminados por su triple condición de peones agrícolas, negros y extranjeros, para lo cual se confabulaban criminalmente magnates azucareros, gobernantes y guardias rurales.

POR CUANTO: Durante medio siglo más de un cuarto de millón de trabajadores extranjeros en sucesivos contingentes participaron de la zafra azucarera, la cosecha de café y otras labores agrícolas, devengando salarios misérrimos aún más bajos que los que percibían los trabajadores cubanos, viviendo en condiciones infrahumanas, privados de todo derecho y de todo amparo, merced a la arbitrariedad del mayoral, la estafa del tendero, el plan de machete de la guardia rural y la amenaza constante de ser totalmente despojados y reembarcados a su país de origen donde las condiciones imperantes eran similarmente insoportables.

POR CUANTO: Con el sudor y el sacrificio de estos desdichados inmigrantes, amasaron fabulosas fortunas hacendados, terratenientes y gobernantes.

POR CUANTO: Al triunfar la Revolución, abolir la explotación del hombre por el hombre, la discriminación racial y nacional, estos trabajadores

_

² Félix Argüelles Valcárcel: La seguridad social en Cuba, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989, pp. 21-22.

inmigrantes devinieron hombres libres plenamente iguales que sus hermanos los trabajadores cubanos en una sociedad socialista.

POR CUANTO: La mayoría de estos trabajadores por razón de edad y condiciones físicas no pueden proseguir en forma estable aportando su valioso esfuerzo a la producción agropecuaria y no reúnen todos los requisitos de la vigente Ley 1100 de Seguridad Social para ser amparados por ese régimen legal, se hace necesario dictar las medidas oportunas para que los mismos disfruten de una prestación de seguridad social a largo plazo, al mismo tiempo que se les permita que en la medida de sus posibilidades participen eventualmente en dichas labores.

POR TANTO: En uso de las facultades que me están conferidas,

RESUELVO:

PRIMERO: Disponer que por la Dirección de Seguridad Social se otorgue a los trabajadores haitianos, jamaicanos y de las Antillas Menores a que se refiere esta Resolución, una prestación de seguridad social a largo plazo por las causales expuestas en la misma, en la cuantía de CUARENTA PESOS (\$40,00) mensuales aunque no reúnan todos los requisitos de la Ley 1100 del 27 de marzo de 1963.

SEGUNDO: La cuantía de esta prestación no se verá afectada por los beneficios de atención médica, hospitalaria, de asilo y otros que brinda el Ministerio de Salud Pública.

TERCERO: Las prestaciones que se concedan a tenor de esta Resolución quedan sujetas a las disposiciones de la Ley 1100 del 27 de marzo de 1963, en cuanto al régimen de limitaciones y de cuantía, transmisiones por causa de muerte, suspensión, modificación y extinción, quedando autorizados sus beneficiarios para que en la medida de sus posibilidades participen eventualmente en las labores de producción agropecuarias, sin perjuicio de continuar percibiendo la prestación.

CUARTO: La Dirección de Seguridad Social de este Ministerio queda encargada del cumplimiento de lo dispuesto en la presente Resolución, autorizándosele para que dicte las medidas administrativas necesarias a esos fines.

QUINTO: Publíquese en la Gaceta Oficial de la República para general conocimiento.

DADA en La Habana, Ministerio del Trabajo, a 28 de octubre de 1967

Capitán Jorge Risquet Valdés

Ministro del Trabajo

En 1975 el número de casos resueltos de jubilaciones concedidas a los braceros antillanos residentes en Cuba, ascendió a 7,061 con los beneficios de la Ley 110,³ con la que se estableció el primer sistema integral de seguridad social en la mayor de las Antillas. Desde su puesta en vigencia el 1 de mayo de 1963 en un sistema armónico y coherente de protección social a partir de los principios de solidaridad, universalidad, comprensividad e integridad.⁴

Después de entrar en vigor la Resolución No. 202 se hicieron varios incrementos de alrededor de veinte pesos para cada inmigrante.

El 31 de marzo de 2005 se anunció el aumento de las pensiones menores de cien pesos a un total de ciento cincuenta, lo cual se puso en vigor a partir del 1 de mayo del citado año. Por supuesto, ese nuevo beneficio también incluyó a los inmigrantes antillanos.

Llama la atención que de los inmigrantes que llegaron a Cuba para trabajar en las labores de las zafras azucareras y otros oficios, durante las tres primeras décadas del siglo XX, los más longevos de Cuba, según el censo de población del año 2002, son de procedencia haitiana acogidos después a la ciudadanía cubana.

Dado a conocer como la persona más anciana de Cuba, Benito Martínez Abogán, nacido en la montaña de Caballón, en Haití, contaba con 124 años al fallecer en el año 2006. Era uno de los veintiún haitianos con un siglo o más de edad que viven en Cuba, muchos de los cuales en la provincia de Ciego de Ávila.⁵

Importante es mencionar que en los resultados del censo de población referido⁶ y que reportó la existencia de 11,177,743 ciudadanos, aparecen otros datos de interés sobre la inmigración antillana que vive en Cuba. Así, tenemos que del total de 15,421 extranjeros que residían en el

³ Áurea Verónica Rodríguez Rodríguez: La seguridad y la asistencia social en Cuba, Editora Política, La Habana, 2000, p. 64.

^{4.} Francisco Travieso Damas: Ob. cit. (en n. l), p. 6.

^{5.} Agencia de Noticias XINHUA, cable fechado en La Habana, 2 de mayo de 2006.

Base de Datos de Población y Viviendas de 2002, Oficina Nacional de Estadísticas, Población residente en Cuba nacida en otros países según país de origen y municipio de residencia.

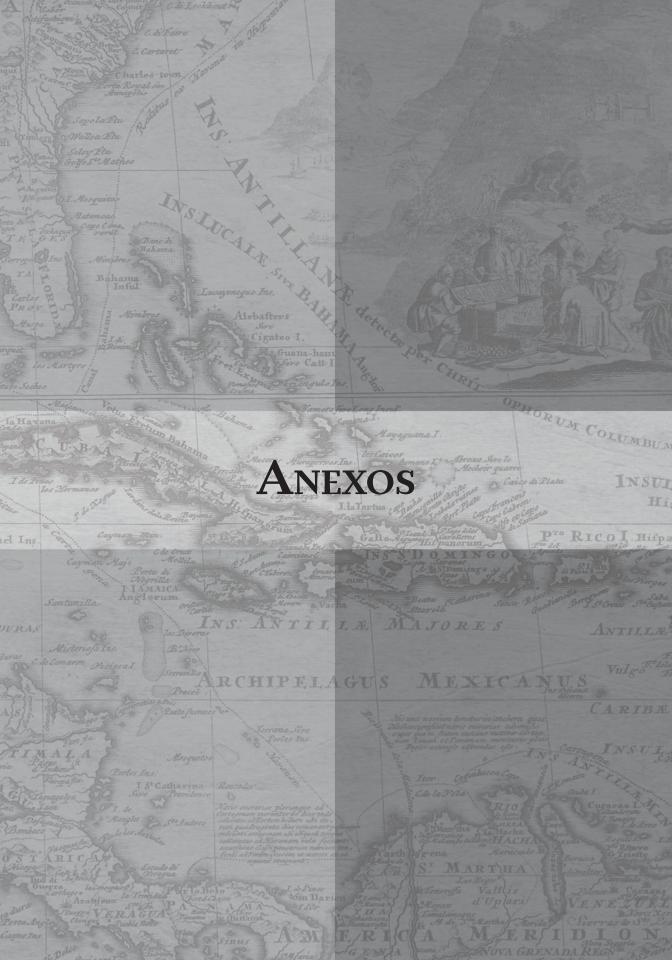
archipiélago cubano permanentemente al efectuarse el censo, el Caribe insular estaba representado por las siguientes procedencias y cantidades.

Antigua y Barbuda	3
Bahamas	2
Barbados	10
Bermudas	2
Islas Vírgenes Británicas	1
Islas Caimán	12
Dominica	9
República Dominicana	110
Granada	80
Guadalupe	26
Haití	919
Jamaica	292
Antillas Holandesas	3
Puerto Rico	121
Santa Lucía	1
San Vicente y las Granadinas	4
Trinidad y Tobago	3
Islas Turcas y Caicos	1
Islas Vírgenes de los EE.UU.	2
	1,601

La suma de los inmigrantes del Caribe insular relacionados representa el 10,3 % del total de los l5,42l extranjeros residentes en Cuba, los que en el momento del censo podían tener o no la ciudadanía cubana. Sí se relacionaron por haber nacido en otro país.

En los momentos de hacerse el censo de 2002, los inmigrantes del Caribe insular estaban dispersos en pequeñas cantidades en todo el territorio cubano. En cuanto a ello, las sumas más significativas, por sus orígenes, son: los jamaicanos, en La Habana, con 110; los haitianos, en Camagüey, con 318; y en Ciego de Ávila, con 122.

les Choumans Tar Mastonis Chaletas Sive CON CHAPQUE Ayochen CADO DAQIO Wite RA APACHORUM) Camoatinno Lac die S Men St Hernardi ad Sin St. Spiritus En hoo Freto sciri peto fe e ipfo loco que sis quanto fratio difet terra à meri isque aquae profundicatem metendo. Tot milliorio enim difas a terra, quetulnas profunditas aquae complectivar. REG LEONIS SINUS MEXICANUS ACATECAS mone PANOCO CANCRI. Negrilla I. Alseranos Ins. 650 la Bormja Ins . 53 I.de Aronas P. di Lagartas Capo Des conoridas SIN. ArcasI. CAMPECHI U Perto dages SiniPagaSattia



Inmigrantes en Cuba (1904-1934)

Períodos	Total de inmigrantes	% DEL CARIBE INSULAR
1904-1908	178,326	2,3*
1909-1913	188,906	5,0
1914-1918	108245	26,7
1919-1923	415,111	33,1
1924-1928	232,189	41,6
1929-1934	40,241	25,5
Total	1,293,058	24,8

* Sólo Puerto Rico

FUENTES:

La población de Cuba, 1976, p. 75.

Jesús Guanche: *Componentes étnicos de la nación cubana*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 1996.

COMPOSICIÓN POR SEXO DE LOS INMIGRANTES DEL CARIBE INSULAR DURANTE EL SIGLO XX (POR CENSOS Y EN POR CIENTO)

Censos	VARONES	%	Hembras	%	TOTAL
1907	4,505	62,58	2,693	37,42	7,198
1919	36,292	81,35	8,318	18,65	44,610
1931	91,660	82,83	18,992	17,17	100,652
1943	32,863	83,00	6,732	17,00	39,595*
1953	24,196	86,64	3,827	13,66	28,023
1970	26,916	81,63	6,057	18,37	32,973

* Estimado

FUENTE:

Censos de la República de Cuba correspondientes a los referidos años. Información tomada de Jesús Guanche: *Componentes étnicos de la nación cubana*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 1996.

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN DEL CARIBE INSULAR POR MACRORREGIONES (EN POR CIENTO)

Censos	ÁREA CENTRO-OCCIDENTAL*	ÁREA OCCIDENTAL**
1907	20,41	79,59
1919	7,58	92,42
1931	6,25	93,65
1943	3,99	96,01***
1953	2,08	97,92
1970	6,91	93,09

^{*} Incluye las antiguas provincias de Pinar del Río, La Habana, Matanzas y Las Villas.

FUENTES:

Censos de la República de Cuba correspondientes a los referidos años. Información tomada de Jesús Guanche: *Componentes étnicos de la nación cubana,* Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 1996.

^{**} Incluye las antiguas provincias de Camagüey y Oriente.

^{***} Estimado.

Presencia caribeña en el central Preston

Sumamente interesante resulta la investigación realizada por Julio César Urbino Hernán, quien de manera exhaustiva aborda la presencia extranjera en el antiguo central azucarero Preston, fundado en 1907 y conocido hoy con el nombre de Guatemala. Se calculan en treinta y ocho los representantes de diferentes nacionalidades que tuvieron representantes en las labores agrícolas e industriales de dicha industria azucarera, una de las más poderosas en cuanto a producción en el país en las tres primeras décadas del siglo XX. Del área del Caribe, además de Cuba, se asentaron trabajadores de Antigua y Barbuda, Barbados, Bahamas, Bermudas, Curazao, República Dominicana, Guyana, Granada, Martinica, Puerto Rico, San Cristóbal y Nieves y Trinidad. De los censos realizados en 1928, 1930, 1940 y 1948 a la población extranjera en los valles de Preston, en la antigua provincia de Oriente, y propiedad de la United Fruit Sugar Company, hemos seleccionado la siguiente información sobre los inmigrantes caribeños. Incluye a los residentes en las zonas de los pueblos de Guaro y Herrera, así como la periferia del central Preston:

Año	DE	No. familia	Hombres	Mujeres	Niños
1930	Barbados	11	16	6	17
1930	Santa Lucía	9	19	7	9
1930	Trinidad	11	18	7	14
1928	República Dominicana	4	4	1	5
1930	Haití	26	1,106	22	56
1948	Jamaica	22	31	29	26
1940	Puerto Rico	6	10	0	11

FUENTE:

Julio César Urbino Hernán: «Desde los confines del mundo desde 1898 hasta Preston, hoy Guatemala». (Libro inédito facilitado por el autor).

Premios Casa de las Américas de literatura caribeña en inglés, francês y creole

Uno de los proyectos más ambiciosos del Premio Literario Casa de las Américas tuvo lugar cuando en 1976 se convocó por vez primera —a sugerencia de los intelectuales reunidos en el Encuentro de Escritores Latinoamericanos del año anterior— la literatura caribeña de expresión inglesa, lo que significaba un paso efectivo en el estrechamiento de vínculos entre la América Latina y el Caribe no hispano, y la posibilidad de entrar en contacto y darles reconocimiento en el resto del Continente a literaturas fuertes pero escasamente conocidas. El proceso se completó cuando en 1979 se incluyó la literatura caribeña de expresión francesa. No fue hasta 1983 que se admitieron también obras escritas en lengua «nacional». Desde 1988 se sustituyó en las bases del Premio el término de «lengua nacional» por el de creole. Se relacionan a continuación las obras premiadas.

Literatura caribeña en inglés y creole

Kamau Brathwaite: *Black* + *Blues*. Poesía, 1976. Barbados.

Noel D. Williams: Ikael Torras. Novela, 1976. Guyana.

Angus Richmond: A Kind of Living. Novela, 1978. Guyana.

Andrew Salkey: In the Hills Where Her Dreams Live; Poems for Chile, 1973-1978. 1979.

Shake Keane: One a Week with Water; Tymes and Notes. Poesía, 1979. San Vincente.

Austin Clarke: Growing Up Stupid Under the Union Jack. Novela, 1980. Barbados.

Harry Narain: Grass-Root People. Cuento, 1981. Guyana.

John Agard: Man to pan. Poesía, 1982. Guyana.

David Edward Lewis: *Reform Revolution in Grenada* 1950 to 1981. Ensayo, 1984. Trinidad y Tobago.

Kamau Brathwaite: Roots. Ensayo, 1986. Barbados.

Marlene Nourbese Philip: She Tries Her Tongue: Her Silences Softly Breaks. Poesía, 1988. Trinidad y Tobago.

Velma Pollard: Karl. Novela, 1992. Jamaica.

Marion Bethel: Guanahaní, mi amor. Poesía, 1994. Bahamas.

Kamau Brathwait: MR. Ensayo, 1998. Barbados.

Oonya Kempadoo: Tide Running. Novela, 2002. Guyana.

Mark McWatt: Suspended Sentences. Cuento, 2006. Guyana.

Literatura caribeña en francés y creole

Paul Laraque: Les armes quotidiennes/ Poésie quotidienne. Poesía, 1979. Haití.

Anthony Phelps: La beliere Caraibe. Poesía, 1980. Haití.

Roger Toumson: Trois Calibans. Ensayo, 1981. Guadalupe.

Vincent Placoly: Dessalines ou la passion de l'independence. Teatro, 1983. Martinica.

Alfred Melon Degras: L'identité nationale; ideologie, poésie et critique à Cuba (1902-1959). Ensayo, 1987. Martinica.

Didier Dominique y Rachel Beauvoir: Savalou E. Ensayo, 1989. Haití.

Ernest Pépin: Remolino de palabras libres / Boucan de mots livres. Poesía, 1991. Guadalupe.

Raphaël Confiant: Barrancos del alba. Novela, 1993. Martinica.

Nicole Cage-Florentiny: Arc-en-ciel, a'espoir. Poesía, 1996. Martinica.

Ernest Pépin: L'écran rouge. Novela, 2000. Guadalupe.

Georges Mauvois: Ovando. Teatro, 2004. Martinica.

Louis Philippe Dalambert: Les dieux voyagent la nuit. Novela, 2008. Haití.

FUENTE:

Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas. Inés Casañas y Jorge Fornet: *Premio Casa de las Américas. Memoria* 1960-1999, Fondo Editorial Casa de las Américas, La Habana, 1999.

Países independientes del Caribe

País	Antigua metrópoli	Superficie KM ²	Fecha de independencia
Antigua y Barbuda	Inglaterra	441	1 de noviembre de 1981
Bahamas	Inglaterra	13,939	7 de febrero de 1974
Barbados	Inglaterra	430	30 de noviembre de 1966
Belice	Inglaterra	22,963	21 de septiembre de 1981
Cuba	España	110,922	20 de mayo de 1902
Dominica	Inglaterra	751	3 de febrero de 1978
Granada	Inglaterra	344	7 de noviembre de 1974
Guyana	Inglaterra	214,970	26 de mayo de 1966
Haití	Francia	27,750	1 de enero de 1804
Jamaica	Inglaterra	10,991	6 de febrero de 1962
República Dominicana	España	48,308	27 de febrero de 1844

País	Antigua metrópoli	SUPERFICIE KM²	FECHA DE INDEPENDENCIA
San Cristóbal y Nieves	Inglaterra	261	19 de septiembre de 1983
San Vicente y las Granadinas	Inglaterra	389	26 de octubre de 1979
Santa Lucía	Inglaterra	616	22 de febrero de 1979
Surinam	Holanda	163,265	25 de noviembre de 1975
Trinidad y Tobago	Inglaterra	5,128	1 de febrero de 1962

FUENTE:

Pablo A. Mariñez: «Democracia y descolonización en el Caribe», *Cruzando Fronteras. Revista de Estudios Sociales*, Año XXVI, No. 92, abril-junio de 1993, pp. 11 y 13.

Países del Caribe bajo dominación colonial

Países	Estatus político	SUPERFICIE KM²
Anguila	Col. inglesa	96
Antillas Holandesas	Col. holandesa	993
Islas Caimán	Col. inglesa	259
Montserrat	Col. inglesa	102
Istas Turcas y Caicos	Col. inglesa	430
Islas Vírgenes (Ing.)	Col. inglesa	153
Islas Vírgenes (EE.UU.)	Col. de EE.UU.	354
Guadalupe	Depto. francés	1,780
Martinica	Depto. francés	1,101
Puerto Rico	Estado Libre Asociado	8,897
Guyana Francesa	Depto. francés	90,000

FUENTES:

Pablo A. Mariñez: «Democracia y descolonización en el Caribe», *Cruzando Fronteras. Revista de Estudios Sociales*, Año XXVI, No. 92, abril-junio de 1993, pp. 11 y 13.

AGRUPACIONES MÚSICO-DANZARIAS DE ANTECEDENTES CARIBEÑOS EXISTENTES EN LA ACTUALIDAD EN CUBA (JAMAICANOS, HAITIANOS Y FRANCO-HAITIANOS)

Nombre	MUNICIPIO	Provincia
Calipso Boys	Baraguá	Ciego de Ávila
Grupo Okay	Venezuela	Ciego de Ávila
Grupo Nagó	1ro. de Enero	Ciego de Ávila
La Gran Familia	Ciro Redondo	Ciego de Ávila
Grupo Caidiji	Camagüey	Camagüey
Grupo Bonito y Patuá	Camagüey	Camagüey
Grupo Petite Dancé	Las Tunas	Las Tunas
Grupo Mallé d'Ifé	Manatí	Las Tunas

Nombre	MUNICIPIO	Provincia
Grupo La Flor de Rosa	Cueto	Holguín
Gaga Nuevo Haití (Limoncito)	Cacocum	Holguín
Tumba Francesa de Bejuco	Sagua de Tánamo	Holguín
Tumba Francesa La Caridad	Santiago de Cuba	Santiago de Cuba
Haitianos de Barracas	Palma Soriano	Santiago de Cuba
Haitianos de Pilón del cauto	Palma Soriano	Santiago de Cuba
Haitianos La Palmita	Songo La Maya	Santiago de Cuba
Tumba Francesa La Pompadour	Guantánamo	Guantánamo
Grupo Locosiá	Guantánamo	Guantánamo

FUENTES:

Consejo Nacional de Casas de Cultura.

DE LOS AUTORES

Rolando Álvarez Estévez (La Habana, 1939). Doctor en Ciencias e Investigador Titular. Ha publicado, entre otros, los libros *Isla de Pinos y el Tratado Hay-Quesada, La emigración cubana en Estados Unidos (1868–1878), Azúcar e inmigración (1900–1940), Huellas francesas en el Occidente de Cuba (siglos XVI-XIX), La reeducación de la mujer cubana durante la colonia, Japoneses en Cuba y Alemanes en Cuba.* Fue vicepresidente de la Academia de Ciencias de Cuba. Ha impartido numerosas conferencias en instituciones científicas y culturales de Europa, Asia y América Latina.

Marta Guzmán Pascual (La Habana, 1942). Doctora en Ciencias, en la especialidad de Relaciones Internacionales. Ha publicado los siguientes títulos: Holanda y Cuba: apuntes para un mayor conocimiento (siglos XVII-XIX), Holanda: Crónicas y Ensayo biográfico sobre Hubert de Blanck, pedagogo-pianista de origen holandés. Es coautora de los libros: Japoneses en Cuba y Alemanes en Cuba. Fue embajadora de la República de Cuba ante el Reino de los Países Bajos entre 1991 y 1995. Ha impartido conferencias sobre política exterior en instituciones académicas no cubanas.

Esta edición de *Del Caribe somos* fue impresa por Serigraf en Santo Domingo, República Dominicana en octubre de 2012.

Del mismo modo que no se puede escribir una parte de la historia de Cuba sin tomar en cuenta sus vínculos con la de América del Norte, Central y del Sur, tampoco se puede contar sin que se consideren las relaciones que la mayor de las Antillas ha mantenido con el resto del Caribe insular.

Por décadas miles de antillanos de las clases pobres convirtieron a Cuba en lugar de destino. Provenientes de Haití, Jamaica, República Dominicana y de algunas islas de Barlovento y Sotavento, se instalaron allí para trabajar como mano de obra en diferentes labores, sobre todo agrícolas, que estaban mejor remuneradas que en sus lugares de origen. Algunos regresaron, pero no pocos fijaron su residencia en Cuba y, con ello, la cultura y las tradiciones que traían.

De esto y más trata este libro, que aproxima al lector al dato histórico y cuantitativo, que indaga en el movimiento migratorio antillano, en algunas de sus causas, así como en la manera en que esta inmigración tomó cuerpo dentro de lo social, lo económico, lo político y lo cultural cubano.





ISBN: 978-9945-412-70-3